

Rvda. MADRE PABLA  
BESCÓS ESPIÉRREZ

*Vida de la Sierva de Dios*

**Rvda. MADRE PABLA  
BESCÓS ESPIÉRREZ**

*Superiora General de la Congregación  
de Hnas. de la Caridad de Santa Ana*

*Nihil obstat*

Zaragoza, 21 de marzo de 1959

FRANCISCO SIPAU, SCH. P.

Censur Eclesiástico

Caesaraugustae, 23 martii 1959

*Imprimatur*

† CASIMIRUS, ARCHIEPUS. CAESARAUG.



LA SIERVA DE DIOS. RVDA. MADRE PABLA BESCÓS ESPIÉRREZ

## PROTESTACION

*Obediente a los Decretos y Normas de la Santa Sede, la autora de este libro, protesta, que tanto en las palabras Santa y Venerable, que aplica a la biografiada, como en los hechos atribuidos en esta Vida a la sierva de Dios, sólo pretende darles una expresión y fuerza humana, quedando su definitiva aprobación reservada a la infalible autoridad de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, de la que se confiesa humilde y obsecuentísima hija.*

## DEDICATORIA

*A Vos, oh Corazón Divino de Jesús, centro y vida de la Congregación; a Vos, oh Corazón Adorable, Padre amantísimo, Piloto admirable, que riges y gobiernas con infinita sabiduría y soberano amor, la frágil barquilla de nuestro humilde Instituto; a Vos, Corazón Amabilísimo, a quien estamos totalmente consagradas, dedica este trabajo, llevado a cabo solamente con el designio de extender tu culto, publicando tus misericordias con tu fidelísima sierva y ferviente devota, la Rvda. Madre Pabla Bescós Espiérrez.*

*La Autora*

*I n t r o d u c c i ó n*

LA Rvda. Madre Pabla Bescós Espiérrez, nació en el seno de una familia cristianísima el 25 de enero de 1848, en Panzano, pequeño pueblecito del Alto Aragón, en la provincia de Huesca (España).

Después de una infancia angelical, y sintiéndose llamada por el Señor a la vida religiosa, logró tras de muchas tentativas a causa de su delicada salud, ser admitida en la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana, vistiendo el Santo Hábito el 5 de mayo de 1869. Desde su Noviciado se distinguió por su humildad, silencio, prudencia en los oficios que le encomendaban sus superiores, y por su espíritu de oración, sacrificio y penitencia. Su proceder tan ejemplar y virtuoso, hizo que sus superiores, muy joven todavía, le confiaran oficinas de responsabilidad, que las desempeñó con el mayor acierto, y por sus propios méritos fue promovida a los primeros cargos del Instituto, hasta que en el año 1894 fue nombrada por el Capítulo General, Superiora General de la Congregación, cargo que conservó hasta su preciosa muerte en febrero de 1929, por el voto unánime de todas las Capitulares, en las sucesivas elecciones.

Su prestigio era inmenso en el Instituto, y ese prestigio tenía por base el ejercicio constante de virtudes heroicas, que era la tónica de su vida. En efecto, bordó de manera delicadísima la tela de su larga existencia, esmantándola con labores tan primorosas, que la colocan al nivel de las más grandes almas, y esa tela preciosa está en nuestras manos, constituyendo una parte del inmenso tesoro de familia, que el Corazón de Jesús en su infinita misericordia nos ha dado.

Con esto queda dicho, que este libro de su Vida es un libro para las de casa; puesta la vista en nuestras queridas Hermanas, para satisfacer su natural y legítimo deseo de conocer más y más a su querida Madre, para mejor imitarla y seguirla, se ha escrito; para ellas se ha recogido con escrupuloso cuidado todo lo que se sabe de Madre Pabla, que en resumen es todo lo que se sabe de la Congregación entera.

Porque la Madre Pabla es una figura de grandísimo y extraordinario relieve en la historia de la Congregación. Para los altísimos fines que el Señor le destinaba en su adorable Providencia, la colocó en el cargo supremo de la Congregación en un momento crítico y decisivo. Puede considerársela como a la Segunda Fundadora: es la última Hermana de los tiempos antiguos, y la primera de los tiempos modernos; respiró aquel ambiente primitivo, informado por las virtudes excelsas de la Santa Fundadora; y mientras que con una mano abrazaba a las Hermanas primitivas, con la otra extendía y multiplicaba las casas nuevas. En Madre Pabla se encuentran reunidas las glorias de un pasado heroico, que ella resume y traduce en una vida verdaderamente virtuosa, y la semilla de donde saldrán las Hermanas que al multiplicarse y extenderse por todas partes, llevarán la obra de caridad y de conquista de las almas para Cristo.

Alguien dijo, a raíz de la muerte de esta sierva de Dios, que por derecho propio, por sus grandes obras, entraba con notables títulos como figura prócer en el campo dilatado de la Historia. Así es en efecto; sus grandes hechos donde quedaban de manifiesto su actividad y la bondad de su corazón, han dejado un río de beneficios que fertiliza los campos tristes y desolados del dolor, y la colocan, en consecuencia, entre los grandes bienhechores de la humanidad.

## Sección primera

# LA MADRE PABLA EN LA CASA PATERNA

*Nacimiento  
y primeros años*

**Patria y familia de la Sierva de Dios.—  
Su nacimiento y bautismo.— Primeros  
pasos hacia Dios.— Su gusto por la  
oración y penitencia.**

UNA de las más graciosas estribaciones de los Pirineos ístmicos, es la Sierra de Guara en el Alto Aragón, provincia de Huesca (España), notable por sus profundos barrancos, y numerosas y fantásticas grietas. Recostados en sus faldas están situados pequeños pueblos: Santa Cecilia, Bastarás, Junzano, se alzan en las mismas pendientes de aquellas montañas, dominando considerable extensión de terreno y ofreciendo deslumbradoras perspectivas. Desde ellos, a sus pies, puede contemplarse el risueño pueblecito de Panzano, elegido por el Señor para cuna de nuestra biografiada, entre dos riachuelos, el Hormiga y Calcón, con sus olivos y viñas, sus feraces huertos y hermosos campos de trigo.

Formado por una sola calle, ésta desemboca en una plaza, en cuyo centro se halla una gran Cruz de piedra, faro resplandeciente que ilumina con su luz a los sencillos habitantes del lugar, dedicados todos ellos a

los trabajos del campo. A pocos pasos de esta plaza se encuentra el curioso visitante con un suntuoso casal, en cuya fachada hay un escudo de un solo cuartel en campo de oro, ocupando el centro un corazón, del cual sale una cruz gules, y a los lados dos bastones igualmente gules.

Ese corazón y esa cruz corresponden al escudo de los Bescós, apareciendo este escudo primitivo en la casa solariega de Bastarás, de donde proceden todos los Bescós de la provincia de Huesca. En 1640 encontramos ya como dueño propio del referido casal de Bastarás, y de todos sus títulos y propiedades, a Pascual Bescós, que residió en él hasta su muerte, sucediéndole su primogénito Pascual Bescós Servise. Pero no fue el único hijo con que Dios bendijo su matrimonio. Tenemos noticia de otro llamado Antonio, que fue a casar al próximo pueblo de Panzano, efectuando allí su matrimonio con Teresa Fantova, que era heredera e hija de los infanzones llamados de Panzano, siendo éste el origen de estos Bescós de Panzano. De este tronco nació nuestra bendita niña; pero al tiempo de su nacimiento sus padres no vivían ya en el hermosísimo casal de los Fantova, sino que por enlaces matrimoniales habitaban la casa, que aun hoy día se llama casa de Campo. Está situada en un ángulo de la plaza del pueblo, y en nada se diferencia del tipo corriente de estas antiquísimas viviendas de labradores del Alto Aragón.

El padre de nuestra Madre Pabla, llamado José Bescós Pascual, era el tipo del cristiano chapado a la antigua. A nadie confió este cristiano severo y austero, el cuidado de inculcar a sus hijos la fe, la piedad y la honradez. No estaba empero solo en esta importante tarea, Dios concedió a aquel varón ejemplar una compañera digna de él por sus virtudes y por su abnegación. Se llamaba María Francisca Espiérrez Bescós, y era na-

tural de Torres de Montes. Se distinguía por la bondad de su corazón y su caridad, que era universal. Su casa era la de todos los desgraciados; podían acudir confiados a sus puertas, que ninguno saldría con las manos vacías.

Nuestra Madre Pabla fue el penúltimo de sus hijos; le habían precedido seis hermanitos llamados José, María, Ventura, Antonio, Tomasa y Miguel. Según la costumbre de sus piadosos padres fue regenerada en las aguas del Bautismo el día siguiente de su nacimiento, 25 de enero de 1848, imponiéndole el nombre de Pabla. Desde el primer momento la tierna niña se vio rodeada de un cariño singular por parte de sus padres y de sus hermanos, que el tiempo iba a consagrar y que jamás se entibió en el correr de los años.

Los primeros recuerdos que de ella se conservan llevan el sello de una pureza, de una elevación, de una reserva y de una virtud enteramente extraordinaria. Desde muy niña sintió grande deseo de hacer oración, y para hacerla con más tranquilidad se retiraba a una habitación que aun hoy se la llama el cuarto de la Madre Pabla; pero en verdad, para ella cualquier sitio era bueno para entregarse a su ocupación favorita: el granado que existía en el hortal junto a su casa, su dormitorio, cualquier rincón tranquilo, los convertía en oratorio. Y con este atractivo por la oración también desde muy niña se observó en ella un deseo de penitencia impropio de sus pocos años.

Había muerto en Panzano, en casa de Aineto, un fraile exclaustrado: entre los objetos de su uso se encontraron unos instrumentos de penitencia. Pidiólos y se los dieron sin dificultad; pero pronto advirtieron sus hermanas que no fue un capricho de niña, sino que se maceraba con ellos, y se los quitaron. No desistió por eso de continuar en sus maceraciones; pasado un poco de tiempo fue al herrero del pueblo, encargándole un

cilicio a su gusto y suplicándole la mayor reserva. Sus precauciones para ocultar sus penitencias salieron también fallidas esta vez, y su misma madre tomó cartas en el asunto. Obedeció a las órdenes de su madre; pero consiguió, por fin, que la dejaran seguir el impulso interior que la movía.

Por otra parte su conducta no podía ser más ejemplar; de voluntad enérgica, de temperamento vivo y ardiente, estaba no obstante dominado por la gracia: su mansedumbre era inalterable; jamás porfiaba, jamás discutía; siempre era un elemento de conciliación en las pequeñas disputas que surgen frecuentemente entre hermanos; se acomodaba a sus gustos, y aunque su tendencia era siempre a la soledad, no se mostraba esquiva ni huraña, prestándose a jugar a los pitos y a las carambolitas, y haciéndolo con singular destreza.

Su continente era tan dulce, pero al mismo tiempo tan grave, que infundía respeto y veneración a sus mismos padres. Era, pues, nuestra Madre Pabla, una criatura encantadora, de angelical modestia, de una dulzura incomparable que se revelaba en sus ojos azules; alta para su edad y bien proporcionada. En todo su continente se revelaba la hermosura de su alma.

Ya en esa edad, se manifestaron en ella indicios de aquella caridad que andando el tiempo había de hacer verdaderos prodigios. Aquella bendita familia fue probada por el Señor con dolorosas penas: pero seguramente la mayor de todas fue la perturbación mental que sufrió la abuela de nuestra biografiada. En sus accesos de locura se ponía en extremo furiosa, y con gran dolor se vieron en la precisión de encerrarla en una habitación. Sin ninguna clase de temor, por otra parte muy explicable, se encerraba la niña con la anciana, la aseaba, le daba de comer, y la dejaba completamente calmada. Mientras vivió fue su constante y solícita enfermera, el ángel de consuelo que la templaba con suaves

palabras. El abuelo habíase quedado ciego. ¡Con qué placer le acompañaba la niña en las únicas salidas que hacía a la iglesia: no menores delicadezas guardaba para con su buena madre, siempre muy delicada de salud.

Los pobres tenían gran atracción sobre ella; en cuanto llamaban a la puerta salía a socorrerles, y si venían sucios les hacía asearse y les proporcionaba ropa limpia. Se conserva recuerdo de un suceso singular:

Un día llegó a la puerta una pobre andrajosa en extremo; pero sumamente agradable. La niña sin pedir parecer a nadie tomó el mejor vestido de su madre, y llena de alegría la vistió con él. La mendiga la besó en la frente y le dijo: "Hija mía, Dios te lo pague", y desapareció. Sintió en aquel momento en su corazón una impresión tan sobrenatural, que no pudo menos de correr a contárselo a su madre. Salió ésta a la puerta pero la mendiga no parecía por parte ninguna, ni nadie en el pueblo la había visto. Creyeron, pues, que había sido la Santísima Virgen, y se afirmaron más en esta creencia cuando días después encontraron el vestido en el arca de su madre.

No fue ésta la única vez que el cielo demostró el cuidado particular que tenía sobre esta niña de elección, y la protección singular con que la defendía de todo peligro. Un domingo, según costumbre, fueron a Misa todas las personas mayores de la familia (sólo había una Misa en el pueblo), dejando en casa dormidas a las dos niñas más pequeñas: nuestra Madre Pabla, de cuatro años, y su hermanita Sebastiana de dos. Al cerrar de golpe la puerta de la calle despertó la Madre Pabla, y al verse sola y todo oscuro empezó a llorar. Cuando más apurada estaba vio de repente que se iluminaba la habitación, y una venerable Señora vestida de blanco muy sonriente la miraba y la acariciaba, mientras que unos niños muy encantadores tocaban unos instrumentos músicos que no parecían de este mundo. La Señora no

le habló nada; pero le cogió la cabecita y le hizo muchas caricias. Cuando la campana de la iglesia tocaba la señal del Angelus, que reza el pueblo a la terminación de la Misa, desapareció la Señora, dejándole una impresión que no se le borró nunca. Ya no nos admirará el ver en la pequeñuela, como broche de oro, que corona todas sus nacientes virtudes, una devoción tierna y filial a la Santísima Virgen.

## CAPITULO SEGUNDO

### *Preparación para la primera Comunión y vocación*

Su entrada en la escuela. — Virtudes escolares. — Obediencia y aplicación. — Su comportamiento en casa. — Peregrinación a San Cosme y San Damián. — Primera Comunión. — Llamamiento de Dios. — El monasterio de Casbas.

ENTRABA ya nuestra pequeña Pabla en la edad de los once años. Un acontecimiento memorable en la vida de todo cristiano, y muy singularmente en la vida de los santos, iba a imprimir nuevo vigor y fecundidad a aquella labor delicada que la gracia iba realizando en su generoso corazón: me refiero a la primera Comunión. Pero antes de entrar en detalles sobre ese solemne acto, cuya eficacia iba a ser decisiva en la vida de nuestra biografiada, contemplémosla un momento en sus relaciones exteriores en medio de sus padres y de sus hermanos, jugando con sus amigas, asistiendo a la escuela, prestándose en suma con sencilla naturalidad a lo que los deberes de caridad y de condescendencia le exigían.

Quien haya visto cualquiera de esos pueblecitos agrícolas, y vivido siquiera algunos días en ellos, reci-

birá a no dudarle una impresión de paz y de tranquilidad; pero se convencerá en seguida que aquellas virtudes cristianas que hacen tan simpática y atrayente a esa sencilla gente, están sostenidas por una vida de trabajo continuo.

Las mujeres singularmente llevan un peso considerable; aparte de los quehaceres propios de su sexo, tan numerosos y complicados en esas casas de labranza, han de ir a llevar la comida al campo, regar los huertos y realizar otra porción de faenas propias de la paciencia y hábil mano de la mujer. En casa de nuestra Madre Pabla había, pues, quehacer para las cinco hermanas, y su buena madre no las excluía de ninguno, teniendo como fin y norte, formar de ellas unas mujeres completas, verdaderamente útiles y trabajadoras. Nuestra pequeña Pabla se prestaba a todo con la mejor voluntad; subía el agua, barría las habitaciones, ayudaba en la cocina, hilaba... siempre dispuesta a lo que la mandasen. De una sola cosa la excluía: de las labores del campo; quizás por lo endeble de su salud, o quizás por el gusto que tenía de quedarse en casa.

En aquellos tiempos no era costumbre el que las niñas acudiesen a la escuela; sólo había una, y era mixta. Pero demostró a su madre los deseos que tenía de aprender, y cediendo a sus instancias, su buena madre, saltando por encima de todos los prejuicios, accedió a la petición de la niña y la envió a la escuela.

Regentaba aquellos años la escuela de Panzano, don Manuel Gros, que recibió a la niña con grande alegría, y tuvo para ella cuidados, desvelos y atenciones como el más cariñoso de los padres, colocándola en sitio aparte a su lado, completamente separada de los muchachos. De comprensión rápida, de memoria felicísima, de una laboriosidad incansable, los progresos fueron muy notables. Se la proponía de continuo como modelo.

don Manuel Gros veía con esa singular complacencia de todo buen maestro cómo se afirmaba y consolidaba aquella naciente inteligencia. No acababa de admirar y ponderar la rapidez de su espíritu, que se unía, sin embargo, a una capacidad muy notable para un trabajo lento y continuo. Amante del orden lo llevaba hasta su pensamiento, al que sometía también a aquel hábito de exactitud, que más adelante será una de sus características y que le hará posible, sin esfuerzos notables llegar a todo.

Su nuevo género de vida no cambió en nada sus costumbres; de vuelta a su casa cumplía sus deberes escolares, y en seguida se unía a sus hermanas, que cada día más dominadas por aquella superioridad tan humilde, buscaban su compañía, y ella se prestaba a sus deseos con gusto, haciéndose amar aún más por su amable condescendencia. Entre ellas dos ocupaban puesto preferente en su corazón: su hermana Tomasa, que muy pronto se convertirá en su confidente más asidua, y su hermana más pequeña, llamada Sebastiana, sobre la que ejercerá siempre una especie de tutela maternal, y que es la primera hija espiritual de la Madre Pabla; la primera sin duda en cuanto al tiempo, pues ya en casa, antes de su entrada en Religión ella misma la formó, la orientó y la guió en los primeros pasos de su vocación de Hermana de la Caridad, y quizás también la primera por el esplendor de sus virtudes.

Una vez cada año se rompía el ritmo de aquella vida uniforme y que a nuestros ojos, acostumbrados al vértigo de la vida contemporánea, quizás pueda parecer monótona, y ciertamente lo sería, si no estuviera iluminada con los destellos de una fe a la antigua española. Desde tiempo inmemorial nueve pueblos reunidos, al frente de los cuales va Panzano, hacen una peregrinación en el mes de mayo al célebre santuario de San Cosme y San Damián (situado en uno de los más her-

mosos barrancos de la sierra), que son los protectores y patronos de la comarca. Eran días de grandes preparativos los que precedían a la romería; no se hablaba de otra cosa, que de la próxima excursión. Las madres contaban a sus hijos la historia de los benditos santos, el relato de la tela de araña que los salvó de un peligro de muerte, y que actualmente cubre la salida del agua milagrosa de la Fuente Santa; el significado de las piedras de trigo que recogerían en el camino; el pocito de agua que mana en la iglesia y que una tradición afirma que era de aceite; pero que en castigo de la avaricia de los santeros sufrió esa transformación; la hermosura de las devotas ermitas que encontrarían a su paso, siendo la primera la venerada imagen de la Virgen de Fabana; no entendían aquellas buenas gentes como lo entendemos hoy estas romerías; no eran días de jolgorio, de disipación y de aturdimiento; eran días de descanso en las faenas ordinarias, para dar más ración al alma de cosas espirituales, y frecuentemente unían a sus devotos ejercicios el mérito de alguna mortificación voluntaria: la última parte del camino la recorrían descalzos.

Gustaba mucho nuestra niña de esta peregrinación tan en armonía con sus aficiones, y habiendo experimentado ya el dulce sabor de la expiación voluntaria, descalzabase también como los mayores, ofreciendo con alegría aquel sufrimiento al Señor. La devoción a los benditos santos se grabó tan profundamente en su alma, que la conservó hasta la muerte. Entre los objetos que le pertenecieron y que guardamos como preciosa reliquia, está un cuadro de los dos santos médicos que tenía en su celda.

Por relación de una de sus amigas más íntimas, Josefina Naya, tenemos noticia de otra excursión que efectuó en estos años de la infancia, y que confirma hasta dónde llevaba su sed de expiación y de penitencia. Era un año de extrema sequía; el problema del hambre se

cernía pavoroso sobre toda la comarca, y aquellos hombres de fe inquebrantable acudieron al cielo en demanda de pronto socorro. Al otro lado de la sierra existe un celeberrimo santuario dedicado a San Urbez, y resolvieron ir en peregrinación de penitencia, para pedir el beneficio del agua; pero como el camino era muy largo y excesivamente pesado, resolvieron que fueran sólo los hombres. La Madre Pabla, con su amiga Josefina Naya, quisieron unirse a ellos, y pidieron permiso a sus padres. Les fue concedido, y realizaron la caminata a pie descalzo, en silencio, y por lo que a la Madre Pabla se refiere sin probar bocado hasta su regreso a casa. Su compañera, que lo refería emocionada, no pudo llenar por completo este programa. Le fue preciso aceptar un pequeño refrigerio en Santa Cecilia, pueblo que habían de atravesar de paso.

En este ambiente de trabajo, de orden, de religiosidad, se iban deslizando los venturosos años de la infancia de nuestra querida niña; se aproximaba ya para ella la época de la Primera Comunión, día que lo esperaba con santa impaciencia. No tenemos noticias que nos descubran sus disposiciones íntimas; pero el tema de sus meditaciones versarían muy a menudo sobre la Pasión del Señor, pues ya en esta fecha practicaba con gran fidelidad el ejercicio del Vía Crucis en la iglesia los jueves y los domingos, poniéndose junto al sacerdote con los brazos en cruz; los demás días de la semana lo hacía en casa, siendo la meditación de los dolores del Hombre Dios, el alimento de su fervor y de su piedad. Lloraba, y sus hermanas, Tomasa y Ventura, maravilladas le preguntaban el motivo de tan continuo llanto: "lloro por la ingratitud de los hombres a tanto amor y misericordia."

Junto a esta nota de devoción y continua memoria de la Pasión de Jesucristo, se distingue este período de preparación para la Primera Comunión, por tres deseos que se habían manifestado en ella de años atrás,

pero que ahora tomarán nuevo lustre y esplendor: el celo por la santificación y perfección de sus hermanas y amigas; una necesidad imperiosa de hacer bien, y un insaciable ardor de oír la palabra de Dios.

Veía con pena que sus hermanas y amigas salían a la plaza, y muchas veces se mezclaban en sus juegos con los chicos. Las llamaba y les rogaba jugaran con ella a las carambolitas; a la primera señal, corrían todas presurosas; entreteníalas buen rato, y cuando ya las tenía totalmente ganadas, les hacía sentar a su alrededor y les contaba cosas buenas. Otras veces les proponía jugar a vírgenes y hacer funciones de iglesia, y como no tenían santos, se valían de dos pequeños muñecos que tenía la misma Madre Pabla: los ponían en el hueco de una pared del hortal debajo de un granado, los adornaban con guirnaldas de flores silvestres, que ellas mismas iban a buscar a los campos inmediatos; la Madre Pabla tejía entretanto coronas de flores y se las ponía a otras niñas, y haciéndolas arrodillar con las manos juntas rezaban y cantaban un buen rato a la Santísima Virgen.

Este misma celo fue el que la movió a iniciarlas en la práctica de la mortificación. Venciendo su natural vergüenza, y pudiendo en ella más su sed de humillación y celo, que la reserva con que ocultaba aquella faceta íntima de su vida, les rogaba que la disciplinaran, a lo que muchas veces accedían. Aprovechaba también con diligente cuidado las ocasiones que se le ofrecían para practicar pequeños actos de caridad. Si encontraba un anciano en la calle se paraba, lo saludaba con respeto, y le besaba la mano; les rogaba le dieran el gusto de aliviarles la carga un poquito; pidió y obtuvo de su madre la llevase siempre cuando iba a visitar los enfermos del pueblo; complacíase la niña en consolarles y hacerles cualquier servicio.

Cada domingo asistía con su familia a la única misa del pueblo, que solía ser cantada. Oía con gran aten-

ción la Homilía del sacerdote, que luego explicaba a sus hermanas. Gustaba también por las tardes del domingo de ir un ratito a casa del señor cura a que le explicase lo que no había comprendido bien. El anciano sacerdote, don Juan Monclús, admirado de ver tanta inocencia unida a tanta piedad, lo hacía con singular complacencia.

Por su indicación comenzó a asistir al Catecismo de los primeros comulgantes. En el Catecismo, lo mismo que en la escuela, fue siempre la primera, sin que ninguna de sus compañeras lograra seguirla ni aun de lejos. Ayudaba al sacerdote en la enseñanza del Catecismo, y aparte de otras razones movíale también a ello el que el acto no se celebraría hasta que las demás niñas estuviesen perfectamente instruídas.

Por fin a los trece años tuvo la dicha de recibir en su corazón a su Dios. Conservaron los suyos el recuerdo de aquel memorable día hasta en sus menores detalles. Se levantó muy temprano, e inmediatamente se puso en oración. Era tal su recogimiento, que no solo sus hermanos, sino sus padres mismos, no se atrevieron a turbarlo. Besó la mano de su padre, abrazó a su madre y se dirigió a la iglesia. Como fruto de esta Primera Comunión fue la resolución de hacerse religiosa; de vuelta a casa se lo dijo a su madre. La entrega estaba, pues, hecha en ese primer encuentro, y para siempre. Desde el día de su Primera Comunión no salió de casa más que para ir a la iglesia; en ella permanecía todo el tiempo que le permitían sus deberes de hija de familia. Su sitio preferido era una devota capilla de la Virgen del Rosario, de cuyo arreglo y aderezo estaba encargada su familia desde tiempo inmemorial.

Sus hermanas, aunque piadosas y buenas, tomaban parte en las diversiones propias de la juventud, desde luego honestas e inocentes; no pudieron conseguir que nunca las acompañase; su única distracción era la ora-

ción, la lectura de libros piadosos y la compañía de su buena madre. Esta excelente señora, ningún reparo ni obstáculo puso a la decisión de su hija de entregarse de lleno al Señor, y con su consejo y bendición empezó a dar lección de latín con el señor Párroco. Era todavía muy niña para pedir la admisión en ningún convento; nada mejor podía hacer mientras le llagase la edad, que habilitarse en todos sentidos para el nuevo estado de vida que intentaba abrazar.

Pronto se supo en el seno de la familia su determinación; ni una voz se levantó en contra; así que lo que suele ser motivo de disgusto en muchas familias, aun cristianas, sirvió para estrechar los lazos de amor en aquella bendita familia, especialmente entre las cinco hermanas.

Sentábanse a trabajar todas juntas por la tarde, y le rogaban a nuestra querida Madre Pabla les contase cosas buenas. Un día la conversación tomó un giro tan elevado, les habló con unción y ardor de la dicha de ser toda de Dios, que su hermana Tomasa transportada le dijo: —Debíamos hacer una cosa; irnos las cuatro con Pabla. Todas lo aprobaron; pero la jovencita, sin duda inspirada por el Señor, les hizo notar que la vocación no es efecto de un entusiasmo pasajero, sino de un llamamiento real y cierto de lo alto. Aquella misma tarde se encontraron sus dos hermanas mayores con una íntima amiga de todas ellas, Josefa Naya, y le contaron la conversación que habían tenido y su resolución de seguir a su hermana en su vocación. Piadosa también Josefa, fácilmente se dejó contagiar del general entusiasmo, y fueron en busca de su oráculo, la Madre Pabla. —“No, les dijo ésta; no creo que el Señor os llame para religiosas; también os podéis santificar en el mundo, y quizás andando el tiempo, el Señor acepte el sacrificio que le queréis hacer en la persona de vuestras hijas”. Efectivamente, el Señor vio con complacencia aquellos deseos que no se habían de

realizar, y sus dos hermanas, Ventura y Tomasa, y su amiga Josefa, dieron cada una una hija al Señor. La misma Madre Pabla las admitió en el Instituto, siendo ya Superiora General.

Pasaban los años y se acercaba ya la edad competente para poder llamar a las puertas de una casa religiosa. Estaba resuelta la cuestión en principio; sería religiosa, y religiosa de clausura. Faltaba determinar el convento. Solicitó, pues, su entrada en el Monasterio de Casbas siendo aun muy joven, y sin ninguna dificultad quedó admitida.

*Nueva orientación  
de su vida*

Las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. — Luchas y contradicciones.— Resistencia indomable. — Es admitida por fin en la Congregación.

UN hecho al parecer sin importancia determinó un cambio radical en la orientación de la vida de la Madre Pabla. Estaba ya admitida en el monasterio de Casbas, se empezaron a hacer los preparativos para su próxima partida, y pronto corrió la noticia por el pueblo. Como suele suceder en estos casos, todo el mundo quisiera dar su parecer con tanto mayor celo y cuidado, cuanto menos les va en ello. Pueblo pequeño, sin grandes sucesos que distraigan la atención de sus moradores de las ocupaciones ordinarias, estaba por lo mismo más predispuesto a hacer de la noticia la comidilla del día. Aquella decisión que en su casa no había encontrado oposición ninguna, la encontró entre los extraños. Todos le decían que se metía monja por no trabajar. Aquella palabra tan repetida, *por no trabajar*, se le clavó en el corazón, y empezó para ella un período de incertidumbres que por bastante tiempo fueron un verdadero martirio.

Sencilla, como lo fue siempre, expuso al sacerdote que la dirigía sus dudas y sus vacilaciones; este prudente y sabio Director, no vio en aquella inesperada salida una veleidad de su dirigida; pensó que algo quería decirles el Señor; la animó, la alentó, y de momento quedó en suspenso la entrada en el monasterio.

Tenía este sacerdote una hermana de la Caridad en la Misericordia de Huesca; y aconsejó a nuestra Madre Pabla bajara a la capital y viera por sus ojos los ministerios a que se dedicaban y apreciara por sí misma este nuevo género de vida, no menos heroico y agradable al Señor que la vocación de religiosa de clausura. Fue, pues, acompañada de su hermana Tomasa a la Misericordia de Huesca.

La Congregación que estaba encargada del Hospital y Misericordia de Huesca, era la de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, fundada por la Madre María Rafols; y en la época en que se realizó esta primera visita, aun se encontraban en las comunidades de Huesca Sor Esperanza, Sor Manuela, Sor Tomasa, Sor Pabla, Sor Dolores, Sor María, Sor Rosa y Sor Engracia, que convivieron con la fundadora durante su destierro, habían recibido su educación, y el estímulo poderoso de sus altísimos ejemplos de heroicas virtudes, y caminaban por la senda de la perfección en seguimiento de su Santa Madre, con espíritu de generosidad.

El recibimiento que hicieron a las dos hermanas pudo ser ni más sencillo, ni más franco, ni más cordial, ni más agradable. Pero una cosa les extrañó sobremanera; ni una sola palabra les dijeron que pudiera inclinarlas a abrazar su género de vida; al contrario, les ponderaron con viveza la pesadez de sus ministerios; sus continuos trabajos, lo insignificante de su hermandad, la última y más humilde entre todas las de la Santa Iglesia de Dios.

Todas aquellas asperezas, aquella vida de oración, aquel trabajo continuo, aquella inmólación absoluta que

tanto le ponderaban, eran las aspiraciones más secretas de su alma. Lo cierto es que cesaron todas sus dudas y comprendió de una manera clara que allí era donde el Señor la llamaba. Con todo candor les expuso los deseos de quedarse con ellas y les suplicó humildemente la admitieran en su compañía. Muy débiles fueron las esperanzas que le dieron, pues su aspecto demacrado y enfermizo les inducía a pensar que no podría resistir una vocación para la que se considera necesaria una salud robusta. Pero no la rechazaron totalmente: el aire sencillo, modesto, angelical de la pretendiente, las había cautivado.

Regresaron las dos hermanas al pueblo; la Madre Pabla, batallando su alma, entre el temor y la esperanza; su hermana Tomasa haciendo suya la causa de su amada Pabla, rogando con ella, sufriendo con ella, siendo desde aquel día su confidente, su ángel consolador. Fácil es de suponer el ansia que tendría la jovencita de recogerse en oración para dar rienda suelta al tropel de afectos que desbordaban de su alma. Y cuanto más oraba, más firme era su convicción. Una vez que vio clara la voluntad del Señor, ya no dio un paso atrás; ni pruebas ni contradicciones la movieron de su confiada esperanza. La palabra del Señor no puede faltar; estaba segura de ello.

Su confesor, a quien dio cuenta de su absoluta determinación de ser religiosa de caridad, la confirmó en sus propósitos; sus padres nada tampoco le dijeron en contra; pero faltaba lo principal: que la admitieran las Hermanas.

El tiempo pasaba y no se veía el más ligero rayo de sol por ninguna parte. Nada decían las Hermanas de Huesca, y ella tampoco se atrevía a insistir, por temor de una nueva negativa. Pero el sufrimiento era tan vivo, que su hermana Tomasa se decidió a hacer un segundo viaje: por desgracia la negativa era aun más rotunda

que la primera vez; era imposible admitirla por lo débil de su salud: no resistiría ni aún la prueba.

¿Y qué hacía en tan prolongada prueba la sierva de Dios? Muy lejos de ella el rechazarla; sencilla en su humildad y más abandonada que nunca a los designios del Señor, lloraba, sufría, oraba, y esperaba contra toda esperanza. En estas circunstancias, y después de tantas y tan repetidas negativas, el digno sacerdote, don Juan Monclús, creyó que debía intervenir en el asunto. Escribió a las Hermanas manifestándoles el tesoro de virtudes de que estaba colmada aquella alma toda de Dios y rogándoles que la tuvieran algunos días en su compañía. Accedieron las Hermanas, y llena de alegría la humilde jovencita aceleró el viaje cuanto pudo, viaje que iba a ser para ella decisivo.

No salieron defraudadas las provisiones del virtuoso Director. Las Hermanas creyeron que el cielo les había enviado un ángel; su porte modesto, angelical, su dulcísima mirada, la suavidad de sus palabras, pocas, pero llenas de prudencia y agrado, su prontitud para el trabajo, su recogimiento, y sobre todo, su actitud durante la oración y los rezos de comunidad, las tenía asombradas: les parecía mentira, tanta perfección en una jovencita recién venida del mundo. Y así se lo escribieron al sacerdote. La pretendiente por su parte se creyó trasladada al paraíso. Poco más de un mes estuvo en esta que podríamos llamar ante-prueba: las Hermanas tenían grandes deseos de que perteneciera ya a la Hermandad; ella por su parte no deseaba otra cosa. Se convino, pues, que volviera a su casa a ultimar los preparativos para el ingreso definitivo en la Congregación.

Aquella familia admirable participó toda ella del gozo de su querida Pabla: la habían acompañado en sus horas de prueba; justo era que ahora se asociaran también a su gozo, porque en el transcurso de cuatro años, desde los preparativos para su entrada en el Convento de Casbas a los dieciseis años poco más o menos, hasta este

momento en que veía ya despejado el horizonte y resueltas las dificultades, su vida había sido un continuo martirio. En este lapso de tiempo ocurrió el casamiento de su hermana mayor Ventura, pero apenas si pudo tomar parte en el general regocijo; ¡tan triste estaba!

Los últimos días que pasó en su casa están señalados con uno de esos hechos que fueron frecuentísimos y corrientes en su vida: ocurrió el nacimiento de una sobrina suya, hija de su hermana Ventura. Tomó la niña entre sus brazos y, dirigiéndose a la feliz madre, le dijo: —Esta niña será religiosa. Efectivamente así ocurrió, pues la recién nacida ingresó en la Congregación, y ella mismo nos ha referido el hecho que se lo oyó contar a su madre multitud de veces.

Llegó por fin el día tan deseado de la marcha definitiva; un verdadero acontecimiento en el pueblo. Esta gente sencilla suele tener expresiones felicísimas que brotan de las profundidades del agradecimiento. La colmaban de bendiciones; se recordaba su caridad, su modestia, su fervor; singularmente los pobres tan amados de ella se creían con derecho preferente, y la cercaban y la abrumaban con su gratitud y agradecimiento: todo esto era más que suficiente para conmover su corazón tan delicado y sensible. Y si tal era la consternación del pueblo, ¿cuál sería la de sus padres y hermanos? Lloraban todos, y todos, sin embargo, la dejaron partir con gozo como una alma de bendición, convencidos que el aire del mundo ahogaba aquella blanca paloma.

El vacío que dejó en su casa no pudo ya llenarse. Sus hermanas se apresuraron a recoger todo lo que le pertenecía y lo guardaron con piadosa veneración: una colcha, que ella había hecho a gancho, el brasero donde hacía los bocados apetitosos para su madre, las ropas de su uso y una hermosa trenza de pelo. Cuando al correr de los años se diseminó la familia por el casamiento de sus hermanas, esta trenza de pelo le dieron como objeto de inestimable valor a su hermana Tomasa, que tanta

parte había tomado en sus luchas y dificultades. Guardábala ésta como un gran tesoro, y en los días solemnes y mayores festividades del año, la sacaba y se la hacía besar a sus dos hijas, a quienes refería sin cesar las virtudes de su querida Pabla. Esta trenza de pelo está ahora en nuestro poder, que la conservamos como preciosa reliquia. Y no sólo los suyos, sino el pueblo entero conservó también fresco y vivo su recuerdo.

Sigámosla en su nueva vida, para admirar las maravillas de Dios en la perfección de sus elegidos.

*S e c c i ó n   s e g u n d a*

L A M A D R E P A B L A  
H E R M A N A D E L A C A R I D A D

*Novicia y enfermera*

Su entrada en el Instituto. — El Hospital de Nuestra Señora de Gracia.— Ambiente y vida en la Comunidad.— Noviciado. — Primeros ministerios.— Actos heroicos de virtudes que en ellos practicó.

EN un trocito de papel encontrado en uno de sus libros de devoción, y que seguramente le servía a la vez de registro y de recordatorio que la moviera a un continuo agradecimiento al Señor por el cúmulo de gracias y bendiciones que sobre ella había volcado, tenía la sierva de Dios consignadas las fechas más memorables de su vida. En dicho papel se lee: "Vestí el Santo Hábito el cinco de mayo de 1869". Como la prueba en aquella época era de seis meses, llegaría probablemente al Hospital en la segunda quincena del mes de octubre, o a más tardar a primeros de noviembre del año 1868.

¿Qué pensó su madre, que la acompañaba al entrar en aquel imponente recinto y recibir por primera vez la impresión que produce una de estas casas levantadas para el dolor? ¿Con qué corazón, entre regocijado y dolorido, dejaría a su hija, la perla más preciada de su casa, en un medio que tanto contrastaba, con la quietud

y paz del hogar doméstico, y del ignorado pueblecillo que acababa de abandonar? Nada sabemos de ello; pero no dejaría de derramar abundantes lágrimas a pesar de lo esforzado de su corazón de cristiana.

El Hospital de Nuestra Señora de Gracia fue creado por el rey Alfonso V el Magnánimo, a instancias de los mismos aragoneses, concediéndole el singular epíteto de *Urbis et Orbis* (de la ciudad y del mundo), pues efectivamente para ser acogido en él, no se necesitaba ningún otro título que la pobreza, la enfermedad y el abandono. Reyes y Papas volcaron sobre él gracias y privilegios en tal abundancia que vino a ser célebre entre las más célebres instituciones de caridad.

Su fábrica era grandiosa y su organización completa, habiendo salas o cuadras, como las llamaban entonces, para toda clase de enfermedades, sin excluir las contagiosas y pestilentes. El genio de la guerra arrasó completamente el magnífico edificio y quedó sumamente empobrecido; pero la caridad proverbial de los hijos de Aragón lo sostuvieron con grandes sacrificios, después que se hizo el traslado al llamado Hospital de Convalecientes, que aunque pequeño, comparándolo con el destruido por las tropas francesas, pudo albergar a su población doliente, y que con ampliaciones y reparaciones a lo largo de los años de su existencia desde 1808, es el actual.

Por dicha nuestra conocemos al detalle la vida en el Hospital en los años que estuvo en él la Madre Pabla, y la fisonomía espiritual de las venerables Madres que la recibieron, y de algunas de sus heroicas y santas compañeras, que dejaron huella tan marcada en su espíritu. Y es lástima que de las restantes sólo hayan quedado las notas escuetas de los archivos, porque por el testimonio de la misma Madre Pabla sabemos que todas rivalizaban en el ejercicio de las más sólidas virtudes.

Ejercía el cargo de Maestra de novicias, cuando ingresó la Madre Pabla, la Rvda. Madre Antonia Pinen,

de santa memoria, y a ella quedó encomendada la formación religiosa de nuestra Madre Pabla. Muy práctica en la vida interior, sus novicias no tenían mayor dicha que agruparse a su alrededor, para oírle hablar de Dios. No les perdía de vista mientras andaban con los enfermos, y su aspecto era tan digno, tan recogido, que sólo su presencia las edificaba tanto como sus consejos y exhortaciones. Más tarde veremos cómo estos caracteres aparecen en la Madre Pabla, que nunca olvidó a su santa Maestra de novicias, cuando ella a su vez ejercía ese difícil y espinoso cargo.

A la caída de la tarde, cuando terminaban el trabajo, corrían presurosas a la sala del Noviciado para consultarle sus dudas, y oír las palabras de sabiduría que salían de sus labios. Veámoslas en su distribución diaria. Con el corazón inflamado y llenas de alegría, bendiciendo al Señor por la insigne merced que les había concedido de llamarlas a una vocación tan sublime como la de Hermana de la Caridad, se acostaban las felices novicias. A las cuatro estaban otra vez en pie, y se preparaban como a una fiesta, para acudir al llamamiento de Dios junto a sus queridos enfermos. Bajaban a las salas, y aquellas conversaciones espirituales que habían tenido la víspera con su Maestra de novicias, quedaban consolidadas y fortificadas con el ejemplo y enseñanza de aquellas venerables Hermanas. Entre ellas estaban las fervorosas Hermanas Josefa Codina y Teresa Domenech, contemporáneas de la Madre Rafols, cuya imagen la llevaban grabada en el corazón; y aprovechaban todo momento y ocasión para infiltrar el espíritu que habían heredado de ella en las jóvenes novicias; y aquella heroica Hermana Vicenta Salamero, alma tan allegada a Dios, que conseguía de El cuanto le pedía y en efecto a diario arrancaba a las almas del poder del diablo, pues tenía don especial para mover los corazones más endurecidos; y la Hermana Juana Bainat, de paciencia tan proverbial con los pobres dementes, y la

Hermana Antonia Montaner, de caridad tan encendida con todos los pobres y desgraciados, que ha quedado de ella recuerdo imborrable en el Instituto, y a la que el Señor, quizás en premio de esta caridad extraordinaria, le concedió el don de la paz en tan alto grado, que el Padre Juan, que la confesó durante quince años, aseguraba que había muerto sin que ni una sola vez, ni por un momento en los años que la confesó, la hubiera visto que perdiera esa preciosa paz.

Aquellas religiosas todo lo hacían en un ambiente de recogimiento, de silencio y de unión con Dios, que los claustros del Hospital les servían de celdas y de medios al progreso interior. Las recreaciones que sucedían a estas horas de trabajo y de silencio, no las disipaban, sino que servían para enfervorizarse más y más, y estrechar los lazos de caridad de unas con otras.

La misma Madre Pabla procuró después en su vida fomentar con todas sus fuerzas el respeto y veneración con que se trataban, y la santa alegría que debe ser la tónica de nuestras Comunidades, y que en efecto lo es. No caían en la vulgaridad de permitirse la menor familiaridad, que es la ruina del respeto y, por tanto, de la verdadera confianza, adelantándose unas a otras a ayudarse mutuamente con amabilidad y cariño. Tenían sus fiestas íntimas: Navidad, con sus obsequios al Niño Jesús; los Santos Inocentes, Pascua de Resurrección, las fiestas de San Joaquín y Santa Ana... y tan grabadas se le quedaron a nuestra Madre Pabla estas expansiones familiares del espíritu de fervor, que no perdonó medio al extenderse rápidamente la Congregación bajo su gobierno, para que ese ambiente de familia, ese gozo sencillo e íntimo, no se perdiera por el número y la distancia, y tuvo el consuelo de dejarnos al morir, junto con ese recio espíritu familiar, tan santas tradiciones.

¡Qué amables les parecían, sostenidas por su espíritu de devoción y el ejemplo y cariño de las Hermanas antiguas, las austeridades de su regla y las costumbres aun

más austeras que las mismas reglas! Por almuerzo les daban un plato de sopa; pero que sazonado con un excelente apetito, les parecía más sabroso que los más exquisitos manjares; la comida era también pobre, aunque suficiente; el ejemplo de las antiguas era un acicate para que se desarrollara en ellas el espíritu de mortificación: nada de regalo ni en el comer, ni en el beber, ni en el dormir. La pobreza era, pues, extremada en todo; pero la tenían en tanta estima, que cuando a la Madre Magdalena Hecho le propusieron comprar para el recibidor unas sillas un poco menos burdas que las que usaban respondió: la santa pobreza que nos dejó en herencia nuestra Fundadora, yo no la tocaré.

Aun se conservan las jofainas de barro con las letras azules H. P. enteramente iguales a las de los pobres enfermos; las camas pobres con sus jergones de paja y una silla también muy pobre; el mísero servicio de mesa y lo restante del ajuar, más a propósito para favorecer el espíritu de mortificación que para contentar el bienestar de que tan ávida se muestra nuestra naturaleza.

Esta fue la educación que recibió la Madre Pabla; y si se tiene en cuenta el espíritu de austeridad y de fervor que le guiaba desde sus primeros años, fácilmente comprenderemos los adelantos que haría bajo una dirección tan espiritual y santa, y en contacto con almas tan mortificadas y perfectas. Reconstruyamos su vida de novicia con los testimonios de testigos presenciales.

No hay una relación de las contemporáneas que pase por alto el atractivo que emanaba de toda su persona. Sus facciones regulares, su talle esbelto, su porte majestuoso, a la vez que humilde, denunciaban ya en ella un alma noble, pronta a repartir los tesoros que el Señor le había confiado. Su voz era siempre moderada, dominando las almas con el ascendiente de su virtud y de su gran bondad.

Por la mañana se adelantaba siempre a hacer los oficios más humildes en las enfermerías, siendo admirables

la solicitud y cariño con que los hacía. Si ya desde niña se había acercado a los pobres con sumo respeto, amor y reverencia, ¡cuánto más ahora siendo religiosa, y religiosa de caridad! A nadie dejaba le llevara la delantera en el regalo de los pobrecitos enfermos; con sumo cariño les cortaba las uñas, el pelo, les lavaba los pies, con tal paciencia y agrado, que los dejaba aliviados de cuerpo y consolados de espíritu; pero no se vaya a creer que lo hiciera sin esfuerzo, y que el ejercicio de tales virtudes lo practicara sin grande violencia interior; pero lejos de dejarse llevar de la natural aversión, castigaba la naturaleza, obligándola a abrazarse con lo que tanto le repugnaba.

La Hermana Jerónima Moleres, compañera suya, cuenta el acto heroico que realizó para acabar con estas repugnancias. "Habían de curar a una enferma de una llaga que arrojaba un hedor pestilencial; a duras penas podían sobreponerse a la violencia que aquella carne prutefacta les producía. Un día, le dice la Hermana Pabla: —Oiga, Hermana Jerónima: ¿quiere que por amor de Dios y para vencernos apliquemos los labios a la llaga de esa pobrecita enferma que tanto nos repugna? La pobre Hermana le contestó ingenuamente que no se encontraba con fuerzas para ello. Llegó la hora de la cura, y de pronto la Madre Pabla, aplicando los labios a la llaga, chupó el pus que de ella salía".

Gustaba también muchísimo de realizar por sí misma la limpieza y desinfección de las camas cuando moría algún enfermo, antes de que fuera ocupada por otro. A ello le movía principalmente el amor de Dios; pero también tenía en cuenta que los demás enfermos de la sala, al ver tal esmero, estarían más tranquilos y con menor repugnancia en el hospital.

No le estorbaban estos ministerios de caridad, su recogimiento y unión con Dios; al contrario, le servían de escala para subir hacia El. La Hermana Cecilia Francés, tan venerable y tan perfecta, contaba cómo en su paso

por los tránsitos la joven novicia parecía la encarnación del Espíritu de oración y de recogimiento. Sus ojos los llevaba habitualmente bajos; jamás se detenía a hablar con nadie, y sólo estaba pronta para obedecer la más ligera indicación de sus superiores, con un total rendimiento y ciega obediencia.

Su heroica fidelidad al deber la llevaban más allá de lo que alcanzaban sus fuerzas. Un día bajó a la sala desencajada. A media mañana le faltaron las fuerzas, y tuvo que retirarse a su celda: tenía 40 de fiebre, y al indicarle más tarde por qué hacía tales excesos, con toda ingenuidad contestó que mientras pudiera tenerse en pie, no se creía dispensada de la asistencia de los enfermos. Era tan amable, que las Hermanas buscaban su compañía, y sobre todo, gustaban de hacer la vela con ella.

Estaban muy en uso en aquella fervorosa Comunidad toda clase de maceraciones, y en lo que era común y corriente, sobresalía nuestra Madre Pabla. Es rigurosamente histórico, que en la dirección de aquellas almas, sólo había de preocuparse de poner freno a su espíritu de penitencia, y siendo esto así, señalaban a la Madre Pabla en este respecto como ejemplar único y verdaderamente extraordinario.

Preciso será dejar de referir los mil medios que la fervorosa novicia inventaba para despojarse totalmente del hombre viejo. Ocasión tendremos de poder admirar un progreso constante, y destellos cada vez más claros del espíritu de Dios que la movía y la impulsaba hacia una perfección consumada.

*La Profesa. Labor apostólica  
en el Hospital.*

Primeros votos. — Muerte de su madre. — Pruebas y dificultades. — Queda encargada de la Sala de Nuestra Señora del Pilar. — Fecundidad de su apostolado. — Medios que empleaba en la conquista de las almas.

Con diligente cuidado se preparaba la fervorosa novicia para sus votos. Los pronunció el 8 de mayo de 1870, ofreciéndose sin reserva al Señor, y El, que sabía la sinceridad de su entrega, fue rompiendo uno a uno los lazos que podían unirla a la tierra. Poco después de la ceremonia de los Primeros Votos, en julio de aquel mismo año 1870, el Señor llamó a Sí a su buena madre.

Fue el primer gran sacrificio que le exigió después de su consagración. Cierta que la muerte santa y edificante de su querida madre le serviría de grande consuelo; pero con todo no podía dejar de sentir un inmenso vacío, pues había sido no sólo su madre natural, sino también espiritual, y además quedaba en gran soledad su anciano padre. Aun estaba en casa su hermana más pequeña, su querida Sebastiana; pero ya la habían admitido en el Instituto, y ella que conocía la fe y fortaleza

de su padre, no tenía la menor duda que este golpe durísimo no sería obstáculo para que en la fecha prefijada dejara marchar a su hija menor a cumplir su vocación y responder con toda generosidad al llamamiento de Dios, como en efecto sucedió.

Aun no repuesta de esta primera y sensible prueba, le guardaba el Señor otra, de distinto género; pero no menos terrible y angustiosa. Nunca fue fuerte de salud; y si a eso se añade sus extraordinarias penitencias, el dolor de la muerte de su madre, y el rudo trabajo de la vida de hospital, casi era de prever que aque débil cuerpecillo daría con la carga en tierra, y eso es lo que ocurrió: se puso enferma de cuidado.

A pesar de todos los remedios que se le prodigaron no se reponía, y entonces se pensó que quizás los aires nativos le devolverían la salud perdida; se le comunicó, pues, la conveniencia de ir por una temporada a su casa. Mucho le costó esta orden de sus superiores: lloró; pero a pesar de sus lágrimas, la conformidad a la voluntad de Dios manifestada por la orden de los superiores, fue completa.

En este rudo trance aparece como ángel de consuelo para la Madre Pabla tan atribulada, la Madre Martina Balaguer. La sola idea de que su falta de salud pudiera ser un obstáculo para continuar en la Congregación, la martirizaba sobre toda ponderación; pero las razones y los argumentos de fe que empleó la buena Madre Martina, la sosegaron completamente. A partir de aquella fecha, la más santa dilección unió aquellas dos grandes almas, tan hechas la una para la otra.

Marchó a su pueblo; pero aunque iba a reponer sus fuerzas, no se creyó dispensada de cumplir la regla, ni aun de prescindir de sus amadas austeridades. Tuvo que intervenir la obediencia, para que cesara en sus penitencias.

En su casa le prodigaban los más solícitos cuidados, y esto, unido al aire de la montaña, la fortificaba a ojos

vistas. Solamente salía de casa para ir a la iglesia, o a casa de su hermana Tomasa, la que le reprendía dulcemente por lo poco que cuidaba de su salud, y por lo tímida que se mostraba en indicarles lo que pudiera apetecerle. "Te morirías en un rincón, antes que pedir nada", le decía en tono de cariñoso reproche.

Así era en efecto; no pudieron conseguir en todo el tiempo que estuvo en su pueblo, que les dijera qué era lo que más le apetecía, ni qué lo que le repugnaba. Bajaban al huerto de su casa, y allí reanudaban las conversaciones de antaño, siempre de Dios o de temas espirituales; no sabía hablar de otra cosa. Por su parte aprovechó aquel tiempo para recogerse en su amada soledad, a la que volvía siempre con tanto gusto; había nacido con una tendencia marcadísima hacia el retiro, y esta tendencia lejos de debilitarse creció con los años. Gustaba, pues, de recogerse como cuando niña, ya en su cuarto, ya en la solitaria y pequeña iglesia de su pueblo.

Pero por muchas que fueran las delicias que gustaba en esta vida de oración y de retiro, llevaba en el alma la nostalgia de su querido Hospital. El Señor oyó benigno los clamores de su corazón resignado, y, satisfecho de la fidelidad de su sierva, la devolvió notablemente mejorada a sus Hermanas en religión, que la esperaban con impaciencia, y la recibieron con la más viva alegría.

Volvió, pues, llena de ánimo a reanudar sus ocupaciones habituales; pero los superiores, viendo su celo, su caridad, su reserva y su paciencia, a pesar de su juventud, le encargaron de la dirección de la sala de Nuestra Señora del Pilar. Contaba a la sazón nuestra Madre Pabla 23 años: este solo dato basta para darnos idea del alto concepto que habían formado de ella los superiores; el tiempo demostró que no se habían equivocado, y que la Madre Pabla era sólo joven en años, pero tenía por lo demás la prudencia y madurez de los ancianos.

Desde el momento en que los superiores le confiaron un cargo de tanta responsabilidad, como es la dirección de una sala, se dio más y más a la oración. Se levantaba de noche y hacía todas las visitas que podía a Jesús Sacramentado, permaneciendo en su presencia cuanto tiempo le era posible. El departamento de mujeres, ocupaba todo el primer piso, que está formado por dos largos tránsitos que se denominan de Gracia y San José, unidos por otro más pequeño en cuyos extremos están las salas del Carmen y del Pilar, donde prestaba sus servicios nuestra Madre Pabla. A pocos pasos de su sala está el célebre cuarto de doña María, con una tribuna que da a la iglesia, y la misma sala del Pilar tiene también otra tribuna aun más espaciosa. Al ir, al venir, y en mil ocasiones que se ofrecían durante el día, entraba, y aun cuando sólo fuera con una mirada, exhalaba hacia el Señor toda su alma.

D. Hipólito Fairén, don Francisco Arpal y otros doctores, en aquel entonces estudiantes de medicina, contaban emocionados la impresión que les producía. Su rara modestia los tenía encantados; no se recuerda en la casa que a presencia de ellos levantara la vista, y alguna vez en tono festivo le decían: —Hermana Pabla: levante la mirada, para que sepamos qué color es el de sus ojos. Sus palabras eran siempre oportunas y discretas: nada más afable y llano que su trato; pero hablaba sólo lo indispensable, y no se encontraría en su conversación ni una sola palabra inútil. D. Domingo de Palos, que como fundador de una de nuestras casas, tuvo que tratar frecuentemente con la Madre, decía a las Hermanas: —“Qué Madre General tan discreta tienen ustedes; en todas las conversaciones que hemos sostenido, en el trámite para la nueva fundación, no ha dicho ni una sola palabra de más; las justas, pero llenas de sabiduría y prudencia”.

Este difícilísimo arte lo había aprendido ella a fuerza de callar. En sus juveniles años, en esta época que va-

mos relatando, su silencio rara vez lo interrumpía; los mismos doctores ya citados no se cansaban de ponderar aquel continuo morar en sí, del que en forma alguna podían sacarla. Sin perder nada de su cordialidad a todas las tentativas que hacían para distraerla, pidiéndole objetos para el servicio, contestaba con monosílabos. Si podía responder con tres palabras, no usaba de cuatro; los desconcertaba y dominaba con una superioridad que no sabían ellos en que consistía, ni de dónde procedía; respecto a ella, se iba llenando cada vez más de una veneración sagrada. El mismo don Hipólito refería cómo aquel singular modo de portarse los atraía y a la vez los contenía. Pasó, pues, por el Hospital sin que tuviera que atravesar ningún peligro serio.

Cualquiera diría que era algo serio y tétrico, esa vida que vamos describiendo: el Hospital y sus horrores; un silencio continuo; una mortificación constante... pero preguntádselo a la interesada, y oiréis un lenguaje desconocido en este valle de lágrimas. Muy anciana ya, trataba de consolar a una religiosa en una tribulación que la turbaba, y ante ella hizo esta confesión: “En todos los años que llevo de religiosa, no me ha ocurrido perder la paz del alma, porque siempre he buscado la voluntad de Dios”.

La misma reserva que con los médicos, se había impuesto con los enfermeros y criadas. Con los primeros siempre con afabilidad y dulzura, sólo les hablaba lo indispensable por razón de sus ministerios; con las sirvientas, cuidaba de instruir las de los peligros que podían tener, de aconsejarlas como una madre, de cuidar de sus necesidades; pero sin caer en familiaridades y confianzas impertinentes; procuraba sobre todo darles buen ejemplo.

Uno de los médicos de la casa, que quería ganarse su simpatía, había comprado para regalárselo un hermoso crucifijo, y juzgó que el medio más fácil de llegar hasta ella sería por medio de la muchacha de la sala. En efec-

to, llegó la chica con el presente, y la Madre, con la mayor naturalidad, sin hacer ninguna demostración de agrado ni desagrado, la ordenó sin desatar siquiera el paquete que se lo devolviera a la persona que se lo había entregado, que ella como religiosa no podía admitir absolutamente nada. La muchacha quedó altamente edificada, y le cobró desde aquel día particular amor. Pero donde desplegaba a manos llenas los tesoros de su corazón, era en el trato con sus queridos enfermos.

La sala del Pilar era de medicina general. Pasaban por ella enfermos de todas clases; pero un tanto por ciento muy elevado era de tuberculosas. Entre ellas se encontraban jovencitas prematuramente heridas por la enfermedad, a causa de la miseria y del hambre, siendo por otra parte almas puras, resignadas con su suerte, y en las cuales sólo una chispita de amor de Dios que se pusiera en su corazón, podría convertir las en víctimas preciosas a los ojos de Dios. Para ellas guardaba las efusiones más vivas de su corazón; eran su alegría en el ejercicio de su apostolado. Pero junto a ellas conoció también otras, totalmente distintas: cuerpos marchitos por enfermedades contraídas por sus vicios, y almas más ajadas que sus mismos cuerpos. No se desalentaba por eso; hablábales poco o casi nada; pero se esforzaba en servirles y procurarles todos los alivios que estaban en su mano; sobre todo oraba sin intermisión por ellas. En esta época las pocas horas que concedía al sueño lo hacía en el suelo, y continuó durmiendo de esta manera hasta que, enterándose de ello los superiores, se lo prohibieron.

Su celo industrioso, activo, no se limitaba a estos casos difíciles, sino que se extendía a todas las enfermas de la sala. Procurando no hacerse pesada las envolvía en un ambiente de piedad: rezaba con ellas todos los días los actos de fe, esperanza y caridad; no se pasaba día alguno en que no se rezase también devotamente el Santo Rosario; cuidaba al dar la hora de saludar a la

Santísima Virgen María; tenía también libros devotos, y aprovechaba los ratos libres para hacerles su ratito de lectura espiritual. De esta manera suave y discreta las aficionaba a las cosas de Dios. Tenía también otra santa costumbre: todos los domingos oía una Misa por los enfermos que no podían levantarse a oírla: les advertía antes para que se unieran en espíritu, asegurándoles que con ello el Señor quedaría sumamente complacido. Cuando la enfermedad se agravaba y llegaba el peligro próximo de muerte, no las abandonaba un momento.

Dios bendecía copiosamente su apostolado. En ocasiones por mociones internas sumamente eficaces, la impulsaban a ir en socorro de las que estaban en peligro inminente de perderse.

Entre los muchos casos que podríamos citar, sólo haremos mención de uno, por la impresión que a la misma Madre le causó y que muchas veces lo refería. Había en la sala una mujer de cuidado por todos conceptos. Todos la creían un ser completamente degenerado; la Madre Pabla en su lenguaje caritativo solía decir, que estaba mal de la cabeza. Esta mujer estaba para dar a luz, y no dejaba de inspirarle serios cuidados, pues tenía el presentimiento que había de matar la criatura en cuanto naciera. La vigilaba constantemente, y a las Hermanas de vela y guardia les encargaba que hiciesen lo mismo.

Un día estando en la oración de la tarde se sintió fuertemente impulsada a bajar a la sala y sin dudar de que algo anormal ocurría, bajó rápidamente. Al entrar vio que la enferma acababa de meterse en la cama. ¿Qué has hecho, le preguntó la Madre? Y sin esperar contestación, movida también por un impulso interior fue directamente a uno de los vasos grandes que hay en las salas para echar las aguas sucias; lo destapó y allí estaba la criaturica. Lo sacó casi asfijado y empezó a moverlo y hacerle aire, hasta que dio señales de vida rompiendo a llorar: Seguidamente lo lavó, lo vistió con

las mejores ropas que tenía y lo llevó a la iglesia a bautizar. Al regresar de la iglesia, y antes de quitarle el faldón y las gorritas se murió en los mismos brazos de la Madre Pabla. La misma Madre relataba la alegría y contento grande que había experimentado, por haber sido el instrumento de que se valió Dios para salvar aquella alma, y que después, durante toda su vida, lo consideró como su segundo ángel de la guarda y que en muchas ocasiones había experimentado al encomendarse a él una protección muy grande.

## C A P I T U L O T E R C E R O

### *En el Hospicio de Zaragoza*

**Pasa al Hospicio de Zaragoza. — Nuevos ministerios en que la ocupa la obediencia. — Diferentes pruebas por las que le hace pasar el Señor. — Su comportamiento en ellas. — Hace su Profesión Perpetua.**

AL principio del año 1872 comenzó la Excma. Diputación las gestiones necesarias para encargar a nuestra Congregación del Hospicio de Zaragoza; y en efecto, en abril de aquel mismo año, quedó el referido establecimiento de Beneficencia bajo la dirección de nuestras Hermanas.

Al hacer la designación de personal se fijaron los superiores en la Madre Pabla. Al frente del pequeño grupo, en calidad de Superiora, iba la Madre Martina Balaguer, que al hacer la distribución de las oficinas dejó encargada del ropero de hombres a la Madre Pabla.

Al llegar a la nueva casa y tomar posesión del nuevo empleo que la obediencia le confiaba, desaparecieron por completo las luces que iluminaban su alma y, una sequedad interior, le hacía insoportable la práctica de los ejercicios de caridad. Recurrió a la oración y no

podía orar; la tempestad interior seguía arreciando y combatía violentamente la barquilla de su espíritu afligido. Durante todo este rudo combate espiritual, no se dejó llevar del sentimiento; ninguna de las Hermanas llegó ni a medio vislumbrar la angustia de su alma: la primera en los actos de Comunidad, la primera en el trabajo, que lo cumplía con el mismo celo y diligencia con que había desempeñado hasta entonces sus obligaciones; el mismo continente dulce, pacífico, agradable, la misma moderada alegría en las recreaciones.

Se necesitaron muchos años, y que ella se viera en la necesidad de adoctrinar a sus hijas en pasos semejantes, para que se decidiera a contar este estrecho desfiladero que atravesó valientemente. En tal angustia y quebranto no olvidó el Señor de enviar a su fiel sierva un ángel consolador: tal fue el director de la Comunidad, don Antonio Ochoa, nombrado más tarde Obispo de Sigüenza.

El sabio director, sin grandes esfuerzos, pudo devolver a aquella alma la tranquilidad y el gozo, pues como verdaderamente humilde era sumamente dócil, desconfiando siempre de sus propias luces y dejándose guiar del dictamen de los que Dios había puesto en su lugar, para orientarla y conducirla.

Sor Carmen Zueco, religiosa del convento de Concepcionistas de Agreda, y que por muchos años fue religiosa de nuestra Congregación, cuenta en la extensa relación que nos envió de las virtudes extraordinarias que constantemente vio practicar a nuestra Madre, cómo por la época de su Profesión, en los ejercicios que se hacen para tan solemne acto, se vio por primera vez combatida por la duda de si el Señor la quería en un convento de clausura. Fue a exponer a nuestra Madre el estado de su alma, y después de confortarla y animarla para proseguir adelante en el camino que estaba añadió: "Yo también de joven, cuando en el Hospicio me encargaron del ropo de hombres, tuve una fuerte tentación de retirarme a un monasterio de clausura; pero el Padre Ochoa, que

era entonces mi director, me disipó aquel nublado. ¡Se puede hacer tanto bien en nuestro amado Instituto!

Al mismo tiempo que el Señor la acrisolaba interiormente en el fuego de la tribulación, le enviaba largas y penosísimas enfermedades que hacían de su vida un verdadero calvario. Le salió una erupción molestísima por todo el cuerpo, con fiebres muy altas que pusieron en inminente peligro su vida. Como eran recién llegadas al Hospicio, los servicios no estaban del todo organizados; no tenían enfermería de Hermanas, con el aislamiento necesario para que no ofreciera peligro de contagio. Determinaron llevarla al Hospital aunque era un poco temerario el traslado por el estado de la enferma, y lo efectuaron en una de las camillas de los enfermos. Fue imponderable la repugnancia que experimentó al caer sobre la colchoneta de la camilla; pero abandonada a la voluntad de Dios, se cuidó muy mucho de manifestarlo, y sólo lo dijo en gracia a la sencillez, virtud por ella muy amada cuando se le preguntó sobre el particular. Quiso el Señor que no se acabaran con estas contrariedades sus tormentos: el farmacéutico, por un descuido equivocó la receta del médico, y habiéndole aplicado una especie de unguento que subieron de la farmacia, quedó hecha una verdadera lástima, con el cuerpo entero en carne viva y unos dolores y escozor intolerables. A pesar de su alto espíritu de sufrimiento daba la pobrecilla tristes gemidos; no podía encontrar postura, y las lágrimas corrían en abundancia de sus ojos. Las Hermanas estaban consternadas, y como la fiebre crecía por momentos, llamaron a toda prisa al médico de cabecera don Liborio Los Huertos, decano del Hospital. Cuando llegó el doctor, y vio a la Hermana en aquel triste estado, quedó espantado. —"Pero ¿qué le han dado ustedes?". Y al presentarle el tarrito con el resto de la pomada que le habían puesto, comprendió el grave error que se había cometido; pero aun fue mayor el pasmo que le causó la resignación de la enferma, y la moderación de sus lamentos, pues aseguraba que era im-

posible a la resistencia humana soportar los dolores que necesariamente tenía que sufrir. La misma Madre Pabla, refiriendo este lance, aseguraba que no podía concebir ella mayor dolor que aquél, y de hecho en su vida, siempre tan trabajada por continuas enfermedades, nunca había padecido tanto: estaba, nos decía, desollada y me abrasaba un ardor inaguantable.

Muchos días continuó en aquel estado de sufrimiento, luchando entre la muerte y la vida... venció por fin la naturaleza tan terrible mal; pero quedó muy postrada y con una gran debilidad. Aquel hilito de vida que aun le quedaba había de cuidarlo con todo esmero. Por segunda vez determinaron los superiores que fuera a su casa a reponerse. Todos estos contratiempos se le quedaron muy grabados en el alma, y la caridad tan fina que con ella usaron, los remedios que en medio de la pobreza de la Comunidad le proporcionaban, movían su corazón al más vivo agradecimiento. Así que más tarde al estar al frente de la Congregación, no omitirá gasto alguno para el cuidado, alivio y curación de las enfermas.

Una Hermana cuenta que había enfermado del pecho en la juventud, y lloraba sin consuelo, pensando que por ese motivo la mandarían a su casa. Llamóla la Venerable Madre, y con todo cariño le dijo: "—No llore, ni se aflija, hija mía. Mire: en la juventud me tuvieron que mandar por dos veces a mi casa, y variás a los baños de Panticosa, y aquí estoy, ya vieja, por la misericordia de Dios, y la caridad de las Hermanas." Sea usted buena, y no se preocupe de más; deje sus asuntos en manos de Dios, y a cuidarse ahora mucho, que es en este momento lo que pide de usted el Señor". Y me lo dijo, continúa la Hermana, con tal acento de bondad, y me quedó tal seguridad de que no me mandarían a casa hasta agotar todos los recursos, que quedé completamente animada y consolada.

Poco tiempo estuvo esta vez en su casa. No experimentaba mejoría ninguna, y vuelta a Zaragoza los médicos le ordenaron las aguas de Panticosa, y allí la mandó la Madre Martina, a la que veremos día por día, disputar a la muerte la presa que ya creía segura.

Volvió muy mejorada; pero todavía distaba mucho de estar completamente restablecida; la relevaron del rópero de hombres y la pusieron al frente del departamento de muchachos, que la dejaba en completa libertad toda la tarde. Podía, pues, descansar esas horas, imponiéndose al mismo tiempo en toda clase de labores de adorno, que no había tenido ocasión de aprender en el pueblo. Aun se conserva en la Comunidad un cuadro bordado por la Madre mientras su permanencia en el Hospicio. Era muy primorosa, y el sello de buen gusto lo ponía en cuantas labores ejecutaba. "Siempre me ha llevado el Señor, dirá más tarde, por caminos contrarios a mis inclinaciones; no podrán creer cuánto me gustaba bordar, hacer flores y trabajar en objetos pertenecientes al culto; pero salvo aquella corta temporada del Hospicio no ha querido el Señor coja una aguja en mis manos".

Se acercaba el tiempo de la Profesión; cuanto más próximo estaba el gran día, mayores eran los obstáculos que el Señor parecía ponerle en su camino. Por orden facultativa, y después de la primera salida a Panticosa, tuvo que ir a unos baños de aguas sulfurosas; la acompañaba la Hermana Cecilia Francés, y a su regreso, por asuntos de la Comunidad, habían de entrar en Tudela. Por una equivocación de horas, perdieron la diligencia; juzgaban ellas que aun no había llegado, y en realidad ya había partido. Cuando se dieron cuenta de su error, ya estaba muy lejos la tartana que les había conducido hasta la carretera. Perplejas se miraban una a otra, y no encontrando solución en lo humano, invocaron con gran fe al Glorioso Patriarca San José. Aun no habían acabado su plegaria, cuando apa-

reció en el camino una tartana guiada por un anciano de aspecto simpático y agradable. Sin decirle ellas nada, se paró. —¿Qué les ocurre, Hermanas?, les preguntó amablemente. Le contaron su apuro. —Suban, suban, añadió; yo mismo me ofrezco a llevarlas.” No se hicieron de rogar, y bendiciendo a Dios por tal feliz encuentro, llegaron a la Misericordia de Tudela. Allí las esperaban ya toda la Comunidad, y haciendo parar al anciano, entraron para sacarle algún pequeño refrigerio. Fue cosa de un momento, y cuando volvieron a la puerta ya había desaparecido el anciano y la tartana. Siempre consideró la Madre este episodio de su vida como un favor singular del Bendito Patriarca de quien era muy devota.

Podría suponerse que estas continuas enfermedades agotaron en ella la sed de inmolación; al contrario, en cuanto podía tenerse en pie reanudaba sus penitencias.

Ocultaba ella con gran recato estas austeridades que podrían tomarse como verdaderas imprudencias; pero no le valieron sus precauciones. Fue sorprendida, y la Madre Martina le prohibió por entonces tales austeridades. Cayendo y levantando por su debilísima salud, y progresando siempre en perfección, pasaron los años, y llegada la hora, no hubo dificultad ninguna, sino grande alegría por parte de las Hermanas para recibirla a la Profesión. Se preparó con unos fervorosísimos ejercicios, y el día 15 de mayo de 1874 emitía sus Votos Perpetuos y quedaba ya para siempre unida a Dios y a los destinos del Instituto. En ella se había verificado ese fenómeno que puede apreciarse en todas las almas que confían plenamente en el Señor; es a saber, que lo que parecía un obstáculo, se torna en medio. Sin ese cúmulo de enfermedades, penas interiores y contradicciones de todo género, no hubiera estado su alma tan dispuesta para que su consagración fuera tan perfecta.

La confianza en la bondad de Dios de la Madre, después de tan larga experiencia, será ya incommovible y uno de los caracteres más señalados de su fisonomía espiritual.

*La Madre y Maestra  
de las huérfanas*

**Apostolado de la enseñanza de la Madre Pabla en el Hospicio. — Su influencia en las almas. — Caracteres de este magisterio. — La educadora modelo.**

**D**URANTE la estancia de la Madre Pabla en el Hospicio, la Rvda. Madre Martina Balaguer le confió otro ministerio penoso y de gran responsabilidad: la vigilancia de las niñas fuera de las horas de clase; lo que entre nosotras llamamos las guardias. Aunque ello suponía un considerable recargo de trabajo, y su salud, como hemos visto, estaba muy lejos de ser fuerte, la Madre Martina no dudó un momento, porque su prudencia, su tacto y su piedad, eran necesarias en la situación difícil en que se encontraba el Hospicio en aquel entonces. Las niñas recibieron muy mal el cambio de Comunidad que había ordenado la Excm. Diputación, y con la irreflexión propia de sus años y favoreciendo el número la mala semilla de algunos espíritus inquietos, que nunca faltan en las grandes colectividades, hicieron pasar en los comienzos a las Hermanas un ver-

dadero calvario. No podían acercarse a ellas sin que las colmaran de injurias, llegando en ocasiones hasta maltratarlas de obra. Para dominar aquella tormenta en la que quedaba deshecha la autoridad, se comprendía que no bastaba la acción del tiempo; se necesitaba el ascendiente de una virtud singular. Los hechos demostraron cuán acertada estuvo la Madre Martina en su elección.

Este fue el primer encuentro de nuestra Venerada Madre con la juventud; momento por cierto solemne en su vida y de una transcendencia enorme también para la Congregación, pues junto a ellas comprendió la necesidad de una formación verdaderamente cristiana para la niñez. Así, que poco después, en cuanto la obediencia le confía el cargo de Superiora del Hospital de Alcañiz, abrirá una escuela en las dependencias del mismo Hospital, y más tarde, cuando el Señor ponga en sus manos el gobierno del Instituto, sin abandonar los múltiples ministerios de Beneficencia, siempre tan amados por ella, no se cansará de abrir centros de educación, ensanchando la esfera de acción de la Congregación en este ramo de la enseñanza de una manera sorprendente; siguiendo el espíritu de la Santa Fundadora preferirá las escuelas para pobres, teniendo como el mayor timbre de gloria para sus hijas el sembrar en el corazón de los humildes los gérmenes de una fe robusta que haga después de ellos, hombres y mujeres felices, y ciudadanos honrados.

Los primeros ensayos en esta nueva faceta de su vida fueron muy gloriosos para ella, por las victorias que alcanzó; pero difíciles en extremo. Una clase de cuarenta niñas insubordinadas, ya es algo serio que hace meditar; pero cuando no son cuarenta, sino cientos, y hay que estar en pie desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche, en un ambiente de hostilidad manifiesta, es labor capaz de abatir hasta las más valientes. Y hay que advertir, que la Madre entraba en

la batalla ayuna de todo bagaje científico en materia de educación. No había leído otro libro de Pedagogía que su crucifijo; pero ¡qué cosas había aprendido acerca de las almas en cada una de sus llagas!

Se acercaba a ellas rebosando bondad y mansedumbre. Su paciencia era tan grande como su amor. Aquella bondad universal hizo impresión: obraba en las almas por el aroma de sus virtudes y sacrificios, que en vano trataba de ocultar. Las mejor dispuestas, quedaron prendadas de ella a los pocos días; este ambiente de simpatía fue creciendo y se hizo general. Gozaban de estar a su lado y la obedecían en todo. He aquí un rasgo notabilísimo del ejercicio y tono que daba a la autoridad: No era la suya, una autoridad de imposición bruta, sino de verdadera superioridad; su ascendiente venía, no de las voces de mando, sino de una paciencia invencible, de una conducta irreprochable, del encanto de una virtud amable y alegre.

Las ancianitas asiladas que convivieron con ella en su juvenstud, cuentan detalles encantadores. Una de ellas decía: "Era una santa; instintivamente buscaba todo lo peor para ella; recuerdo que había en el planchador dos planchas muy pesadas, y que todas, Hermanas y niñas rehusábamos cogerlas. Cuando le tocaba el turno a la Hermana Pabla, siempre las cogía ella, con la mayor naturalidad para que no nos diésemos cuenta; pero todas lo notábamos. Y así, en todas las cosas; siempre la veíamos ocupada en procurar a los demás lo mejor y elegir para ella lo peor". Podría creerse que aquel ejercicio austero de virtud había de echar para atrás a las chicas; al contrario, quedaban encadenadas al imperio de un alma que se les mostraba superior en todo. Recojamos los caracteres de aquel magisterio verdaderamente excepcional.

*Primer carácter.*—Todo su magisterio y apostolado era sencillamente una irradiación de su vida interior.

Se influye en las almas en la proporción de las virtudes que se poseen: nadie da lo que no tiene. Esa vida interior la proveía de dos armas en las cuales apenas si se repara, y que son los dos ejes en que estriba el mejoramiento de los demás: una gran pureza de corazón y un desasimiento absoluto. Se elevaba visiblemente el ambiente espiritual del Hospicio: A su lado las niñas mejoraban rápidamente, y ello sin esfuerzo, sin violencia; era verdaderamente un foco de luz y de calor.

*Segundo carácter.*—Su magisterio fue un magisterio de amor. Sólo el amor es fecundo, porque el amor es vida; y la educación es ante todo no una cuestión de método, ni de ciencia, sino de vida. Las trataba con delicadezas verdaderamente maternas. Y ello no sólo en el tiempo que permaneció en el Hospicio, sino durante toda su vida. Llevaba ya 23 años de General cuando un día le anunciaron la visita de una asilada de sus tiempos de magisterio, en el piadoso establecimiento, que se llamaba María Pamplona. Esta asilada tenía un principio de cáncer en la nariz, y su aspecto era muy repugnante. Bajó la Madre como de costumbre con gran bondad y alegría, y en el curso de la conversación le dijo la pobrecilla que iba a cumplir 50 años en el Hospicio: —Esa fecha hay que celebrarla, interrumpió la Madre; ese día comerás aquí en el Noviciado. En seguida dio órdenes a la cocinera y a la Hermana Eloisa Gracia, encargada de servir a los huéspedes, que es la que nos ha contado el caso. Era la Madre muy activa, y no se escapaba a su inteligente mirada ni el menor detalle. Se preparó, pues, la mesa como si se tratase de un gran personaje, llegó la invitada, y la venerada Madre salió a hacerle los honores. Iba ya la Hermana Eloisa a disponerse para servirle cuando adelantándose la Madre le dijo: “No, a María Pamplona la sirvo yo”. Y en efecto, radiante, con el más puro amor y gozo sirvió a la pobrecita asilada que lloraba y no sabía cómo expresar su agradecimiento.

to. Cuando se marchó dijo la Madre: “He pasado un rato feliz; me parecía era el mismo Jesús a quien serviría”.

*Tercer carácter.*—Se distinguía además su magisterio por un respeto profundo a las niñas. Las excitaba, las movía, las encaminaba, pero no por presiones y violencias, sino por el atractivo suave de una virtud, que siendo extraordinaria la hacía ella amable y hasta fácil. Sabía además usar discretamente de la confianza que en ella depositaban. Ni un paso más que el que las niñas en sus voluntarias comunicaciones le permitían.

*Cuarto carácter.*—Era un magisterio optimista. Creía en la eficacia de la educación y, sobre todo, tenía una fe absoluta en la omnipotencia de la Gracia.

*Quinto carácter.*—Era un magisterio paciente. Trabajar, trabajar siempre, trabajar sin descanso: quizás en el momento menos esperado, salta una chispa, que puede consumir en un instante toda la escoria que parecía inacabable.

*Sexto carácter.*—De esta paciencia, de este saber esperar, nacía otra cualidad preciosísima, y era su inalterable mansedumbre y benevolencia. Su mansedumbre era asombrosa; su mirada sencilla y candorosa como la de una niña, se captaba la simpatía de todos los corazones de las asiladas. Era verdaderamente amable, y esta misma amabilidad hacía que las asperezas que con otras Hermanas usaban, con ella fueran cada vez más raras.

*Séptimo carácter.*—Era un magisterio individual. Veía, atendía a las necesidades de cada alma como si en realidad sólo de cada una de ellas tuviera que cuidarse. Les prodigaba tiempo y atenciones sin límites, como también era sin límites el amor que las profesaba; y después que salió del Hospicio, aun las seguía con su oración, con su continuo y maternal recuerdo y con su correspondencia.

*Octavo carácter.*—Era un magisterio profundamente social. Sabía inspirar a sus niñas ese sentimiento de verdadera fraternidad cristiana, mirando cada una como cosa que particularmente le pertenecía, todo lo concerniente a la casa. En aquel entonces, según datos que tenemos a la vista rigurosamente históricos, no era el Hospicio otra cosa que una familia numerosa con todos los encantos de la vida de hogar, que sólo se gustan donde Dios pone su trono como verdadero Rey.

*Noveno carácter.*—Era un magisterio preventivo, pues más vale prevenir que curar, verdad muy clara, pero que a veces está muy olvidada. Una vigilancia maternal, constante y amorosa, puede evitar la inmensa mayoría de los castigos. En fin, era un magisterio desinteresado; no ambicionaba otra cosa que dar gusto al Señor, y conducirle las almas que le había confiado.

En estas alturas se movía su alma, libre y pura de toda mira interesada. Dios bendecía, como decíamos antes, palpablemente su apostolado. Aquella corta fase de su estancia en el Hospicio, pues sólo estuvo en él seis años, se señaló por una elevación moral, por una eflorescencia de virtudes cristianas, por una paz y alegría tan benéfica y provechosa, que el recuerdo aun perdura, a pesar del tiempo transcurrido.

*S e c c i o n   t e r c e r a*

LA MADRE PABLA,  
S U P E R I O R A

*En el Hospital de Alcañiz*  
*La Madre*

**Es nombrada Superiora del Hospital de Alcañiz. — Primeros trabajos de las Hermanas. — La Madre entre sus Hijas. — Testimonios. — Frutos.**

SÓLO cuatro años llevaba de profesa, cuando en junio de 1878, la Rvda. Madre Dolores Marín nombró a la Madre Pabla Superiora de una Fundación que acababa de hacerse en Alcañiz: El Hospital Municipal. Este período de los once años de su estancia en Alcañiz es uno de los más interesantes y simpáticos de su vida: aquí se empieza a delinear el plan magnífico que el Señor tiene sobre ella; la quería apóstol, y la preparaba para grandes campañas y conquistas.

El pequeño grupo de Hermanas que habían de componer la Comunidad, acompañadas de la Rvda. Madre Dolores Marín y del Padre Ochoa, salieron de Zaragoza el día dos de julio, fiesta de la Visitación de la Santísima Virgen. La sobria relación que se guarda en el Archivo de la Casa Madre, añade que llegaron a Alcañiz el día tres, a las cuatro de la mañana, siendo recibidas por el Clero y el Ayuntamiento, dirigiéndose

desde el coche a la Colegiata (donde después de haber oído misa, que el citado Padre Ochoa les celebró, se dirigieron al lugar de su destino. El día cuatro tomaron posesión del Hospital con las ceremonias de costumbre. Nos imaginamos a la venerada Madre, deseando terminar con las ceremonias oficiales, no viendo la hora de quedarse a solas con sus monjitas, para entregarse de lleno a los ministerios de su santa vocación.

La nueva casita a la que le destinaba la obediencia no podía ser más de su gusto. El Hospital es un antiguo convento de franciscanos situado en un extremo del pueblo, en el que se respira el perfume de aquella antigüedad religiosa, tan propicia para recoger las almas y elevarlas a las regiones de la luz y del amor. Su aspecto es severo. El pequeño vestíbulo conserva aún los marcos, en los que sus antiguos moradores colocaban máximas y sentencias de la Escritura. Las máximas antiguas han sido sustituidas por los horarios de las visitas; pero el cambio en nada altera la impresión ultraterrena que se experimenta al penetrar en el sagrado asilo. Estaba el Hospital cuando llegaron las Hermanas, en un estado verdaderamente lamentable, y la misma Madre Pabla, que tan poco aficionada era a las ponderaciones, con todo siempre llamaba grandísimos a los trabajos que pasaron en Alcañiz. Esta previsión de un trabajo abrumador, oscuro y humilde, la llenó de consuelo.

Sólo cuatro fueron las hijas que por el momento le había confiado la divina Providencia. Los comienzos de la gran obra, que más tarde había de llevar a cabo, no pudieron ser más modestos y humildes; con este reducido grupo hizo su primer ensayo, que fue felicísimo. En la formación de estas primeras hijas, no cambió el método observado en la Hermana, al cuidado de las niñas del Hospicio: la misma suavidad y mansedumbre, la misma energía; pero se mostraba ante ellas más expansiva, menos tímida, con un matiz de más mater-

nal y divinizada ternura. Entre sus hijas no creyó que tenía que resguardar bajo el sigilo más absoluto, los secretos de su vida interior.

La Madre Rufina Manzana contaba, que en algunos viernes de Cuaresma, la llamaba con mucha reserva al cuarto de las penitencias, y la mandaba que la atase a una columna por los brazos y la cintura, y que pasadas tres horas, volviese a desatarla. Esta Hermana refería también cómo se hacía el Vía-Crucis: la Madre recorría las estaciones con una pesada cruz, coronada de espinas, y con una soga atada a la cintura. Las Hermanas la miraban conmovidas y el piadoso ejercicio terminaba siempre bañadas todas en copioso llanto. En la Cuaresma solían practicarlo en el calvario que estaba junto al Hospital, empleando en recorrerlo dos horas, de las dos a cuatro de la mañana.

Estos ejemplos de austera y constante mortificación, ejercían saludable influencia en el alma de las jóvenes religiosas que tan de cerca los observaban. En efecto, a la ejemplar Superiora, la sorprendían ora en oración los brazos en cruz, ora en posturas incomodísimas, ora amargando el parco alimento que tomaba. La Hermana Concepción Los Arcos, encargada por la Reverenda Madre Martina de vigilarla de cerca, temiendo sus excesos, pudo comprobar que muchas noches se levantaba sigilosamente y bajaba a la iglesia para orar, o se encerraba para practicar sus penitencias. Asimismo pudo cerciorarse que no dormía en cama, sino sobre unos sarmientos que colocaba sobre el duro suelo.

Pero si ella se había impuesto tal género de vida, austerísima y mortificada en todo, a sus religiosas las cuidaba con ternuras verdaderamente maternas. La Hermana Rufina era aun muy joven, y a la buena Madre no le sufría el corazón el tener que someterla, en tan temprana edad, a un trabajo tan continuo, y tan incansantes velas. Cuando le tocaba quedarse al cuidado de los enfermos por la noche a esta joven religiosa, en

cuanto se acostaba la Comunidad, salía la Madre con mucho cuidado para no ser oída, iba a su encuentro y la decía: —Váyase, váyase, Hermana Rufina, que las jóvenes siempre tienen sueño, y duerma bien tranquila, que yo ya cuidaré a los enfermos y la llamaré un poco antes que la Comunidad, para que no se enteren. Y no sólo lo hacía con ella, sino que estos alivios también los concedía con frecuencia a las otras. Así que se puede decir que el peso de las velas recaía en su mayor parte sobre ella.

Durante la noche fregaba los retretes, llenaba las tinajas de agua, barría y fregaba la escalera, para aliviar el trabajo de las pobres Hermanas, encendía el fuego y hacía el chocolate. Al levantarse las Hermanas y ver ya el servicio dispuesto, y la limpieza medio hecha, quedaban no menos admiradas que edificadas. Les repartía también con frecuencia sus postres, y si algo apetitoso le ponían para comer, a causa de lo débil de su salud, lo guardaba siempre para regalarlas en medio de la pobreza en que vivían. No hay que hacer ponderaciones ni largas reflexiones para explicar el amor, la veneración y el respeto que tales actos producían en el corazón de las Hermanas.

Tocaba a levantarse a la Comunidad a las cuatro de la mañana, y llegaba invariablemente la primera. Empezaba el ofrecimiento de obras con expresión tan devota que bien se notaba cómo su alma estaba en verdad, ante el Dios de la Majestad. La misma fidelidad observaba en todos los restantes puntos de la disciplina religiosa: guardaba el silencio con extremado rigor, castigando con mano firme la menor infracción en regla tan esencial, pero todos sus castigos iban templados con una discreta caridad en la que se veía que no trataba de herir, sino de curar.

Bajo una dirección semejante, tan suave y tan fuerte, tan sabia y tan maternal, se puede conjeturar las alturas a que llegarían las almas en el fervor y en el

aprovechamiento. Llevaban, ya no con paciencia, sino con suma paz y alegría la extremada pobreza de aquellos tiempos. La misma Madre Pabla refería que no tenían sillas para poder sentarse a trabajar; pero tan felices eran, que a pesar del rudo trabajo que las abrumaba, no pensaban en pedir alivios aumentando el número de Hermanas, sino que su gloria consistía en inmolarse en todo momento, siguiendo las huellas de su amada Madre. Dios recompensaba tanta generosidad, concediéndoles los más singulares carismas, y haciéndoles disfrutar de una paz, de una alegría, de una serenidad, que nada podía alterar.

Bien necesaria les era a las pobres Hermanas aquel ejemplo constante de inmolación, y aquel corazón de madre en que apoyarse, en aquellos primitivos tiempos. Cada cuatro noches les tocaba la vela, y el día que seguía no era ciertamente el más a propósito, para recobrar las fuerzas con un moderado descanso. Cuántas veces, contaba la Madre Pabla, subiendo el agua necesaria para los servicios, nos quedábamos transidas de frío; pero todo lo sufríamos con alegría.

Sucesivamente el pueblo les fue encomendando diversos servicios, entre ellos dar comida a los pobres. Decía la misma Madre: nos veíamos obligadas a guisar al aire libre con un frío tan glacial, que sin ninguna exageración nos quedábamos heladas; creyó, pues, necesario acudir a Zaragoza pidiendo un aumento de personal, porque escasamente podían llegar a todo, multiplicándose en todos los servicios. Durante su gobierno floreció la casa de Alcañiz en virtudes tan grandes, que se la consideraba como modelo de casas. La oración, la propia inmolación, la vigilancia, de todo echaba mano para guiar y alentar a sus hijas en el camino de la perfección. Se veían las Hermanas como impelidas a seguir sus huellas, y no habrá pluma capaz de describir la vida que, sirviendo a los pobres, llevaban aquel grupo de ángeles.

cuanto se acostaba la Comunidad, salía la Madre con mucho cuidado para no ser oída, iba a su encuentro y la decía: —Váyase, váyase, Hermana Rufina, que las jóvenes siempre tienen sueño, y duerma bien tranquila, que yo ya cuidaré a los enfermos y la llamaré un poco antes que la Comunidad, para que no se enteren. Y no sólo lo hacía con ella, sino que estos alivios también los concedía con frecuencia a las otras. Así que se puede decir que el peso de las velas recaía en su mayor parte sobre ella.

Durante la noche fregaba los retretes, llenaba las tinajas de agua, barría y fregaba la escalera, para aliviar el trabajo de las pobres Hermanas, encendía el fuego y hacía el chocolate. Al levantarse las Hermanas y ver va el servicio dispuesto, y la limpieza medio hecha, quedaban no menos admiradas que edificadas. Les repartía también con frecuencia sus postres, y si algo apétitoso le ponían para comer, a causa de lo débil de su salud, lo guardaba siempre para regalarlas en medio de la pobreza en que vivían. No hay que hacer ponderaciones ni largas reflexiones para explicar el amor, la veneración y el respeto que tales actos producían en el corazón de las Hermanas.

Tocaba a levantarse a la Comunidad a las cuatro de la mañana, y llegaba invariablemente la primera. Empezaba el ofrecimiento de obras con expresión tan devota que bien se notaba cómo su alma estaba en verdad, ante el Dios de la Majestad. La misma fidelidad observaba en todos los restantes puntos de la disciplina religiosa: guardaba el silencio con extremado rigor, castigando con mano firme la menor infracción en regla tan esencial, pero todos sus castigos iban templados con una discreta caridad en la que se veía que no trataba de herir, sino de curar.

Bajo una dirección semejante, tan suave y tan fuerte, tan sabia y tan maternal, se puede conjeturar las alturas a que llegarían las almas en el fervor y en el

aprovechamiento. Llevaban, ya no con paciencia, sino con suma paz y alegría la extremada pobreza de aquellos tiempos. La misma Madre Pabla refería que no tenían sillas para poder sentarse a trabajar; pero tan felices eran, que a pesar del rudo trabajo que las abrumaba, no pensaban en pedir alivios aumentando el número de Hermanas, sino que su gloria consistía en inmolarse en todo momento, siguiendo las huellas de su amada Madre. Dios recompensaba tanta generosidad, concediéndoles los más singulares carismas, y haciéndoles disfrutar de una paz, de una alegría, de una serenidad, que nada podía alterar.

Bien necesaria les era a las pobres Hermanas aquel ejemplo constante de inmolación, y aquel corazón de madre en que apoyarse, en aquellos primitivos tiempos. Cada cuatro noches les tocaba la vela, y el día que seguía no era ciertamente el más a propósito, para recobrar las fuerzas con un moderado descanso. Cuántas veces, contaba la Madre Pabla, subiendo el agua necesaria para los servicios, nos quedábamos transidas de frío; pero todo lo sufríamos con alegría.

Sucesivamente el pueblo les fue encomendando diversos servicios, entre ellos dar comida a los pobres. Decía la misma Madre: nos veíamos obligadas a guisar al aire libre con un frío tan glacial, que sin ninguna exageración nos quedábamos heladas; creyó, pues, necesario acudir a Zaragoza pidiendo un aumento de personal, porque escasamente podían llegar a todo, multiplicándose en todos los servicios. Durante su gobierno floreció la casa de Alcañiz en virtudes tan grandes, que se la consideraba como modelo de casas. La oración, la propia inmolación, la vigilancia, de todo echaba mano para guiar y alentar a sus hijas en el camino de la perfección. Se veían las Hermanas como impelidas a seguir sus huellas, y no habrá pluma capaz de describir la vida que, sirviendo a los pobres, llevaban aquel grupo de ángeles.

Aunque de suyo era sumamente silenciosa, sus deberes de Madre la movían a no negar a sus hijas el consuelo y las luces de sus consejos; les repetía muy a menudo: "Hijas mías, no me gusta verlas muy afañosas en los trabajos exteriores; den a cada cosa su tiempo, y en cada tiempo hagan su cosa, sin ahogar el espíritu, y que todo sea por Dios; lo demás no vale nada". Era el corazón de la Madre que se volcaba en el de las hijas, ya muy bien dispuesto. Como jugando las llevaba a cualquier sacrificio, a soportar cualquiera incomodidad. No había por ejemplo camas suficientes, y había necesidad de dormir en el suelo: "Qué bien, ¿verdad, hijas mías?, sin la molestia de tener que subir y bajar, decía la Madre sonriendo y sin el peligro de caerse". En sus conversaciones y en su correspondencia de ordinario había siempre alguna alusión a la alegría de padecer por Cristo, y el amor de la santa pobreza.

Para acostumbrarlas a que obraran por motivos de fe, y que no perdieran por la rutina el mérito de una vida tan penitente, trabajosa y mortificada, echaba mano de piadosas industrias que le daban excelente resultado. Por ejemplo: el día de retiro, siguiendo la costumbre de la Comunidad, hacían el ejercicio de la muerte; pero a lo vivo, a fin de que la impresión fuera más profunda, y durara más tiempo. Iban al cuarto de las disciplinas junto al coro, ponían un paño negro en el suelo y las velas como se acostumbra en los entierros, y allí se tendía una Hermana, frecuentemente la misma Madre Pabla; se leían las oraciones por los agonizantes y la recomendación del alma, y se hacía un ratito de oración sobre el paso que más tarde o más pronto todos hemos de dar, mirando con aquella luz los momentos de la vida presente, su valor, y la pena inmensa de haberlos desaprovechado. Las había acostumbrado también a la corrección pública y también estuvo en uso la disciplina pública, a petición de las

mismas Hermanas, pues todas ellas tenían un alma y un corazón, al decir de las contemporáneas.

Con este espíritu de firmeza y suavidad, de austeridad y de cariño, de recogimiento y a la vez de santa alegría, gobernó aquella primera y reducida familia: su corazón de madre sólo tenía presente el bien de sus hijas; las cuidaba, las vigilaba, las estimulaba, las reprendía, las aliviaba en sus trabajos, sin tener para nada en cuenta sus propias fatigas, ni el cuidado razonable de su salud. Por eso fue su acción tan benéfica y profunda, porque el aliento que la inspiraba era la caridad de Cristo.

*En el Hospital de Alcañiz*  
*La Superiora*

La Superiora del Hospital de Alcañiz. — Transformación de la casa. La madre de los enfermos. Apertura de la escuela gratuita y del Colegio. — Influencia benéfica que ejerció en el pueblo entero.

DESPUÉS de haber considerado a la Sierva de Dios en sus funciones de Madre, estudiémosla ahora en sus relaciones externas con los enfermos, la Junta del Hospital y el Pueblo de Alcañiz.

Al poco tiempo del establecimiento de las Hermanas en Alcañiz, la transformación del hospital era radical y profunda. El orden, la limpieza y una notable economía, mejorando no obstante todos los servicios, llamaron la atención de la Junta, y atrajeron hacia las Hermanas la admiración de todos los que estaban en los pormenores de su administración. Se reveló entonces por primera vez en la Madre Pabla, aquel talento práctico, aquel tino en la gestión de los intereses, que se multiplicaban entre sus manos. No sólo veía la necesidad; desde el primer momento sabía también donde

dirigirse para aliviarla, de modo que desbordando en caridad jamás quedaban lesionados los intereses de la justicia. Esto fue lo verdaderamente estupendo en su obra administrativa. Cuando hay recursos suficientes, y aun sobrados, cabe el despilfarro; pero no parece tan difícil la gestión económica: lo grande, es llegar a todo, cuando son insuficientes, sin que nada de lo necesario falte, y en ocasiones determinadas se llegue hasta un poquitín de regalo. Ciertamente lo que daba aliento, calor y vida, a sus cualidades de administradora era su caridad, tierna, evangélica, que ella supo infundir en el alma de todas sus hijas. El Hospital para aquellos enfermos no era el hospital, era su casa. Allí encontraban el calor de una familia ideal, la ternura divinizada de madres las más amantes, el cariño respetuoso e ingenuo de hijas y hermanas queridas; que todo eso eran para sus enfermos las hijas de Madre Pabla. Ella, la buena Madre, los servía como si fueran sus señores, y en realidad así los consideraba, puesto que siempre vio en ellos al mismo Jesucristo. En sus instrucciones a las Hermanas, apreciando en todo su valor la heroicidad de los trabajos que soportaban no se cansaba de decirles: "Hermanas, por amor de Dios, no hagan las cosas por rutina; den vida a la obra por un gran espíritu de fe. Por ejemplo: una Hermana va a llevar un vaso de agua a un enfermo con el pensamiento distraído, maquinalmente; ni merece ni goza. Pero si lo lleva pensando que va a aliviar a la persona misma de Jesucristo en aquel pobre, qué diferencia; ahora gana un mérito inmenso, pues no quedará sin recompensa, ni un vaso de agua dado por amor de Dios; pero además se sentirá dichosa, y cada día amará más su vocación".

Este impulso de caridad la obligaba a una actividad muy grande; pero donde todo el mundo no veía más que virtudes, ella encontraba defectos y lagunas, de los que se corregía con constancia y tenacidad admirable.

En Alcañiz, dirá ella más tarde, era yo quizás demasiado activa; el Padre Faustino me hizo llevar examen particular sobre ello, hasta conseguir la debida moderación. Las Hermanas por su parte estaban tan lejos de notar el más pequeño lunar en su vida de continuo sacrificio, que juzgaban por el contrario, que el fuego interior era el que podía sostenerla en aquella vida de actividad inaudita, y pensaban no sin fundamento, que sólo empleándose en obras heroicas podía templar en algo sus ansias de inmolación.

Apenas dio cima a la organización del Hospital, su gran corazón concebía otro gran proyecto, que había de ser un germen de renovación en el pueblo. Enclavado el Hospital, como ya dijimos, en uno de los barrios extremos del pueblo, juzgaba con clara visión que una escuela reportaría un gran bien a todo el vecindario de aquellos contornos, gente en su mayoría obrera.

Serías eran las dificultades que para realizar sus proyectos tenía que vencer: local, Hermanas, el dinero necesario para la instalación por modesta que fuera. Poco a poco fueron las dificultades venciendo: todos los señores que por razón de sus cargos, tenían trato constante con ella, la Junta del Hospital, médicos, etc., estaban ya subyugados por el imperio de su bondad inmensa, pues bien sabido es que esta virtud domina todas las demás. La escuelita se habitó en uno de los locales del mismo Hospital. El local era espacioso y además contaban con escalera independiente y completamente separada del resto del edificio. Almas caritativas proveyeron con largueza a los primeros gastos de instalación; de Zaragoza le enviaron un pequeño refuerzo de Hermanas, y el día 8 de diciembre de 1880 tuvo lugar la apertura solemne de esta escuela gratuita, que se colocó bajo el patrocinio de la Santísima Virgen. Comenzaba con ella la larga serie de fundaciones que había de llevar a cabo en el resto de su vida y nótese que este

carácter de llevar los beneficios al pueblo a los pobrecitos, es el sello de su obra.

Dios da a cada santo y a cada instituto su sello especial: nuestra venerada Madre, siguiendo las huellas de la Santa Fundadora, la Madre Rafols, iba en primer lugar y derechamente al pueblo, a los desheredados, a todos los miembros dolientes del Cuerpo Místico de Jesucristo; cumplía de manera maravillosa el fin y el objetivo que el Señor se propuso al crear la hermandad, y nos legaba como preciosa herencia ese altísimo y magnífico destino: "Ser alivio y descanso de su Divino Corazón". Pero por grandes que sean los beneficios que una escuela produce, nunca serán completos si no se influye en las familias por medio de las mismas niñas. Eso fue lo que hizo nuestra Madre: trató de averiguar las necesidades urgentes que afligían a los hogares de sus pequeñas, y procuró remediarlas. Haciendo, pues, el bien, penetró en las familias y la renovación del pueblo se hizo visible. ¿De dónde sacaba recursos para sus continuas limosnas? ¿De dónde las sacan los santos? Del corazón de Cristo: El les concede gracia especial para que conmuevan los corazones, y los abran por la puerta de la misericordia. Ejerció sin pretenderlo ni desearlo, un ascendiente inmenso sobre la nobleza del país; pronto se vio honrada con la amistad de almas selectas, que le ayudaban en sus obras de caridad. Ella las recordaba siempre con profunda y viva gratitud, y de muchas de ellas oímos de sus labios: "Era todo un santo". "Era toda una santa".

Le daba también gran autoridad, y es preciso tenerlo muy en cuenta, su gran desinterés. No desconocían aquellos señores las estrecheces de la Comunidad, y al ver a la Madre pedir y distribuir a manos llenas beneficios y mercedes a los pobres, sin destinar ni una sola peseta para las necesidades de su pequeña familia, su admiración y su respeto, ante tan excepcionales virtudes, llegó a su colmo. La escolita, que funcionaba con

gran aprovechamiento y medro, no sólo de las niñas, sino también de las familias, elevando de manera sensible el nivel moral y religioso de toda aquella barriada, tuvo muchos favorecedores, entre ellos doña Vicenta Avinaja. Esta señora, no sólo fue una bienhechora insigne de la escuela, sino que no tuvo inconveniente, saltando por encima de prejuicios de clase, en enviar a ella su hija, y más tarde, encantada con los servicios que prestaban las Hermanas en este ramo de la enseñanza, les cedió un piso en su misma casa, para que en él abrieran una escuela de párvulos.

Desde el primer momento se encariñó con esta obra: los niños la atraían con invencible poder; apenas si hay fundaciones, entre las muchas que hizo para la enseñanza, que su comienzo y principio no fuera una escuela de párvulos. Estas escuelas de párvulos fueron manantial de muy vivas alegrías para la buena Madre: cuando negocios arduos y difíciles se le presentaban, recurría a la oración; pero en tales ocasiones no dejaba nunca de pedir el auxilio de las súplicas de sus queridos niños. El 8 de diciembre de 1883, cuando hacía ya tres años que funcionaba la escuela gratuita, se abrió el colegio para niñas en la calle Mayor, completando con ésta el ciclo de sus fundaciones en Alcañiz. Su gran favorecedora doña Victoriana Forcada, le dio para este objeto una casa de su propiedad que la puso también bajo la advocación de la Purísima Concepción. Con el prestigio que sus virtudes le habían dado entre las familias pudientes de Alcañiz, no tiene nada de extraño que los padres le confiaran la educación de sus hijas. Pronto el colegio contaba con crecido número de alumnas, siendo un modelo de casa de educación. Sin dejar la alta dirección del Hospital, se entregó a la organización de la nueva obra con aquella constancia y fino tacto que ponía en todas sus obras. Las alumnas de aquel tiempo la reconocen todas unánimemente como su verdadera madre espiritual, y protestan que todo lo mejor que hay

en ellas, lo deben al piadoso cuidado que en formarlas tenía la Santa religiosa. Fue una formación sólida, llevando su acción el sello de la duración; aun viven discípulas de aquel entonces que se distinguen por su macizo espíritu cristiano; que no han inventado para su uso un Evangelio nuevo, sino que siguen de cerca los ejemplos de nuestro Señor; cristianas para las que la cruz, como decía Bossuet, no tiene espantos.

Lo que nos maravilla es, leyendo los múltiples testimonios que tenemos a la vista, cómo se arreglaba para encontrar tiempo para todo, manteniéndose en tan ímproba labor sin cansancios ni desfallecimientos, a pesar de su quebrantada salud, los once años que permaneció en aquella ciudad, a la que siempre amó la Madre con singular y especialísimo afecto. Y no podía tener noticia de ninguna necesidad, ya individual, ya pública, sin que dejara de impetrar del Señor el remedio con sus oraciones. En una gran sequía que afligió a Alcañiz, atribuyeron sus habitantes a las oraciones de la Madre el beneficio de la lluvia.

Mucho deben en efecto los pueblos a esas almas que el mundo desconoce; pero que tienen tal poder sobre el Corazón de Dios, que como dice la Escritura, les concede todas las peticiones de su corazón. La mayor bendición, pues, que se puede desear a un pueblo o a una nación, es la que San Francisco pidió en el último trance para Asís: "que seas morada de santos".

## *Progreso interior* *Cruces y regalos*

**Progreso interior. — La ascensión. —  
Frutos del dolor. — Regalos del cielo.  
La paz en Cristo.**

Lo que hemos expuesto en los dos capítulos anteriores, su vida como Madre y Superiora del Hospital de Alcañiz, es el aspecto exterior de su grande alma, pero las virtudes que hemos admirado se adquieren a costa de penosos esfuerzos y sacrificios. Los años de la Madre en Alcañiz vienen señalados por un progreso evidente, que lo compró con largas horas de tribulación. Este sello de la cruz comunica a su dulce figura, ese rasgo divino que el dolor sólo puede producir, revistiéndole de esa conmovedora majestad, que las lágrimas añaden al esplendor y encanto de la inocencia, a la austeridad de la penitencia, y el ejercicio y ascendiente de una caridad llevada hasta el heroísmo.

En todo este largo período de prueba, las que la Madre reputaba por nada, fueron sus enfermedades y continuos achaques. Sus dolores de cabeza fueron tan frecuentes y vehementes, que por la intensidad de los mismos se le encogían los nervios del cuello y se le

formaba un bulto del tamaño de una nuez. Todos los calmantes que le proporcionaban se le tornaban en más acerbo tormento. Lo edificante en estas ocasiones era su sencillez y al mismo tiempo su fortaleza.

Cuando le preguntaban por su salud respondía con toda ingenuidad el estado de sufrimiento en que se encontraba, pero nunca la abatía el dolor, encontrando en su heroica alma fuerza para dominarlo y para sobreponerse a él.

A este dolor de cabeza se unía una inapetencia tan absoluta, que era un verdadero martirio para ella el tratar de comer algo. De dejarse llevar se hubiera levantado de la mesa sin probar bocado; pero por no desedificar a las Hermanas, le había ordenado a la Hermana cocinera le pusiera un poco de vinagre en el cajón de la mesa para ver si con este reparo, y haciendo de todos modos un gran esfuerzo podía tomar algo, aunque ello fuera en pequeñas cantidades. A estos achaques hay que añadir frecuentes enfermedades, que la retenían en la cama, y de las cuales convalecía con mucha dificultad. Lo más notable en ella era, que no sólo las sufría con grandísima conformidad con la voluntad de Dios, sino que siempre se sentía con verdadera hambre de ellas.

¿Cómo se sostenía su vida en tales condiciones? Años más tarde en una expansión íntima dirá ella "¡cuán cierto es que nadie se muere hasta que Dios quiere; y contaba sus múltiples enfermedades, terminando: hasta por tres veces he tenido ataques de meningitis. Humanamente pensando, debía haber muerto hace ya muchos años, y aquí estoy hasta que el Señor quiera".

Junto con estas continuas enfermedades, padecía una sequedad terrible, y el Director espiritual, lejos de animarla, le mostraba un desdén que no sabía ella a qué atribuirlo. ¿Qué hacer? El medio que imaginó fue uno de esos que revelan a una alma. Cuando la animadversión del Director llegaba a su período álgido, le pidió

y obtuvo de él que la oyera en confesión general. Se preparó cuidadosamente, y con toda sinceridad y candor abrió los secretos de su alma, al que con tanto desvío la trataba. El confesor quedó sorprendido y admirado; comprendió cuánto de fe, de olvido propio, de sólida y profunda humildad había en aquel acto de su penitente; quedó encantado de la pureza de su vida, y hombre recto, siervo fidelísimo del Señor, rectificando desde aquel momento su opinión y su conducta, se entregó de lleno a la labor de la dirección de aquella alma privilegiada.

El refuerzo que le proporcionaba el Señor en momento tan crítico, no podía ser más oportuno. A todas estas cruces añadamos la conducta desacertada de dos jóvenes Hermanas, sufrimiento acerbo para su corazón que sólo suspiraba por la gloria de Dios. Las contemporáneas nos describen a la Madre en esta época con aquel aire de tranquilo sufrimiento y dulce melancolía, en el que se dibujaba no obstante su angelical sonrisa. Pero el secreto de sus ocultas penas, sólo fue conocido por unas cuantas, y aun éstas no sabrían describirnos su intensidad, porque para ello sería preciso saber el grado de amor a Dios de que estaba poseída.

Coincide también con esta época la primera noticia que tenemos de las vejaciones que sufrió la Madre de parte del diablo. La lucha contra el espíritu del mal no fue un hecho aislado en su vida, sino que continuó durante varios años molestándola, tratando de perturbar la paz de su alma sin conseguirlo jamás. Tanto dominio había obtenido sobre el maldito, que no le temía más de lo que se le puede temer a un mosquito. Se le presentaba en formas las más terribles para amedrentarla e impedirle el ejercicio de la oración. En Alcañiz existe aun hoy una puerta donde se tandían estos animales, para impedirle el paso a la tribuna, y desaparecían ante el signo de la cruz, que devotamente hacía la buena madre.

Sentía su presencia aunque no se le hiciera visible. Con esta abundante variedad de pruebas iba el Señor purificando poco a poco todas las potencias del cuerpo y del alma de su fiel sierva, para que no pusieran el menor obstáculo a las operaciones de la gracia. Su progreso interior se hacía de día en día más evidente: Las Hermanas la miraban con una especie de veneración que no disminuía la confianza que le tenían, sino que la aumentaba. Se sentían seguros bajo el cuidado de su excelente Madre.

Esta veneración que le tenían las Hermanas, y la que le profesaban no menos los seglares, era un acerbo tormento para su solidísima humildad, y más si se tiene en cuenta que precisamente en los momentos que la admiración de propios y extraños llegaba al súmmum, el Señor la sumergía en un fuego abrasador, para renovarla y purificarla enteramente. Las agonías que padeció en este estrecho paso fueron inenarrables. En este penosísimo estado, con visión clarísima y en el exceso mismo de luz, sólo veía la profunda malicia y hediondez de su naturaleza viciada, el sutilísimo amor propio, entenebreciendo las acciones que creía más santas; sentía una ausencia y desamparo absoluto de todas las virtudes, y se veía manchada con tal número de faltas y defectos, que se sentía desfallecer bajo su peso abrumador. Llegó a tal grado la convicción de su propia bajeza e incapacidad de todo bien, que se creía indigna de parecer ante la presencia divina, ni de vivir con sus hijas, a las que reputaba como ángeles. Se quedaba como clavada en la puerta del coro, y sin atreverse a pasar adentro con la Comunidad, allí en la escalera, hacía su oración.

La impresión en la Comunidad fue tremenda y duradera. Muy grandes tenían que ser sus congojas, y grandísima su desolación, para que ella que tan poco gustaba llamar la atención, se viese como forzada con este acto a descubrir su interior angustia. La Madre

Petra Pérez, en aquel tiempo novicia, ya de anciana, en la relación que nos mandó acerca de sus virtudes a raíz de su santa muerte nos dice: "Era yo todavía muy jovencita y estaba en Alcañiz, cuando le debió pasar a la Madre algo muy extraordinario en su espíritu. Se llamaba una gran pecadora, se creía indigna de estar entre las Hermanas, y no atreviéndose a entrar en la tribuna a hacer oración con las demás, se quedaba en las escaleras del coro". Y añade esta reflexión: "Y no sé como podía estar allí, porque el frío que hacía en aquella escalera era glacial. Algún tiempo después, concluye, volvió a estar entre nosotras".

La gravedad de esta prueba se aumentaba, con la impresión certísima para ella, de que no había tal prueba, sino que tal estado era consecuencia lógica de sus muchos y gravísimos pecados. Si ella hubiera podido advertir la mano de su Señor, el tormento se le hubiera tornado en gloria. Con todo sólo a sus ojos se escondía la fuerza de su puro amor.

Este período de grandes penas duró bastante tiempo, experimentando en medio de ellas una sed de purificación que sólo encontraba alivio en la Santa Comunión. Solía también quedarse por la noche en oración: lo que pasaba de santo y sublime en aquellas horas por su bendita alma, sólo lo sabremos en el cielo. Su piedad, su fervor, su ejemplo, estimulaba a las Hermanas; pedíanle que las permitiese quedarse en su compañía, a lo que la venerada Madre muchas veces accedía.

Sin necesidad de ocasiones especiales, podían las Hermanas contemplar varias veces al día el espectáculo, para ellas siempre nuevo, de la amada Madre en oración. Con los ojos cerrados y la boca entreabierta, siempre de rodillas, ni el más ligero movimiento se advertía en ella; podría dudarse si aun vivía: y cuando salía de la oración el recogimiento era marcadísimo; recogimiento que no le privaba para nada del cumplimiento de sus deberes; al contrario, cuanto más fiel era a la oración, más

dulce, más atenta, más activa, más emprendedora y, por decirlo en una palabra, más celestial se tornaba.

Este fervor y concentración en sí misma se acentuaba en diversas épocas del año; pero singularmente en la Cuaresma y en la Novena del Espíritu Santo. De todo lo dicho se desprende, que la vida de oración no sólo no impide el dedicarse con toda exactitud a los deberes de nuestro estado, sino que para las almas llamadas al apostolado es el único medio de no caer en uno de los dos extremos a cual más peligroso: la exaltación o el decaimiento. Ella enseña a no buscar más que únicamente la gloria de Dios, que es la que sitúa al alma en la verdadera paz.

*En la escuela  
del Divino Corazón*

**En la Escuela del Divino Corazón. —  
Virtudes religiosas. — Humildad. —  
Mansedumbre. — Obediencia y po-  
breza.**

**E**L manantial de donde dimanaba toda la heroicidad, toda la fortaleza, toda la suavidad y mansedumbre que hemos admirado en lo que ya llevamos dicho, era su devoción al Corazón dulcísimo de Jesús. Este era el iman que atraía continuamente su alma, el refugio donde se escondía cuando la tempestad arremecía, y la escuela donde aprendía el secreto de todas las virtudes. Con toda verdad, y por muchos títulos, puede figurar la Madre Pabla en la galería espléndida de Amigos del Sagrado Corazón. Vio aparecer nuestra venerada Madre el sol del Divino Corazón en su alma, a su llegada a la Congregación; quedó desde aquel instante prendida en las redes de su amor, y no quiso en lo restante de su vida verse libre de tan suaves y dulces cadenas.

El Corazón de Jesús fue, pues, el centro de todos sus amores, la raíz de todas sus virtudes religiosas; alrededor de este Divino Corazón giraba su vida entera; a El exponía sus planes; a El se abandonaba en sus empre-

sas; a El recurría en todo momento, y apenas sabía hablar de otra cosa, ni podía encaminar sus Hijas a otra escuela, que a este celestial retiro, donde ella había escogido su habitación, y donde moraba con suma paz y gozo. Cuando ella llegó al Instituto, aun se podían percibir los últimos ecos de la voz de la Santa Fundadora, una de las almas más enamoradas del Corazón de Jesús, que como testamento espiritual decía a sus Hijas: "Tengan todas una devoción especial al Corazón de Jesús, a quien se consagró la Hermandad desde el instante de su fundación, y propaguen esta devoción cuanto puedan". La impresión que recibió el alma inocente y pura de la venerada Madre, al primer contacto de los rayos del Corazón Divino, cuya tiernísima devoción la veía en las Hermanas, fue inefable. Entró, pues, de lleno desde su noviciado en el espíritu de esta solidísima devoción: corresponder al amor infinito de Aquel Corazón amante, y reparar el desamor e ingratitud de los hombres.

Como primer fruto de esta devoción podemos señalar aquella confianza verdaderamente extraordinaria que en el Corazón de Jesús tenía, y cuando se acudía a ella a pedir consejo, apoyo, aliento, en los pasos difíciles de la vida siempre repetía con un tono y una convicción que todavía impresiona: "Del Corazón de Jesús lo esperen todo". A ese influjo del Corazón de su amado bien, hay que atribuir su fortaleza, que nunca decaía, su magnanimidad, su constancia en vencer los instintos más tenaces de la naturaleza, como son el de la propia estimación y el horror al sufrimiento.

*Virtudes religiosas: Su humildad.* — Era ésta tan visible que se puede considerar como la más característica de ella. Podemos con toda certeza asegurar, que todas las personas que la conocieron no dejaron de notar este rasgo que brillaba en ella con singular esplendor. Repasando las múltiples relaciones que ante la vista tene-

mos de sus virtudes y hechos edificantes, nos encontramos en todas, notas parecidas a éstas: "Fue modelo de religiosas por su observancia, de superiores por su celo y prudencia, pero sobre todo fue humilde, muy humilde, siempre humilde". El que lo escribe era el ilustrísimo señor provisor de la diócesis de Zaragoza don José Pellicer. Podríamos acumular testimonios a testimonios, pero preferimos tratar de sorprenderla en el giro de sus pensamientos, de sus palabras y, sobre todo, en sus obras, para percibir el encanto que emanaba de toda su persona, fruto de esta su amadísima virtud.

Un día encargó a una Hermana le pintara una estampa con este asunto: un manantial de agua, y en una de sus orillas una violeta con el mango introducido en el agua. La Hermana, admirada le dijo: —Madre, creo resultará una estampa bien sosa. —No importa, insistió ella: la quiero para registro, y yo ya sé qué es lo que significa. No es en efecto difícil su interpretación. Lo que quería era una representación de su vida.

Sus pensamientos giraban siempre alrededor de esta idea: ella era nada, no valía para nada. Verdad es que el incremento de la Congregación, y el éxito que acompañaba a todas sus empresas no podía ocultarlos ni trataba de hacerlo, pues como dice Santa Teresa, no consiste la humildad en desconocer las gracias y dones recibidos, sino en saber que nada es nuestro, y que todo ello se nos ha dado de gracia, sin ningún merecimiento de nuestra parte.

Decía con verdadera sinceridad: "yo no he hecho nada, todo es obra del Corazón de Jesús. A El le confíe la Congregación cuando me encargaron de ella y miren si hemos tenido buen Amo: no tengan pena; pongan todo en manos de su amabilísimo Corazón". Otras veces volvía sus ojos hacia las Hermanas y con acento lleno de gratitud decía: "Todo se debe a la oración de tantas almas santas, que hay en la Comunidad".

Era un suplicio para ella el oír, bien con motivo de

su santo, o en sus visitas a las fundaciones, las alabanzas que en los saludos se suele acostumbrar hacer. Era tan visible su sufrimiento, que siempre había que abreviar esta clase de homenajes por no hacerla padecer.

Estaba siempre en guardia, no sólo en lo que a ella se refería, sino también en lo que atañía a sus Hijas, contra el sutil veneno de la vanidad. El 8 de febrero de 1916, escribía a las Hermanas de América con motivo de un homenaje que recibió la Madre Antonia Pardo por sus buenos oficios de la Junta del Manicomio: "Me alegro de que agradezcan a ustedes los sacrificios que hacen por Dios en favor de la humanidad enferma en esas lejanas tierras. Ofrézcanlo todo a Dios, para que no se pierda nada, porque las alabanzas de los hombres con facilidad se las lleva el viento".

Pero pasemos a sus obras, porque verdaderamente en éstas es donde se conoce si aquéllas son verdaderas. Había sido ya elegida tres veces Superiora General; estaba convocado de nuevo el Capítulo, y bien veía ella que no se le levantaría la carga. Una mañana llamó a una Hermana de toda su confianza y le dijo: —Vamos a salir de casa. Efectivamente, así lo hicieron: por el camino, dice la referida Hermana, iba la Madre casi gozosa pero sin hablar una palabra según su costumbre; cuando al llegar a la calle de San Gil, me dijo: —vamos a Palacio, pero quiero que guarde usted absoluto secreto respecto a nuestra salida y a lo que allí vea u oiga. Regía entonces la Sede de Zaragoza el Excmo. Sr. Arzobispo, don Juan Soldevila Romero, que mucho apreciaba a la Madre. Anunció su visita, y al momento fueron introducidas en el despacho del señor Arzobispo. En presencia ya de su superior, se echó a sus pies, y le suplicó interpusiera su valimiento y autoridad, para que no llegara a efecto su reelección. —Madre Pabla, le dijo el Prelado, levántese y tranquilícese. Hija mía, no puedo acceder a su deseo, porque veo la voluntad de Dios, en el interés unánime que las Her-

manas tienen, para que usted continúe al frente de la Congregación; conozco su sentir, porque son muchas las superiores que me han escrito, y muchas también las que han venido a hablarme personalmente. Tiene usted, por amor de Dios, que volver a cargar sobre sus hombros la cruz del generalato. He estudiado a fondo las Constituciones, y puede reelegírsela de nuevo porque ellas no rigen sino desde su publicación, y en consecuencia no se cuentan los años que lleva usted de General antes de la publicación de las Constituciones. En cuanto a su incapacidad, no se apure; Dios estará siempre con ustedes como lo ha estado hasta ahora, y además ya sabe que tiene usted aquí un padre en toda la extensión de la palabra, dispuesto a ayudarle en todas sus dificultades y apuros. Se sometió humildemente la Madre al parecer de su superior; pero no podía ocultar su pesar y tristeza. Nada se supo, hasta después de su muerte, de esta gestión de la llorada Madre.

Casi al fin de su vida, en el año 1927, se trató de concederle la Gran Cruz de Beneficencia; pero se opuso de manera tan resuelta que no hubo más remedio que desistir: "Yo no quiero otra Cruz que la de mi Señor Jesucristo, que es la que me ha de abrir la puerta del cielo, decía".

Cuando la Comunidad hacía ejercicios, solía al terminarlos hacer una exhortación a las Hermanas: sus temas ordinarios eran la humildad, la obediencia y observancia de las reglas, dando fin al acto con una práctica de humildad, que consistía corrientemente en besar piadosamente los pies a todas las Hermanas. A la Madre Maestra de novicias le encargaba siempre lo mismo: "fórmelas, Madre, en una sólida humildad, y en espíritu de sacrificio". Recibía los desaires, las palabras agrias, todo lo que pudiera mortificarla, no sólo con paciencia, sino con alegría. Ni la edad, ni los cargos, bastaron para apartarla de su afición a los trabajos hu-

mildes y a no dejarse servir por nadie, aunque todas lo deseaban.

Muy anciana ya, cruzaba el paso bajo, cuando vio a una Hermana cargada con un cesto grande de pan. Inmediatamente fue a ayudarla, y como la Hermana mostrara su admiración, le contestó: —no tiene usted, hija mía, por qué admirarse; siempre hemos de estar dispuestas a toda clase de trabajos y cuanto más ancianas, más aún, para dar ejemplo a las jóvenes. Bajaba por sí misma la correspondencia a la portería aunque sólo fuera una carta. Pero Madre, ¿por qué no llama? —¿Para qué?, respondía; ¿no ven que las Hermanas están rendidas de trabajo? En todos los momentos de su vida se descubría en ella aquel fondo de profunda humildad, que tan amable la hacía y que tanta confianza inspiraba.

*La virtud de la mansedumbre.* — El continuo hábito de morar en su interior, asistida de especial luz, le daba a conocer sus miserias, que no la abatían ni la desalentaban, sino por el contrario la abismaban en la humildad, y le servían de escalón para subir hasta el Corazón mansísimo de Jesús. Mirándose a sí misma, y mirando al Corazón de Jesús, llegó a aquella inmensa compasión para con las miserias del prójimo; a comprenderlo todo, a perdonarlo todo, sin que desmintiera ni un solo acto de su vida esta semejanza con el humilde y manso Corazón del Maestro.

Uno de los sentimientos más vivos y más penetrantes para su corazón tan amante de sus hijas, y tan inflamado en el deseo de la mayor gloria de Dios, era cuando alguna Hermana dejaba el camino del fervor por el de la tibieza e infidelidad. Solía en estas ocasiones tomar su semblante tal expresión de resignado sufrimiento, que muchas veces movía a compunción a las mismas culpables; pero ni una señal podía advertirse en ella que indicase irritación o inquietud. Rogaba y se sacrificaba para que el Señor les diera luz y volvieran al

recto sendero; pero para las culpables no tenía más que entrañas de misericordia: de sus labios no salía una palabra dura, aunque le hubieran dado grandes motivos de padecimiento. Y esta misma mansedumbre procuraba inspirar a todas las superiores del Instituto. “Tengan caridad con las Hermanas, escribía a una Superiora, porque nadie estamos libres de tentaciones, y de una prontitud de genio, que después pesa; y para estos casos, se ha de doblar la caridad y compasión. Todas las superiores han de tener corazón de madre, y la Vicaria y General doblemente. Perdonenlas fácilmente, y hasta trátenlas con cariño, para que desaparezca el temor que las pueden mirar con recelo”. Y a otra Superiora: “Para hacer fruto en las almas lo mejor es tener paciencia, mansedumbre con humildad, y mucha caridad, que el Señor sale por los suyos, aunque algún tiempo se tengan que sufrir imperfecciones, pues sólo así tendremos algún mérito delante de Dios”. Cuenta una Hermana en la relación de las virtudes de la Madre: “En una ocasión vi que una Hermana le faltó al respeto, y la Madre se quedó impasible, y sin demostrarle nunca a tal Hermana el menor resentimiento, al contrario, le tuvo muchas atenciones”.

Esta ecuanimidad la sacaba ella de la unión íntima con el Corazón de Jesús, a quien según su expresión, estaba entregada en vida y en muerte; y en esa vida de unión con el Señor, encontramos la explicación del cambio súbito que experimentaban las almas a una sola palabra suya: Este era el secreto de la eficacia de su oscuro y escondido apostolado.

Los resultados de esta conducta todas tuvimos ocasión de contemplarlos. No se debilitaba su autoridad a causa de su mansedumbre, sino que se robustecía. Y es que la bondad es una amplia comunicación de nuestros bienes que hacemos a los demás. Ser bueno, es poner a otro en nuestro lugar. Su perdón y olvido de las injurias y

hasta de las calumnias era amplio y universal. Una persona le había proporcionado muchos disgustos, y le había injuriado notablemente: supo después por las Hermanas de una fundación, que aquella misma persona había ido de mal en peor, y se veía reducida a la miseria más espantosa. Inmediatamente escribió a la Superiora de aquella casa: "En cuanto a lo que me dice de la pobre X, hagan lo que puedan por ella ¡Qué pobre! Mucho siento lo que le está pasando". Y en otra de sus cartas insiste: "Socórranla con caridad, sin acordarse para nada de lo pasado, pues me da mucha compasión".

Pero donde demostró su extraordinaria mansedumbre, fue en uno de esos casos difíciles que el Señor permite sucedan para ejercicio de virtudes heroicas en sus fieles siervos. Un superior, prelado, de gran sabiduría y prudencia, sin duda mal informado en un asunto enojoso y delicado desautorizó a la Madre, y hasta ordenó que pidiera perdón y besara los pies a una Hermana que la había agraviado notablemente, y dándole muchos sinsabores y disgustos. No tuvo que repetir la orden; inmediatamente y ahogando sus repugnancias, ejecutó lo que se le prescribía, sin decir ni una sola palabra en su defensa, quedando edificadísimo el mismo prelado, que desde aquel momento cobró a la Madre singular amor, dándole en el resto de su vida constantes pruebas del aprecio que hacía de sus virtudes.

Esa era la perfección que inculcaba a sus hijas; y que aprendió en la escuela del Corazón de Jesús: una perfección sólida, basada en la humildad y mansedumbre, interior, afable, nada hazañosa y regular; una perfección que consistía principalmente en la libertad de espíritu, en la dulzura y humildad de corazón.

*La virtud de la obediencia.* — Estudiemos ahora la virtud de la obediencia, lo que el Padre Cardaveraz llamaba la piedra de toque para conocer un espíritu. Su vida entera puede llevar por divisa la del Adorado Maestro: "Hago siempre lo que Le agrada". No admitía in-

terpretaciones. Hacía pura y simplemente lo que se le había ordenado, dejando al Superior la prudencia en el mandar, y reservándose para ella la prontitud y alegría en obedecer.

Estando de Superiora en Alcañiz, tuvo por necesidades de la Congregación que ir a Barcelona con una Madre. Estando en Barcelona recibieron orden de Madre General que se pusieran en camino en el primer tren, deteniéndose en Almudévar para un negocio urgente que especificaba. Así lo hicieron, y estaban ya próximas al término de su viaje, cuando se les ocurrió que las Hermanas no saldrían a esperarlas, por no haber tiempo suficiente para que les llegara el aviso de su viaje. La estación está muy lejos del pueblo, y la hora de llegada del tren era muy entrada ya la noche. ¿Qué hacer? Su compañera opinaba que debían continuar su viaje hasta Zaragoza y volver al día siguiente, porque ¿qué nos vamos a hacer en la estación solas, decía, a estas horas, sin nadie que nos lleve a casa? Es de suponer que la Rvda. Madre verá bien nuestra determinación, y sólo se perderán unas horas. Las razones parecían de peso, y la Madre Pabla callaba, sin duda reflexionando en su interior, qué sería lo más perfecto. Al llegar a Almudévar dijo a la angustiada Madre, levantándose resueltamente. —No es lo más perfecto buscar interpretaciones a la obediencia, sino cumplirla al pie de la letra; bajemos, Dios proveerá. No había ni un alma en la estación; de pronto se acerca un hombrecito. —¿Pero a dónde van las Hermanas? —Al colegio, respondieron. —¿Pero si no me han dicho nada las Hermanas? Gracias que me ha ocurrido venir, si no, no sé como se hubieran ustedes arreglado. Era el cochero del pueblo, que no salía nunca salvo llamada especial, a la llegada de aquel tren.

Por su parte el largo ejercicio de mando, no había dejado en ella huella ninguna, sino al contrario; cada día se aplicaba con más ahinco a practicar esa virtud,

que es la esencia de la vida religiosa. Atendía con sumo respeto las indicaciones que se le hacían, y cuando era ya General, las observaciones de las Madres del Consejo, de no ser un caso que ella creyera de conciencia, las atendía, prefiriéndolas a su propio parecer. En sus enfermedades era docilísima a lo que el médico y la enfermera prescribían; como una niña se abandonaba en brazos de la obediencia, no queriendo tener parecer ni dictamen, sino siguiendo fielmente las órdenes del facultativo, en las cuales veía la voluntad de Dios. Tuvimos ocasión de admirar ejemplos admirables de esta virtud en su última enfermedad: Su inapetencia había llegado a tal extremo, que le era poco menos que imposible el tomar nada; pero en cuanto la Madre Vicaria, que no se separaba apenas de su lado, le decía: —“Vamos, Madre, otro poquitín”, sin responder, con gran presteza, se esforzaba en tomar el alimento.

Le pedía parecer con tal docilidad y candor, que todas estábamos edificadas y conmovidas: cuando quería pedir algo, añadía invariablemente: si a las Madres les parece bien.

En sus instrucciones, en lo que más insistía era en la obediencia. Una paja levantada por obediencia decía, tiene gran mérito delante de Dios, mientras que grandes trabajos, hechos por propia voluntad, no valen nada.

Escribía a una religiosa contristada por un cambio de residencia: “Las religiosas tenemos muchos medios para alimentar nuestro espíritu y desvanecer los nublados que el enemigo quiera ponernos, para perturbarnos y perder el tiempo pensando en aquello que dejamos: No hay que detenerse en esto, y sí en hacer la voluntad de Dios, cumpliendo la santa obediencia, que con ésta iremos siempre bien por el camino recto que conduce al cielo”.

Corregía con gran energía cualquier falta en asunto tan capital, y ésto aunque fueran superiores. En 17 de abril de 1928 escribe a una Superiora: “La Hermana

llegó bien, y me extraña mucho que no viniera el 14 como todas lo hicieron. V. R. cargará con la responsabilidad de no haberla mandado en su día. Dice que no tenía aviso, y esto para más disgustarme. Se lo dije en el gabinete verbalmente, y después me pidió dos probantes para que pudiera venir la Hermana y se las mandé; ¿qué más avisos quiere, Madre? Las superiores tenemos que ir delante en todo, para que las hijas lo vean, y todas seamos muy obedientes”.

Su misma ansia de penitencia la sometía y moderaba a las concesiones que para hacerla le daban sus superiores y confesor. Las bases de nuestro Instituto son la humildad y la obediencia, y en estas dos virtudes singularmente era un modelo acabado.

*El amor a la santa pobreza.* — No hay ningún santo que no haya amado con pasión esta virtud, llevándola a extremos que parecen inconcebibles. Nuestra querida Madre aprendió también en la escuela del Corazón de Jesús esa lección de alta sabiduría, que viene espantando al mundo desde hace veinte siglos: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* Se gozaba ella en la pobreza, como otros en sus posesiones y riquezas: era su tesoro. Tenía a grande honra el contar las estrecheces de los primeros tiempos, mejor dicho, de todos los tiempos, hasta que pasaron a sus manos las riendas del gobierno de la Congregación; de aquellos tiempos en los que escaseaba no sólo lo conveniente, sino hasta lo necesario; de aquellos tiempos, en los que el poder merendar algún día que otro, se estimaba como un gran regalo; de aquellos tiempos, en los que no tenían ni sillas suficientes para sentarse, un servicio de mesa que pasaba ya los límites de la pobreza, y haciendo juego, las celdas, los cuartos de recibir; en fin, todo: de aquellos tiempos, en los que muy frecuentemente les faltaba todo, menos la paz y la alegría, que les concedía el Señor amplia y abundantemente. Y esto en el noviciado y en todas las fundaciones.

Su desprecio por los bienes terrenos era absoluto. Sólo buscaba el reino de Dios y su justicia, y el Señor le concedió lo demás como añadidura. Se multiplicaban los intereses en sus manos, sin saber ella misma explicarse este fenómeno, que lejos de alegrarla le producía serias inquietudes. Era por los años de la guerra del catorce. Todo el mundo se quejaba de la crisis económica, que con esa calamidad se padecía; en el Instituto, los recursos iban en aumento. Un día encontró una Hermana a la Madre en su despacho, triste y apesadumbrada. —¿Qué le pasa, Madre? —Que tengo mucho temor. —Temor ¿de qué? Y la Madre exclamó: —de esta abundancia: temo si ya no seremos agradables al Señor. Y sólo encontraba un remedio para calmar estos temores: dar limosna, sin mirar la cuantía. Por este tiempo de la gran guerra, dio una considerable cantidad para el dinero de San Pedro, que produjo su sorpresa y comentario en los que llegaron a conocerlo, pues el Instituto tenía fama y bien merecida de ser sumamente pobre.

Sobre todo cuando ella podía prever, que obsequios de valor podían costar algo de espíritu, tenía decisiones que aun hoy, después de pasados tantos años, causan asombro. Habían asistido las Hermanas a una señora loca que poseía inmensos bienes de fortuna. La familia, agradecida, a su muerte, ofreció a la Congregación un hotelito con su jardín, que podía servir como quinta de descanso en tiempo de verano: sólo pusieron como condición el derecho de poder ir unos días al año, según venían practicándolo desde hacía mucho tiempo. La Madre, agradeciéndolo, no lo aceptó, temiendo que esa cláusula pudiera dar lugar a que se entablasen relaciones y amistades con mengua del espíritu.

La abundancia de medios le hizo aun más vigilante, para que no se entibiase el amor a esta virtud tan justamente llamada el muro de sostén de las comunidades. Cuidaba con esmero de que resplandeciese la santa pobreza en todas las fundaciones que iba abriendo: su

principal riqueza la hacía consistir en disminuir las necesidades, ampliando el corazón. Todas las determinaciones y consejos que daba en este sentido, no procedían de un espíritu de tacañería, sino que eran un índice de la alteza de miras que tenía, de lo elevado y noble de sus pensamientos, que sólo se contentaban con la posesión de Dios.

*La Madre Pabla  
en el cólera de 1885*

**La epidemia colérica de 1885. — Comportamiento heroico de la Madre Pabla y las Hermanas. — Agradecimiento del pueblo de Alcañiz.**

Más de seis años llevaba ya la Madre Pabla al frente del Hospital de Alcañiz rigiéndolo con acierto insuperable, y ensanchando el campo de acción de las Hermanas, con otras obras de celo y caridad, que su gran corazón concebía, y su admirable golpe de vista y espíritu de organización las convertía en pasmosas realidades.

Aquel rinconcito ignorado que bajo su influjo, se había convertido en poderoso foco de vida divina, era muy caro a su corazón. Allí había sufrido y orado mucho, y recibido del cielo singulares gracias; había gustado en su plenitud los goces de la vida de familia, estando unida a aquellas hijas abnegadas por vínculos estrechísimos de caridad, que la cruz de Jesucristo había puesto entre ellas. En esta obra santa de las fundaciones de Alcañiz había desplegado las indomables energías de su espíritu y las singulares virtudes de su corazón; la obra estaba al parecer consolidada; parecía que llegaba

la hora del descanso, después de la prolongada lucha; pero, cuán distintos son los juicios de Dios, que vela por la hermosura y progreso del alma de sus escogidos. Precisamente entonces, cuando la admiración del pueblo ante la obra de las Hermanas llegaba a su colmo, y ella podía confiar y descansar en el espíritu de fervor de su pequeña pero ejemplar Comunidad, la hará el Señor pasar por una prueba extraordinaria con la ocación del cólera, que tan tristes recuerdos dejó, en gran parte del año 1885.

Grandes sobre toda ponderación fueron los trabajos de las Hermanas en aquella calamidad pública. Los actos de abnegación heroica menudeaban, y la voz del pueblo, conmovida ante aquel desprecio a la muerte, ante aquel celo y caridad del todo extraordinarios, prorrumplía en gritos de admiración. Entonces pudo contemplar Alcañiz esas discusiones sublimes que siempre podrá presentar la Iglesia como testimonio de su misión divina ante los ojos asombrados del mundo. A porfía se disputaban las Hermanas los puestos más arriesgados, los de mayor peligro y más absoluto sacrificio; podía la Madre estar satisfecha de sus hijas, y éstas a su vez podían, mirando a su venerada Madre, templar su alma en el espíritu de aquella a quien consideraban como una gran santa. Aquel grupito de Hermanas tan insignificante, tan reducido, echará sobre sus hombros, no sólo la carga de la asistencia material, sino otra más difícil y elevada: el prestar ánimo, infundir aliento, dar la sensación de serenidad y valor en medio de un pánico general.

El Hospital, lleno de enfermos, no bastaba al ardor de su celo; como mensajeras de Dios recorrían desde el punto de la mañana la ciudad, encontrándolas siempre oportunamente en cualquiera parte que fuera indispensable su presencia. Nada podría darnos idea del cuadro desolador que ofrecían los campos y los pueblos, mientras el terrible azote. Ni un alma transitaba por las ca-

lles; la enfermedad hacía presa en familias enteras, y nadie se acercaba a las casas contagiadas, cundiendo de día en día el pánico, y haciendo por medio de ese aislamiento, más tristes aún las horas del padecer. En tales casos, que eran numerosísimos, el último de la familia que se acostaba, dejaba una silla en la puerta de la casa: esta silla era el guiñón que conducía a las Hermanas de domicilio en domicilio. Allí habían de atender a todo: a la limpieza, a la desinfección, a los cuidados más precisos e indispensables; muchas veces a asistir en sus últimos momentos a los coléricos, alentándolos con su ánimo y sus santas palabras a dar cristianamente el paso decisivo, el paso de la muerte a la verdadera vida. Y esta peregrinación duraba todo el día, y muy a menudo toda la noche. En su fervor no tenían tiempo ni para comer, ni hubieran podido fácilmente hacerlo, si Dios, en su Providencia, no hubiera deparado almas caritativas que cumplieran esta obra de caridad, entre ellas doña Victoria Forcada, que con su fiel sirvienta María se cuidó de las Hermanas. La Madre Pabla siempre recordó con veneración a tan santa alma, y decía que sin su caridad hubieran todas sucumbido en la epidemia de cólera.

La misma Madre decía que lo peor en aquella espantosa calamidad no era la misma peste, sino el pánico de la población. Ella tenía por cosa evidente que muchos morían de puro miedo. Se necesitaba, pues, recio temple de alma, previsión, espíritu organizador, y, sobre todo, una caridad a toda prueba para llegar a todos, reanimar los espíritus abatidos, consolar los huérfanos, y, en ocasiones, hacerse cargo de ellos; en fin: para detener los estragos de un mal terrible y fulminante.

A sus oídos compasivos llegaban los gritos de angustia de los pueblos circunvecinos. Hizo una nueva subdivisión de su pequeña hueste, aquellas admirables Hermanas respondían al sacrificio heroico que les pedía su

Madre, con un sí tan generoso, que la colmaba de consuelo. Ella misma se puso al frente de estas excursiones rápidas, llevando a costa de largas jornadas un aliento de confianza y un respiro a los pueblos, en los que eran recibidas como enviadas del cielo.

Doña María Josefa Puyo, en una relación que hace de las virtudes de la Madre, dice: "nuestra familia le está muy reconocida por la asistencia que prestó a mi hermano, Mosén Manuel Puyo, que a la sazón era coadjutor de Castelserás. Allí fue con otra Hermana llamada Antonia, encontrando al enfermo gravísimo, y prodigándole los más exquisitos cuidados: no se murió, pues donde ella entraba, iban a su lado el ánimo, el consuelo y frecuentemente la salud. "No se puede formar idea del pánico que había cundido, que a no ser por las Hermanas hubieran sido muchas más las víctimas. La Madre Pabla, como Superiora, iba delante con el ejemplo: Su actividad era extraordinaria; baste decir que, además del hospital de Alcañiz, en aquellos tristes días prestaron asistencia a los enfermos a domicilio, y aún salieron a los pueblos próximos como ya indicamos más arriba. Estas rápidas salidas agotaban las fuerzas de las Hermanas. La Hermana Antonia cayó gravemente enferma con lo que se multiplicaron sus trabajos y sus congojas. De su corazón destrozado subían al cielo incensantes y eficaces súplicas pidiendo al Señor cesara tan terrible azote. La respuesta del Corazón de Jesús, bien se dejaba adivinar, en el recogimiento, en la paz y en la resistencia en tan porfiada lucha. Por eso bien podía enseñar después que nuestros ministerios, aun en las ocasiones más críticas o apuradas, no son obstáculo a la vida interior, sino un poderoso medio de crecer en ella.

Muchos fueron los enfermos que murieron santamente por su asistencia; hermosas espigas regadas con el agua vivificante, de un holocausto perfecto de todo lo que eran y valían. Relatemos uno de los hechos, en

el que gracias a su intervención, pudo un enfermo disponerse convenientemente para la muerte.

Acababa un día la Madre de entrar en el Oratorio, cuando una Hermana le avisó de la llegada de nuevos enfermos y dos cadáveres al depósito. Salió la Madre y dijo a la Hermana: —Voy al depósito, pues se han engañado; uno de los dos que han traído como muerto, aun vive. En efecto, el suceso verificó plenamente esta superior intuición: Al llegar ella al depósito uno de los supuestos muertos daba señales de vida: lo trasladaron a una cama, le hicieron reaccionar, y aun vivió lo suficiente para recibir con pleno conocimiento los sacramentos.

Cesó el azote; pero no se acabaron las pruebas. Un abuso de índole delicada y que ella cortó con mano firme, como Superiora que era del Hospital, fue el principio de una larga y pesadísima cruz, que tomó proporciones tales, que de momento no se hubieran podido ni prever. Nada se perdonó por la parte que se creía ofendida, echando mano hasta de la calumnia, en un pape-lucho que se publicó al efecto. El pueblo de Alcañiz hizo suya la ofensa que se había hecho a aquella santa mujer y a las Hermanas que componían la Comunidad; los partidos políticos se excitaron con este motivo, y la parte contraria no paró hasta lograr que las Hermanas fueran echadas del Hospital que tanto habían ilustrado con sus virtudes. En toda esta larga y dolorosa prueba, la paciencia y la magnanimidad de la Madre Pabla fueron admirables; el Señor, que la permitió para ejercicio de altísimas virtudes en su fiel sierva, hizo volver las aguas a su verdadero cauce, y las Hermanas volvieron al Hospital entre las aclamaciones de todo el pueblo, que las había defendido y sostenido por suscripción popular en aquel calvario que tuvieron que recorrer.

En aquel largo período de tiempo que duraron estas anormales circunstancias, el 4 de septiembre de 1889 fue nombrada por la Rvda. Madre Martina Balaguer,

Maestra de novicias, y se hubo de trasladar a Zaragoza instalándose en el Noviciado de la calle Mayor con sus novicias; pero siguiendo con su cuidado y vigilancia las casas de Alcañiz. En Alcañiz estaba ella en medio de la lucha con sus cartas, dando ánimo, consuelo, aliento y negociando entre tanto la solución, en el retiro de la oración, forzando al cielo a acudir en su favor. El cielo oyó sus fervientes súplicas. El día en que las Hermanas volvieron a su caro hospital, fue un día de triunfo y de gozo en Alcañiz; la injusticia estaba reparada; todos se sentían satisfechos. Siempre recordó la Madre Pabla con inmenso cariño a la fiel ciudad que tanto había hecho por sostenerlas y honrarlas. Alcañiz era uno de los recuerdos más queridos de su corazón.

*La Madre Pabla,  
Maestra de novicias*

**La Maestra de Novicias. — Celo y prudencia en el desempeño de este importantísimo cargo. — Medios que empleaba. — Es nombrada Economa General. Viaje a Melilla.**

ERA a principios de septiembre de 1889, cuando recibió la Madre Pabla en Alcañiz el siguiente oficio: "Con esta fecha es nombrada V. Maestra de Novicias de nuestra Congregación. Ruego al Señor le dé las gracias que necesita, para desempeñar tan interesante y difícil cargo. Zaragoza, a 4 de septiembre de 1889. —La Superiora General, Hermana Martina Balaguer".

No podemos en la actualidad tener más que una ligera idea de las grandes dificultades con que tropezaron nuestras antepasadas. El Hospital, desde su fundación, fue también al mismo tiempo noviciado; pero la entrada de las Hermanas estaba en manos de la Iltma. Sitiada, primero, y de las diversas Juntas que sucedieron a esta Entidad, las que limitaban el número de las pretendientes de una manera cruel, impidiendo así el más insignificante movimiento propio. Cuando se consiguió en el año 1885 por autorización real el poder

fundar, la gran dificultad consistía en la escasez de personal. Se pensó y se alquiló una casa en la plaza del Pilar, para que fuera posible el admitir mayor número de Hermanas, y de ahí se trasladaron a la calle Mayor, donde ya estaban cuando fue nombrada Madre Pabla Maestra de Novicias. Pero la rapidez con que se hicieron las fundaciones impedía que las novicias estuvieran todo el tiempo preciso para su sólida formación. Sobrevenían necesidades urgentes y había que echar mano de las novicias, acortando su noviciado, y en ocasiones suprimiéndolo, colocándolas bajo la inmediata tutela de una Hermana ejemplar a la que ayudaban y que ella las formaba. Por ello hacía falta que la Maestra de Novicias fuera eximia en virtud, para que lo que se perdía por falta de tiempo, se ganase en intensidad. Conociendo como conocía la Madre Martina la virtud nada común de la Madre Pabla, con verdadero acierto le confió la dirección del noviciado en aquel entonces muy reducido, estando cierta que su gestión sería muy beneficiosa para la Congregación.

Poco tiempo estaría en el cargo. El paso de la Madre Martina por el generalato fue tan rápido como fecundo. En el año 1894 entregaba su hermosa alma al Señor, y la Madre Pabla echaría ya para el resto de sus días el peso del gobierno general del Instituto. Pero si fue corto el tiempo que el Señor la tuvo en ese difícil e importante cargo de Maestra de Novicias, sacó de él la Providencia inmensos bienes en cuanto a ella, porque palpó la necesidad de una formación sólida, y sobre el terreno vio el modo de organizar el noviciado en la forma que tienen actualmente los que hoy existen; y en cuanto a la Congregación, por el nuevo aliento de fervor que de su acertada gestión se siguió, y porque en ella nos dio el Señor un modelo de lo que debe ser la Maestra de Novicias, según el espíritu de la Santa Fundadora.

Puso manos a la obra con el tesón, la firmeza, y el fervor que la caracterizaban. A tres cosas atendía prin-

cipalmente: a destruir las malas inclinaciones, lo que el Apóstol llamaba el hombre viejo; a santificar las obras, aun las más ordinarias por la rectitud de intención, y a hacer crecer la vida espiritual por la oración y recepción fructuosa de los Santos Sacramentos. Y como es imposible llegar al fin que deseaba sin espíritu de sacrificio, lo fomentaba, valiéndose para lograrlo de cuantas ocasiones se le presentaban.

Podría creerse, que dada la vida de mucho trabajo, como la que se lleva en la Comunidad, juzgara ella que esto bastaba para domar la carne y reducirla a servidumbre. En modo alguno; para sí misma, como para las demás, entendía ser de toda necesidad remedios enérgicos para atacar y domar nuestra nativa corrupción, y someter las pasiones rebeldes a la ley de la penitencia.

En cuanto entraban en el Noviciado, las proveía de los instrumentos más indispensables, dándoles ejemplo constante de mortificación. La Hermana Francisca Royo nos dice: "Ingresé en el Noviciado, y a los dos años que yo estaba, la nombraron Madre Maestra de Novicias; aquí es donde pude admirar sus virtudes y su espíritu de penitencia". Y la Madre Dolores Barduzal, también novicia suya, refiere: "En la mortificación exterior era extremada. Usaba los instrumentos de penitencia a diario, al menos el cilicio y la cadenilla, y la disciplina dos o tres veces por semana, de lo que nosotras éramos testigos, por oír los golpes muchas veces en el dormitorio, después de acostada; y con otras Hermanas mayores, entre ellas la Hermana Dolores Enseñat, vi que las paredes de un cuarto que ella tenía junto al coro de la iglesia del Noviciado de la calle Mayor, que lo llamaban el cuarto de tarima, estaban teñidas de sangre de los golpes que se daba; añadiremos este detalle que nos cuenta la Hermana Pilar Adán: Un año, en Semana Santa, siendo yo novicia y yendo a dormir al Noviciado, aunque estaba en el colegio, varias novicias mías, pidieronle permiso para tomar disciplina en el cuartito

del coro después de retirarnos a descansar. Lo negó, añadiendo que la que quisiera, podía hacerlo en el dormitorio común, y aquella noche se la daría ella para convencernos que no había necesidad de salir a otro sitio. Efectivamente lo hizo con grande edificación de todas por el espacio de un miserere. Yo no pude dormir, y creo que la mayor parte tampoco". De este modo inculcaba y sostenía el espíritu de austeridad tan propio de la Congregación.

Como quien había recorrido por sí misma los senderos de la penitencia, sabía a dónde conducen cuando van regidos por la obediencia: hasta la embriaguez del amor, no ofreciendo al alma en sus relaciones con Dios, el obstáculo de una carne regalada y cuidada con exceso. Además, por la vocación especial de Hermanas de la Caridad, aquellas jovencitas tenían que ser apóstoles, y para arrancar a las almas del poder del diablo, hay que unir frecuentemente a la oración y las lágrimas la sangre de la expiación. Convenía, pues, iniciarlas en los misterios de inmolación a que estaban destinadas, a pelear las batallas del Señor, con una vida obscura, trabajosa, escondida e inmolada.

Junto a estas penitencias, yendo ella delante con su ejemplo, las enseñaba de una manera práctica a mortificar sus sentidos, hasta matar en ellas toda sensualidad. Cuenta la Hermana Miguella Lafalla, que era cocinera, que encontrándose la Madre delicada, le hicieron una tortilla para almorzar. En ningún modo consintió en tomarla, pues según ella le bastaba lo de todas, y después, a solas, le echó un sermoncito tan eficaz, que jamás volvió a caer en la tentación de hacer nada por el estilo. En Semana Santa, desde el Jueves Santo en que servía ella la mesa hasta el sábado, no comía, y a las novicias más fuertecitas, el viernes y sábado santo les permitía ayunar a pan y agua. Difícil cosa por cierto, mantenerse con espíritu de suavidad en un inflexible rigor, sin que la austeridad perjudique a la dulzura, ni

ésta enerve ni atrofie, buenas semillas que hubieran rendido mil por uno; pero este secreto lo saben a maravilla los santos, y podemos también afirmarlo de la Madre Pabla. Porque era una verdadera Madre, vigilaba con atento cuidado las necesidades de sus hijas, estableciendo la debida jerarquía, cuidando del cuerpo y de la salud, sin perjudicar al alma.

Daba también grande importancia a la modestia en el porte exterior, la gravedad en los movimientos, el recogimiento de la vista, cuidando de destruir en ellas toda curiosidad, que es la ruina de la vida interior. "Ver sin ver, esa era su máxima".

Otro punto en el que trabajaba con empeño era en el de la obediencia, punto esencial en la vida religiosa, porque mata la soberbia, y su práctica lleva a la humildad sólida. Solo los humildes son obedientes, y sin verdadera humildad no hay santidad. Tenía también cuidado y tacto exquisito para cortar todo asomo de vanidad; hacía uso discretísimo de la alabanza, no prodigándola, sino por el contrario, sólo usándola en ocasiones contadas, y sólo para estímulo de algunos espíritus demasiados tímidos y encogidos. En cambio nadie ha tenido más libertad de espíritu para corregir que ella, poniendo siempre el dedo en la llaga: castigaba con mano de Madre que trata de curar; pero con increíble fuerza, en frase de una Hermana que convivió con ella, a pesar de su gran dulzura. Y no sólo siendo Madre Maestra con sus novicias, sino siendo ya General, nunca dejó de corregir los abusos que encontraba contra la Santa Regla sin respeto humano. Cuenta la Hermana Ramona Bescós, sobrina de la Madre, que en la fundación donde ella estaba, había un abuso que necesitaba corrección. Por no disgustarla, y previendo que quizás sospecharan las demás Hermanas, fuera ella la que se lo había denunciado, no le dijo nada; pero al terminar la visita la llamó y le dijo con severidad: "Me extraña mucho que no me haya usted dicho nada sobre

este particular". Entonces confesando mi culpa le supliqué que no dijera nada, para que las Hermanas no la creyeran la autora de la delación, y la Madre le contestó: —"Ni por usted ni por nadie grave yo mi conciencia". Y efectivamente se lo dijo a la Madre, y el abuso se corrigió. No le faltaron en este delicado cargo punzantes espinas, en los casos de rebeldías que, aunque fueron pocos, no por eso dejaban de ser muy sensibles.

En una ocasión, refiere Sor Carmen Zueco, le faltó del cajón de la mesa del refectorio a la Madre Secretaria un membrillo. Al decirlo en general, la Madre aconsejó que se lo dijeran a ella con reserva, que con este acto de humildad se contentaba. En vista de que ninguna le dijimos nada, al día siguiente nos advirtió que si a la hora de la comida ninguna se había declarado culpable, comeríamos todas un plato de alubias con arroz, sin pan. Y llegó la hora de comer, y nos dijo unas palabras capaces de conmover las piedras, que tampoco hicieron mella en la culpable. Entonces ordenó que nos pusiéramos todas de rodillas y que en esa postura comiéramos el potaje. La lectora seguía leyendo, nosotras llorando al verla tan disgustada, y así se pasó la comida que apenas probamos. Entonces volvió a hablarnos, manifestando su gran sentimiento, por ver que entre sus novicias había una que tuviera tan mal corazón. Pasado algún tiempo nos dijo que ya sabía quién era la que había tomado el membrillo, y que había salido de la Congregación.

Raras veces se veía precisada a tomar estas medidas radicales. Sus palabras eran tan eficaces que de ordinario bastaban para ablandar los corazones. Frecuentemente sus exhortaciones iban acompañadas de sus lágrimas, lágrimas sinceras que hacían más elocuentes sus enseñanzas.

Cuando faltábamos las novicias a alguna regla, dice la Madre Dolores Barduzal, se notaba que ella sufría antes, y después hacía la corrección con ternura verda-

deramente maternal. De mí puedo decir que en una ocasión (que por cierto era un primer viernes) me corrigió de una falta que yo cometí, sin conocer la gravedad que encerraba, por ser muy joven, y antes de decirme nada se puso a llorar; yo al verla me conmoví y lloré también; sus palabras prudentes y acertados avisos los recogí, y se grabaron tanto en mi alma, que me sirvieron para cada vez que se me presentaba la ocasión de faltar en lo mismo. Aun llevo fija aquella escena, y eso que han pasado muchos años.

Fruto de este renunciamiento, de esta lucha sin descanso a que obligaba a sus novicias era la paz, que trataba de asentar por todos los medios. En ocasiones se valía para conseguirlo del don que tenía de conocer lo que pasaba en el interior de los corazones. "Tenía una tentación muy grande, nos dice una de sus novicias; antes de que me decidiera a decirle nada, vino ella a mí y me reveló el estado de mi alma. Salí de su presencia con una gran paz". "Su mirada, dice la Hermana Pilar Adán, leía en nuestras almas como en un libro abierto, y en más de una ocasión contestaba al pensamiento que nos ocupaba."

A lo que llevamos dicho podemos también añadir el empeño que ponía en adiestrarlas en el ejercicio santo de la oración, y en la recepción fructuosa de los Santos Sacramentos. Es sumamente edificante el leer los múltiples testimonios que de ella tenemos sobre esta materia, y los apuntaremos con cuidado, porque será una confirmación de que el ejemplo es la lección más provechosa y eficaz.

Dice una: "Su recogimiento era tal, que infundía sumo respeto y veneración; parecía estar penetrada totalmente de Dios; cuando yo no podía entrar en materia, la miraba y me unía a ella, y en eso consistía mi oración". Otra dice: "Sólo mirarla me hacía un gran bien; y nada me podía dar idea más alta de la infinita majestad de Dios, como su actitud de profunda ora-

ción". Otra: "Parecía una estatua; ni el más ligero movimiento se notaba en ella: evidentemente su bendita alma estaba muy lejos de la tierra."

Aplicábanse, pues, las novicias a su ejemplo a hacer todos los posibles para aprovechar tan preciosos momentos; máxime sabiendo que luego serían interrogadas por su excelente maestra. "Nunca, nos dice una novicia, le faltaba tiempo para pedirnos cuenta de cómo habíamos hecho la oración, y teníamos que decirle lisa y llanamente la verdad aunque fuera un disparate; porque teníamos el convencimiento de que leía en nuestro corazón. Recuerdo que un día que me preguntó, antes de contestarle me dijo que ya lo adivinaba ella; que mi oración había consistido en hacer calados en los cuadros de la celosía del coro, que era donde hacíamos la oración, y como le confesara que así era, me dio (eso sí, con mucha caridad) una buena reprensión que me sirvió de lección para andar con más cuidado en esto y con más recogimiento". "En esto era inflexible, pues la oración la miraba, decía ella, como lo más esencial para la religiosa, y durante el tiempo de la oración, rara vez nos dejaba sentar a pesar de ser una madre de mucha caridad."

El espíritu de devoción reinaba, pues, en el noviciado durante su gobierno, procurando que formaran el hábito de estar constantemente unidas a Dios, como el gran medio de santificación que los resume todos, y como preservativo contra el espíritu del mundo en medio del cual tenían que vivir, y al que habían de embalsamar con el aroma de sus virtudes.

Sin descargarle del cargo de Maestra de Novicias, el capítulo general del año 1892 le nombró ecónoma general. Quiso el Señor que al aceptar poco tiempo después el cargo supremo de la Congregación, supiera al detalle a qué se comprometía, y fuese en consecuencia un acto heroico, el mayor acto de fe de su vida, como ella misma decía. Desde este nombramiento, especial-

mente fue el brazo derecho de la Madre Martina en aquel entonces Superiora General. Juntas compartirán las inquietudes y dolores que la falta de recursos y la falta de personal, unidas a otras contradicciones bien dolorosas, les proporcionaba.

"Ha sido una singular providencia de Dios, dirá más tarde la misma Madre Pabla, la que el Señor ha tenido con nuestro humilde Instituto. Nadie se acordaba que vivíamos, si no era para proporcionarnos alguna humillación; pero cuando ocurría alguna calamidad pública, inmediatamente les venía a la memoria nuestro recuerdo, y echaban mano de nosotras, sin que por eso dejáramos de quedar sepultadas en el olvido, a pesar de prodigar en estas ocasiones tesoros de abnegación, y hasta hacer el sacrificio de la vida: así que nunca hemos tenido el peligro de trabajar por las criaturas, ya que no recibíamos más que desprecios y desagradecimientos por lo general."

Una de estas ocasiones de calamidades públicas ocurrió en el año 1893, con motivo de la guerra de Melilla. La Diputación ofreció Hermanas al Gobierno; éste aceptó el ofrecimiento, y en su virtud, por orden de la Diputación, el 25 de noviembre de 1893, salió para Melilla un grupo de Hermanas, entre ellas la Madre Pabla Bescós. Poco tiempo estuvieron fuera de Zaragoza; no sabemos qué clase de dificultades ocurrieron; pero lo cierto es, según la sencilla relación de nuestro archivo, que se quedaron en Málaga, y allí en un hospital, asistieron a los heridos procedentes de la guerra, pasando muchas molestias, por estar situado en la Victoria, y las Hermanas tenían que dormir en la habitación que estaba destinada para tocar el órgano, comiendo en el suelo por no tener otra cosa, pues aunque el diputado señor Lamana les dijo alquilasen un piso, prefirieron estar incómodas, a salir de casa. Volvieron el día 23 de enero de 1894.

Mala impresión quedó a la venerada Madre de esta breve excursión por tierras del Sur. Más tarde, siendo ya General, mostró siempre una repugnancia invencible a hacer fundaciones por aquellas bellas regiones, y aunque se le ofrecieron varias y en muy buenas condiciones, jamás aceptó ninguna. Nunca dio la razón de su actitud; pero los hechos hablaban por ella. Muy mal lo pasarían, cuando siendo tan mortificada, no quiso exponer a sus hijas a una prueba parecida.

*S e c c i ó n c u a r t a*

LA MADRE PABLA  
SUPERIORA GENERAL

*En el altar  
del holocausto*

Virtudes religiosas. — Fe. — Esperanza. — Caridad. — Devoción a la Sagrada Pasión, a la Santa Eucaristía y a la Santísima Virgen.

EL día 23 de agosto de 1894, moría santamente la Madre María Balaguer, Superiora General, y en el lecho de muerte, con grave acento, suplicó a la Madre Pabla no rehusara cargar con la Cruz, para llevar a cabo las obras que entre las dos tenían ya proyectadas para expansión del Instituto y mayor gloria de Dios. No hubo duda ni vacilación en las Madres presentes en reconocer la voluntad de Dios en las palabras de la Santa moribunda. Reunido el Capítulo General el 23 de noviembre del mismo año 1894, salió elegida Madre General la Madre Pabla Bescós.

Grande fue la fe de la Madre Pabla al aceptar el cargo, y así lo confesaba ella; pero no fue menor la de las Madres capitulares al elegirla, pues estaba en aquel entonces tan arruinada de salud, que humanamente hablando no se podía contar con su vida más que para breve tiempo. Creyeron, pues, firmemente en la elec-

ción que de ella había hecho el Señor; creyeron que su Omnipotencia reanimaría aquel soplo de vida, que parecía se iba por momentos, y firmes en esta persuasión, sin dar oído a la prudencia humana, ni a lo que sus ojos veían, oyeron con docilidad la voz del Señor; pues toda su vida fue un tejido de las más grandes virtudes. Trataba los negocios humanos sin apartar la vista de Dios; su alma se asomaba solamente hacia el lado del cielo; sus respuestas, sus soluciones, llevaban el sello del acierto, sin duda alguna, por aquella su rectitud de intención. Podríamos citar hechos numerosos que nos probaran cómo su alma recta y pura iba derechamente hacia el agrado de Dios, sin preocuparse de nada más.

Tratábase de hacer una fundación: la pedía persona respetabilísima, y a quien la Congregación le estaba muy obligada; pero surgían dificultades. Sólo se necesitaban tres Hermanas, y la Madre Pabla se resistía a fundar con número tan reducido. Lo negó, pues, amablemente; pero no por eso desistieron los fundadores en la demanda. Apoyaban también la petición las Madres del Consejo, por temor a las molestias y trastornos que se podían originar de una negativa absoluta, y entonces la venerada Madre dio esta admirable respuesta: "No insistan ni me hablen más de ello; es un caso de conciencia y no cederé. En esas condiciones mando a las Hermanas sin tiempo suficiente para hacer los actos espirituales, ni modo de vivir en comunidad; es lanzarlas, por lo tanto, a un peligro cierto de debilitarse en su espíritu, y tras ello vacilar en su vocación, cosa que en modo alguno puedo hacer. Si por ello nos ha de venir algún perjuicio notable, bendito sea Dios: yo no tengo otra cosa que mirar que darle a El gusto en todo y en todo momento". Esta mirada fija en Dios, lo mismo en las grandes que en las pequeñas ocasiones, infundía sumo respeto y veneración en todos los que la trataban. "Para los que tuvimos el honor y la fortuna de tratarla, dice el doctor Luis Pérez Serrano, fue la

mujer sin par, que a un mismo tiempo inspiraba veneración y cariño, respeto y confianza tan grandes, que al hablar con ella fluía suavemente del corazón a los labios, como único tratamiento posible, la palabra que personifica para los hombres la suma y compendio de todas las perfecciones: el santo nombre de Madre".

"Desde el primer momento me inspiró una grande confianza, unida al más grande respeto, dice doña Amparo Fairén de Faci. Sus ojos, sobre todo, me llamaban la atención. Era la suya una mirada con tanta vida, tan dulce, tan alegre, tan angelical, algo que atraía tanto, que yo muchas veces le decía: —Madre, tiene usted ojos impropios de su edad; parecen los de una niña."

Fruto de su pureza de corazón y de pensamiento, era su fe indomable: los limpios de corazón verán a Dios. Ella lo veía en todas partes: en los sucesos y acontecimientos, en las pruebas y en las alegrías, y lo veía como él es en Sí, como bondad y misericordia. Este espíritu de fe era el alma de todas sus acciones; de él procedía aquella audacia en las empresas que a veces parecían verdaderas temeridades. Persona muy respetable y que por su cargo estaba enterado al detalle de los asuntos de la Congregación, nos refería, que cuando dio cuenta a sus superiores del proyecto de edificación del santo Noviciado se quedaron estupefactos. ¿De dónde pensará la Madre sacar los recursos necesarios?, pensaron, y aun se dijeron. Y cuando vieron que la obra se comenzaba, seguía sin interrupción, y se terminaba sin ninguna deuda, su admiración llegó al colmo. Esta fe la comunicaba a sus hijas, con su ejemplo, con sus palabras, con su oración. Mandaba en una ocasión a una Hermana a una oficina, para la que la interesada creía no tenía condiciones: se echó a llorar. "Hija mía, le dijo la Madre con un tono de voz sumamente cariñoso; pero al mismo tiempo grave y enérgico: sea alma de fe; no va usted por su gusto, va por obediencia. El Señor está comprometido a ayudarla a usted con las lu-

ces oportunas y necesarias". Y haciendo hablar a su humildad añadió: "Más difícil es el encargo que a mí me ha confiado el Corazón de Jesús, y nadie mejor que yo conoce mi absoluta nulidad; pero nunca me ha faltado la más firme confianza en su ayuda; haga usted lo mismo; en sus apuros confíe en El." Y otra. "No se aflija; va usted por poco tiempo; pero El estará a su lado."

Este mismo espíritu de fe le hacía ver a Dios en todos sus superiores y le inspiraba aquel amor tierno y profundo a la Iglesia de Jesucristo. Cuando uniforme el rezo para todas las casas, no se olvidará dejar entre los rezos de Comunidad la súplica por la Santa Iglesia, por el Papa, por la cristiandad entera y por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, con unas hermosas oraciones que venían ya desde las primitivas Hermanas.

Ya se comprenderá que alma de fe tan robusta, tenía que estar bañada en una esperanza dulcísima. Es uno de los frutos de su devoción al Corazón de Jesús. "Del Corazón de Jesús lo esperen todo." Y en cosas arduas y difíciles, y cuando podían preverse daños o peligros que amenazaban al Instituto, animaba y sostenía a sus consejeras diciéndoles: "¿No hemos hecho Amos de la Congregación a Jesús y María? Pues no teman; ellos no nos dejarán errar." Y así sucedía. En más de una ocasión el Corazón de Jesús ha salvado al Instituto de peligros que le hubieran echado a tierra. En todas las épocas de la vida del Instituto se podría repetir lo que la santa Fundadora decía de los comienzos de la Hermandad: "Si nuestras bases no hubieran estado fundadas en un todo en la confianza en el Corazón de Jesús, y hubiéramos contado con el más ligero apoyo humano, no tengo la menor duda que hubiéramos sucumbido ante la menor de las dificultades que se nos presentaron en sus comienzos."

Por eso combatía el desaliento con estos pensamien-

tos de fe, y trataba de inspirar a todas sus hijas el mismo confiado abandono, que era nota tan característica de su vida.

En cuanto a la Caridad, se puede afirmar, sin exageración ninguna, que su vida entera fue un perfecto holocausto de amor a Dios; que no tuvo otro fin que agradarle; que puso todo su empeño en servirle fidelísimamente, y que pudo dar de sí misma al final de su vida este consolador testimonio: "Mientras estuve buena, hice todo lo que pude; ahora sólo me queda descansar en Dios". Cuidaba ella de alimentar este fuego de caridad y amor de Dios con mil piadosas industrias, pajitas que avivaban la llama; pero entre ellas podemos señalar la más eficaz y continua de que hizo uso, y fue una constante e ininterrumpida mortificación. Como muy experimentada en las vías del Señor, sabía que el fuego del amor sólo se mantiene con la madera de la cruz, y que esta excelsa virtud sólo vive de los sacrificios que ofrece. Su recogimiento era absoluto; el dominio del sentido de la vista muy notable, pero sin que fuera obstáculo a los deberes de vigilancia que como Madre y Superiora tenía. ¿Cómo se arreglará la Madre, decían las Hermanas, que todo lo ve y nunca parece que mira? En cuanto al gusto no se pudo acabar con ella, ni aun en las convalecencias de sus grandes enfermedades, que tomara nada apetitoso. Encubría ella este deseo de mortificación con gracia singular, y acababa por convencer a sus hijas, que unas patatitas, y acaso un huevecito en agua, era lo que mejor le sentaba.

Su postura, bien estuviera de rodillas, bien sentada, era sumamente edificante. Se observó por muchas Hermanas que sentándose a la mesa, en todo el tiempo que duraba la refección, no hacía ni el más pequeño cambio de postura. Y lo mismo se puede decir de los grandes ratos que pasaban en su despacho; jamás se recostaba; su actitud era modestísima; algo inclinada hacia

adelante en sus últimos años; casi en el borde del asiento; con los pies siempre juntos, tenía una compostura verdaderamente edificante. Su inmovilidad en la oración era ya proverbial; para ella parecía que se habían extinguido las necesidades del cuerpo. Las palabras mortificantes, desatentas y aun las graves calumnias, parecía no oírlas; una sonrisa dulce, era toda su contestación. Pero quizás donde resaltaba más su espíritu de mortificación era en sus continuas enfermedades; causaba verdadera admiración a los médicos y a las Hermanas encargadas de su asistencia.

Para abrazarse con la cruz y alimentar así la llama del amor, se aprovechaba hasta de los descuidos. En una ocasión, cuenta una Hermana, se le puso en el costado un pegado muy fuerte, y nuestro Señor permitió que se le olvidara a la Hermana enfermera quitárselo; pasado mucho rato le preguntaron que cómo se encontraba y si había descansado. Con aquella sonrisa tan dulce de siempre contestó: "Hijas, con este emplasto que me han puesto estoy muy divertida, y de sumo gusto no puedo descansar." Entonces se apresuraron a quitárselo y tenía el costado en carne viva, y al lamentarse la Hermana enfermera de su olvido, reprocharle cariñosamente no haberle advertido, dijo: "Hijas mías, cuando el Señor nos proporciona un sufrimiento, sea como sea, hay que aceptarlo y darle muchas gracias, pues son grandes beneficios: esto que a ustedes les parece un olvido, lo ha querido el Señor para mi bien temporal y espiritual." Cumplir la Voluntad de Dios, he ahí la cifra de todas sus aspiraciones.

Con lo que llevamos dicho ya se comprende que fue devotísima de la Pasión del Señor. La meditación de los dolores del Hombre Dios, fue en ella continua; de ahí sacaba unos deseos tan grandes de padecer, que todo lo que había sufrido lo reputaba por nada. En su correspondencia apenas hay ni una sola carta que de alguna manera no haga alusión al padecer, al valor de

la Cruz, y a lo poco que en realidad padecemos. Elijamos algunos párrafos de esa edificante correspondencia: "No, no nos lamentemos tanto de la Cruz; ¿qué sería nuestra vida sin ella? Recojamos con gusto estas espinitas, que nos acarrearán un peso eterno de gloria" "Y bien, querida hija, ¿qué es lo que padecemos? Poco, o mejor dicho, nada. ¿Qué tiene que ver nuestros insignificantes sufrimientos, con los que padeció nuestro Divino Salvador?"

Por confesión suya sabemos, que cuando algún pensamiento triste o importuno la abrumaba, su punto de refugio eran las llagas sacratísimas de su Redentor, sobre todo la llaga de su costado. Y al final del Vía Crucis, que lo hacía en la forma ejemplar que hemos indicado, después de la adoración de las cinco llagas, rezaba otro Padrenuestro, adorando las principales llagas del Salvador.

Amando tanto a la Víctima Sacrosanta, teniendo ojos fijos constantemente en ella, claro es que había de ir a buscarla donde está: en la Sagrada Eucaristía. Con qué devoción oía el Santo Sacrificio de la Misa. Por grandes que fueran sus ocupaciones asistía a todas, o a la mayor parte de las que se celebraban en nuestra iglesia del Noviciado: durante ellas permanecía absor-ta en la contemplación de los misterios, uniéndose a la adorable Víctima y ofreciéndose con ella. Durante sus enfermedades, contaba su enfermera, cuántas veces me ha tocado velarla; apenas si pronunciaba una sola palabra, pero cuando llegaba la hora de la Misa de Comunidad, me decía: —Hermana Elisa, unámonos ahora especialmente a la Comunidad, que va a oír el Santo Sacrificio; y en efecto seguía la Misa con tal devoción, que su recuerdo se me ha quedado para siempre grabado en el alma. En estas ocasiones se mostraba un poco más expansiva, y explicaba los divinos misterios tan bien, que me producía gran devoción. Un día me dijo: Yo, hace muchísimos años, hago intención de

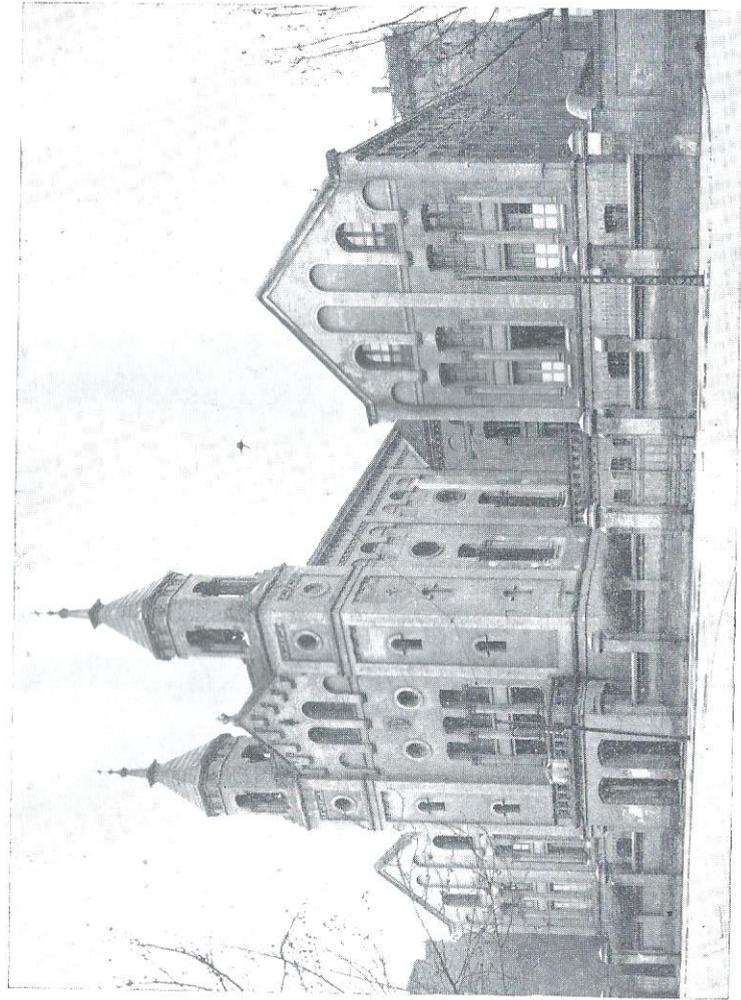
unirme a todas las misas que se celebran en el mundo, y como no hay minuto ni momento que no se ofrezca ese Divino Cordero al Eterno Padre por nuestra salud, en todos los momentos podemos recibir las innumerables gracias que brotan de este admirable sacramento.

¿Quién podrá contar el número de las visitas reales al Sagrario, además de las espirituales, que realizaba cada día? Sus graves y múltiples deberes no la impedían esa práctica, consecuencia necesaria del Amor que tenía a su Señor, antes la impulsaban a ello. ¿Sufría? El Sagrario era su consuelo. ¿Gozaba? Allí iba a darle gracias. ¿Temía? Allí iba a confortarse. ¿Dudaba? Allí iba por la luz necesaria. En ningún sitio quedan tan firmes y marcadas las huellas de su paso, como en el tránsito, no muy grande, que conduce desde su despacho a una de las tribunas del mismo piso. Cuando anochecía y se veía una pequeña luz en él, no había duda: era la Madre que con su pequeña linterna se dirigía al centro de sus amores.

Su profunda humildad no dejó traslucir ni siquiera a las más íntimas la forma cómo se le comunicaba el Señor; pero lo que sí se puede afirmar con absoluta certeza es, que al pie del Sagrario resolvía todas las dificultades, y allí tomaba las determinaciones importantes; y una larga experiencia había demostrado, que cuando después de una larga consulta al Sagrario, se veía a la Madre determinada a obrar, se podía dar por hecha la empresa, aunque hubiera graves dificultades para llevarla adelante.

Esta devoción, tierna y ardiente, fue recompensada con gracias bien singulares. Entre ellas, y como una de las mayores puede citarse que, por iniciativa del Director del Noviciado, el Padre Buj, vio implantada en sus comunidades la Comunión diaria antes de los decretos de San Pío X sobre este punto.

El fervor con que ella se preparaba a recibirlo, y la acción de gracias que le seguía, eran motivo de edifi-



EL NOVICIADO DE ZARAGOZA  
La obra más importante entre las que llevó a cabo la Rvda. Madre Pabla.

cación para todas sus hijas, que no tenían más que contemplarla, para saber cómo comulgaban los santos. Añadamos y como complemento de lo que vamos diciendo, frases de sus cartas, que dejan al descubierto el fondo de su hermosa alma.

Contesta a las Hermanas de una fundación que le felicitan por su santo y les dice: "Mucho les agradezco su recuerdo; dicen ustedes que es un pequeño obsequio: pequeño obsequio misas y comuniones, ¿qué más podía apetecer? Estaba postrada en cama con la última enfermedad que le había de llevar al sepulcro. Habíasele administrado el Santo Viático. Estaba la enferma absorta en su acción de gracias; pasaba el tiempo, y la Madre no parecía tener prisa por salir de su recogimiento: tanto se prolongaba, que por fin la enfermera, algo impaciente, la tocó suavemente presentándole el alimento. La enferma, como despertando de un dulce sueño, dijo: ¿Tan pronto? Si hace poco he comido el Divino Cordero y estoy tan lleno..." Así era en efecto: estaba llena de Dios.

Réstanos decir dos palabras sobre la devoción de la Madre a la Santísima Virgen. Esta devoción en la Madre Pabla era una verdadera entrega de todo su ser, para por sus benditas manos, entregarse toda a Dios. La devoción a la Santísima Virgen se despertó en su hogar bajo la advocación de la Virgen del Rosario, que era como la honraba su familia, y al entrar en la comunidad vio con inmensa alegría cómo la Hermandad era propagadora incansable del Santo Rosario. Tenía también particular devoción a la Santísima Virgen bajo la advocación del Carmen. La advocación del Pilar era también objeto de muy particular amor. Es ya costumbre inveterada en la Comunidad, el ir las Hermanas, antes de salir destinadas a las fundaciones, a visitar a la Virgen en su Angélica Capilla, y pedirle su bendición: las expediciones de Hermanas que marchan al extranjero nunca lo hacen sin comulgar al pie de esa

milagrosa imagen; la novena y fiesta del Pilar se celebra también con solemnes cultos, siendo también festivo el dos de enero en todas sus casas. Muchas de las fundaciones que abrió las puso bajo tan hermosa advocación, que es tan querida de los españoles; pero la advocación que más robaba sus amores era la Inmaculada Concepción. Fomentaba por todos los medios a su alcance la devoción a la Santísima Virgen en todas las casas, y era su consuelo y alegría el verla honrada y comprobar por sí misma en sus visitas, cómo se amaba a la Santísima Virgen y se vivía una vida de intimidad en todas las casas con la Celestial Señora. Muchas veces repetía: La Santísima Virgen nos concede muchísimas gracias; estén seguras; siento su maternal protección de manera palpable; ama mucho a esta pequeña Congregación.

Tres veces durante su vida se recuerda haber visto a la Madre como fuera de sí a impulsos de una alegría extraordinaria; verdadera embriaguez de amor. Las tres veces ya en el ocaso de su vida. Una de ellas un día del Sagrado Corazón; otra en una Pascua de Pentecostés, y la tercera la última fiesta de la Inmaculada que pasó en la tierra en el año 1928.

Restábanle muy pocos días de vida, y señalamos esta fecha, porque su gozo fue tan intenso, tan radiante, tan extraordinario, estaba tan fuera de sí, con un encendimiento tan subido en su rostro, de ordinario pálido en extremo, dijo tales cosas de la Santísima Virgen, que a todas las Hermanas que lo presenciaron les quedó grandísima impresión. —¿Le ha concedido hoy la Santísima Virgen gracias extraordinarias?, le preguntaron. —Oh, sí, muchas, contestó. Ya la Madre estaba evidentemente más en el cielo que en la tierra. Eco de esta alegría extraordinaria eran las palabras que repetía en su lecho de muerte: “Amarte, bendecirte, glorificarte, oh Virgen Purísima, por toda la eternidad, sólo eso deseo.”

## *La obra de la Madre Pabla*

**Primeros importantes trabajos. — Consigue completa independencia del elemento civil para el régimen interior de la Comunidad. — Aprobación definitiva del Instituto por la santa Iglesia.**

**E**NTRAMOS ya en la última parte de la historia de esta grande alma, que con toda razón se la puede llamar la cooperadora de la Madre Rafols, y segunda Madre del Instituto, puesto que a ella confió el Señor la consolidación de la obra, y el abrirle cauces para su rápido desarrollo.

Fundada la Congregación en el Hospital de Gracia de Zaragoza, desde el primer momento dependió en absoluto y casi por completo de la Junta de Gobierno de aquel celeberrimo Hospital, la Ilustrísima Sitiada, que miraba a la Hermandad como feudo suyo. Casi estaríamos tentadas de lamentarnos de su tutela verdaderamente absorbente, con respecto a la pequeña Hermandad nacida bajo sus auspicios, si no reconocieramos en ella la mano de Dios, que quería cimentarla con hondas raíces de humildad, y que creciera y se

desarrollara en medio de cruces, ataduras y humillaciones sin cuento.

Empezando a extenderse la Congregación, aunque poco a poco, a raíz de la muerte de Madre Rafols, no cambió su posición. El derecho a intervenir en el régimen de la Comunidad, y en actos tan trascendentales, por ejemplo, como la elección de Superiores, que se había consagrado con el tiempo, y transmitido de poder a poder, en los cambios de forma que en el gobierno del Hospital hubo, estaba por los años que historiamos en manos de la Diputación, que había recogido todos los privilegios de la antigua Sitiada sobre el Instituto.

Las pobres Hermanas, tan hechas a toda clase de ingerencias, que eran en realidad una verdadera servidumbre, la hubieran soportado indefinidamente, si una dificultad gravísima no les urgiera deshacer aquel lazo, y era, que con esa intervención del elemento civil en su régimen interno, en Roma se negaban a aprobar las Constituciones y el Instituto. Desgraciadamente, cuantas veces habían intentado tener vida interna independiente, saliendo por fin de los lazos de la tutela de la Excelentísima Diputación, habían fracasado. Y en estas condiciones afrontó el problema la Madre Pabla.

Espera la coyuntura de unas votaciones que para el nombramiento de superiora y consejeras se habían de celebrar en el Hospicio de Tarazona. Llegada la fecha, se encontró en dicha ciudad de Tarazona con el señor Lamana, que iba delegado por la Excelentísima Diputación para presidirlas. Tuvo una conferencia con él, y se suspendieron las votaciones. Estaba dado el primer paso, con un golpe de prudencia, inteligencia y buen sentido; pero estaba todavía muy lejos de haber ganado definitivamente la batalla. De regreso, nuevas conversaciones con la Diputación pusieron de relieve cuán lejos estaban de ceder a las justas razones que exponía la Madre Pabla. El argumento último que alegó la ve-

nerada Madre fue, que llevaban casi cien años de existencia sin poder conseguir la aprobación de Roma, siendo el único obstáculo esta ingerencia del elemento civil, y que para más asegurarse, podían ir al señor arzobispo, que les informaría detalladamente sobre el caso. Acogieron con simpatía esta propuesta de la Madre, poniendo el asunto en manos del señor arzobispo. Los momentos eran preciosos, y no los desaprovechó la avisada Madre. Al día siguiente, fortalecida con prolongada oración y confortada con la Santa Eucaristía, se presentó en el Palacio Arzobispal antes de la hora de visita. No podía ser peor elegido el momento; el venerable prelado estaba en cama, y los familiares se negaban a darle entrada. No se desalentó la Madre, y rogó que pasaran al ilustre enfermo un recado. Inmediatamente el buen Padre dio la orden de que pasara: con breves palabras le hizo presente los gravísimos inconvenientes de la actual situación, que traía como consecuencia la imposibilidad de que la Iglesia aprobara el Instituto. Se dio cuenta enseguida el prelado de su angustia y le dijo: "Esté tranquila, Madre Pabla; defenderé su causa con tesón y energía". Aun no habría llegado a casa, cuando la Comisión de la Diputación, haciendo también presente la gravedad del caso, se presentaba ante el prelado enfermo. Las razones del prelado casi los convencieron; nuevas entrevistas con la Madre Pabla, acabaron de disipar todos los temores, y lo que comenzó con tan grave oposición, se terminó en el más amigable de los tonos. Aun se tardó un poco de tiempo en aprobar la solicitud; pero por fin se alcanzó la aprobación, abriéndose una nueva era en la vida del Instituto. La fecha de la aprobación de este importante documento puede quedar grabada con letras de oro en los anales del Instituto; pero el día en que se ganó esta batalla memorable, fue el de la entrevista de la Madre Pabla con su prelado. Refería la misma Madre que fue tan intenso el sufrimiento de aquellas horas, que vol-

vió a casa empapada en sudor, que había pasado hasta el santo hábito; como si me hubiera metido en un río, decía ella.

Una vez adquirida la libertad de acción, se apresuró a conseguir la aprobación del Instituto y sus Constituciones. En este mismo año 1896, escribe al Emmo. señor Cardenal Verga en Roma: "Emmo. y Rvdmo. Sr. y Padre en Cristo: Hace dos años aproximadamente, que el Ilmo. Sr. D. Mariano Supervía, Obispo Auxiliar de la diócesis de Zaragoza, entregó a esa Congregación de Obispos y Regulares, por conducto del presbítero don Antonio Langa, los informes de los Ilmos. Sres. Obispos, de las Comunidades de este Instituto, que radican en sus respectivas diócesis, con objeto de conseguir de S. S. la aprobación definitiva de sus Constituciones o Reglas, toda vez que se guardan estrictamente las observaciones que la Sagrada Congregación impuso; que ya con fecha 13 de abril de 1889 se dignó conceder el decreto de alabanza. Aunque estoy persuadida de que han de seguirse los trámites de costumbre, desearía que su Em.<sup>a</sup> Rvdma. se interesase para que este asunto tuviera un pronto y feliz resultado. Suplicándole me dispense si me he atrevido demasiado, al dirigirme a persona tan respetable, quedando a las órdenes de su Em.<sup>a</sup> Rvdma. su más obediente hija que reverente B. L. M. — Hermana Pabla Bescós."

El decreto de aprobación del Instituto lleva fecha de 14 de enero de 1898, y el 18 del mismo mes y año, Su Santidad León XIII concedió a la Congregación un protector en el Emmo. y Rvdmo. Cardenal Segna. El 3 de agosto de 1901 se firmó el decreto aprobando las Constituciones por un espacio de 3 años, y, por fin, el 11 de marzo de 1904, se firmó el decreto de su aprobación definitiva.

El júbilo de la Madre y de todo el Instituto fue inmenso. Cien años de gestación laboriosa habían transcurrido desde su fundación, durante los cuales el Se-

ñor, sin prisas, sin apresuramiento, sabiendo que todas las horas le pertenecían, había labrado por El mismo el espíritu viviente del Instituto, fijando el carácter de su apostolado, cuya eficacia consistiría precisamente en la dulzura, en la humildad, en la oración, en el sacrificio y abnegación. El, no nos pide el brillo; le basta para estar satisfecho la fe, la adoración y el amor.

*Organización del Noviciado*  
*Promulgación de las Constituciones*

**Organización del Noviciado e inauguración de los primeros viernes. — Capítulo General de 1904. — El regalo del Corazón de Jesús.— Fe de la Madre.— Su recompensa.**

UNA vez obtenida la libertad de acción, como vimos en el capítulo anterior, nada impedía a la Madre ir poco a poco desarrollando los planes que con respecto a la Congregación tenía. Lo que más le preocupaba era la sólida formación de las novicias. El local que ocupaban en la calle Mayor era insuficiente, y por no haber sitio para recibir las nuevas pretendientes, tenían muchas veces que sacar a las que ya estaban, antes de tiempo. Urgía, pues, la construcción de un noviciado capaz. No se veía posibilidad ninguna de hacerlo, pues los recursos económicos de la Congregación eran tan reducidos, que parecía tal proyecto un sueño. Con todo la fe de la Madre, de que el noviciado se haría, era firme. El primer regalo del Corazón de Jesús, para el nuevo noviciado que la Madre llevaba en la cabeza, y más aún en su corazón fue el nombra-

miento del director del mismo, en la persona del M. I. Sr. don Juan Buj, a fines de octubre de 1896. Lo que la Congregación le debe, lo que ha trabajado por ella, el impulso que bajo su dirección, en espíritu, en fervor, en alientos y en la devoción al Corazón de Jesús, ha recibido la Comunidad en los casi 40 años que ha estado al frente de las novicias, sólo en el cielo lo sabremos completamente. La Madre Pabla, conocedora como nadie del auxilio providencial que el cielo le envió en este siervo de Dios, hizo de él una excepción en la hora de su muerte: a nadie nombró con tanta insistencia como a él. "No olviden nunca, nos dijo, lo que el Padre Juan, ese santo varón, ha trabajado por la Congregación y el desinterés con que lo ha hecho". Esta recomendación era uno de sus pensamientos dominantes. En verdad, que el buen Padre se merecía aquel tierno recuerdo de su corazón agradecido. Quizás en aquellos momentos desfilaran por la memoria de la Madre los lejanos tiempos de sus comienzos en el Noviciado de la calle Mayor, cuando bajo su iniciativa se caldeaba el espíritu ya vigoroso de las Hermanas y jóvenes novicias; quizá pasara por su mente la inauguración solemne de los primeros viernes en enero de 1897, con exposición del Santísimo, y una solemnidad, que si es posible igualarla en manera alguna superarla. Quien no ha oído al Padre Juan, no podrá figurarse el fuego que prendió en el pequeño grupo de novicias y Hermanas en la preparación a tan solemnes fiestas. La gloria que en ello corresponde a la Madre Pabla, es oscura; pero muy grande. Dejó hacer el bien, y ayudó a practicarlo, cosa más difícil aún que hacerlo por sí misma. Al mismo tiempo que de tal manera y con tanto fervor se honraba al Corazón dulcísimo de Jesús, llovían peticiones de Hermanas para nuevas fundaciones. Había llegado la hora en que el Corazón de Jesús cumplía la promesa que hizo a la venerada Fundadora: "Que por mucho tiempo la Congregación sería muy

pequeña e ignorada; pero El se encargaría después de extenderla y propagarla".

No tenía la Madre personal para poder cumplimentar esas peticiones, y entonces se empezó una cruzada de oraciones, pidiendo al Corazón de Jesús en los primeros viernes, muchas y buenas vocaciones, y un nuevo noviciado. ¿Cómo respondió el Corazón de Jesús a esta fe y confianza? En julio del año 1898 fue la Madre Pabla de santa visita por el Norte. En el Colegio del Carmen de Portugalete, tuvo el consuelo de ver a doña Sotera de la Mier, señora de relevantes prendas y virtudes. Gozaba mucho la ilustre dama, de la conversación santa y espiritual de la Madre Pabla, e instábale con frecuencia a que pasase alguna temporada en aquel colegio fundado por su inagotable caridad. Nuestra Madre accedió a este deseo, y en sus conversaciones le habló de la necesidad y falta de un nuevo noviciado. Inmediatamente la noble dama le hizo un donativo de 3.000 duros para este objeto. Aquella cantidad era nada para la obra en proyecto; con todo la Madre Pabla vio en ello la voluntad de Dios, y puesta toda su confianza en El, comenzó la obra. Como no era un secreto en la Congregación la total escasez de recursos, las mismas novicias pidieron a la Madre el privarse del chocolate que, como desayuno, tomaban todas las mañanas. La Madre dudó; pero fueron tales las instancias, que por fin accedió a lo que le proponían y añadió: "El sacrificio del chocolate será el fundamento del nuevo noviciado". Y así sucedió con asombro de todos: de los de casa y de los de fuera. Este noviciado, decía la Madre Pabla, sus paredes están amasadas con milagros. Al mismo tiempo que el noviciado, respondía el Sagrado Corazón a la segunda petición de muchas y buenas vocaciones. En ese mismo año de 1898 rebosaba el noviciado de la calle Mayor de novicias, y a partir de aquella fecha siempre ha ido aumentando el número.

Mientras que se trabajaba en la construcción del edificio material del noviciado, se daba también comienzo al nuevo plan de formación de las novicias: las conferencias que prescriben las reglas. La ocasión no podía ser más oportuna: el nuevo director, celosísimo apóstol, no necesitaba ningún otro apremio que el amor del Corazón de Jesús, que le urgía a darse sin descanso con la palabra y con la pluma por la salud y perfección de las almas.

Los orígenes de las célebres conferencias, donde tantas almas se han inflamado y caldeado bajo la inspiración de la palabra ardiente del buen Padre Juan, no pudieron ser más sencillos y humildes; en aquella pequeña salita del noviciado de la calle Mayor, desprovista de muebles, se sentaban las novicias en el suelo, por no tener sillas, alrededor del Padre y de la Madre Maestra, en aquel entonces Madre Felipa Beragua. Allí, el Padre, en el seno de la intimidad, daba rienda suelta a los encendidos afectos de su corazón. Cerca de 40 años en ese ministerio obscuro, ignorado; pero de una eficacia tan grande, que una de las primeras autoridades de la diócesis decía con ocasión de su muerte: "Lo que inmortalizará al Padre Juan, no es precisamente sus triunfos en la Cátedra Sagrada, ni siquiera la revista "El Eco"; será el Noviciado de Santa Ana; su labor admirable en la formación de las novicias".

Qué horas las de aquellas sesiones. Con qué santo anhelo esperaban las novicias la conferencia del jueves. Sólo su presencia, la manera de santiguarse, el acento de sus invocaciones al Corazón de Jesús, les hacía ya más efecto que un elocuente sermón. Salían de allí las novicias encendidas, conmovidas, resueltas a cualquier sacrificio, y los más generosos ofrecimientos se hacían a continuación al pie del altar. Jesús los oía, y muchas veces, aceptando la sinceridad del presente, se acercaba a aquel su vergel florido, para coger algunas de las florecitas más fragantes y olorosas.

En el año 1900, fue reelegida por primera vez para un segundo sexenio de su generalato. El primer acto después de su reelección, fue establecer la uniformidad de rezos en todas las casas del Instituto.

Los dos hechos culminantes del año 1904 son: la terminación del Noviciado y la aprobación de las Constituciones. Se apresuró a mandar imprimirlas, y para promulgarlas convocó un Capítulo General extraordinario, que dio comienzo el 22 de octubre de 1904. La más viva alegría y el más profundo agradecimiento al Señor, flotaba en el ambiente de la magna asamblea. No faltó ninguna de las superiores; veía, pues, así, reunidas en torno a ella, a todas sus hijas y participaba del gozo de todos los corazones. Hora era ya de cantar el *Te Deum* de acción de gracias. El Señor había oído los ruegos y atendido a los ardientes deseos de todas. Estaban aprobadas por la Iglesia, y por bien pagadas se daban en aquellos momentos, de los 100 años de espera, tan llenos de cruces y sinsabores, pero colmados también de una paternal providencia de Dios, que milagrosamente, salvándoles de peligros de muerte, en mil ocasiones, las había conducido por fin a aquella hora de glorificación, dando estabilidad a las inseguridades de los años precedentes. Pero la Madre Pabla, aunque procuró se cumpliera lo primero con esta deuda de agradecimiento para con el Corazón de Jesús, que tan grande gracia acababa de concederles, aprovechó aquella reunión también, para fijar y establecer principios y normas de conducta, aclarar puntos opinables; en fin, completar la legislación que en el libro de las reglas se les daba, con la explicación de su espíritu.

En efecto: Lo importante de una ley, no es precisamente la letra de ella, sino el espíritu que la vivifica. Esta fue principalmente la labor de aquel célebre capítulo, uno de los más importantes que se han celebrado. Se tomaron, dice la crónica del Instituto, importantes acuerdos: quedaron ya establecidas con fuer-

za de ley, las austeras costumbres, que con respecto al voto de pobreza practicaban las primitivas Hermanas. No podían disponer ni de una estampa, ni de una medalla, ni una hebra de hilo, ni siquiera el determinar por sí mismas si se puede ya desechar una ropa o objeto, por inservible que parezca. Se determinó asimismo que las Hermanas no fueran a sus casas, ni tomaran nada fuera de la Comunidad; quedó también establecida la forma en que había de hacerse el capítulo de culpas, acto al que daba la Madre gran importancia si se hace como se debe; se dispuso asimismo que no se admitiera ninguna Hermana a los votos, sin que la Superiora que la había tenido bajo su dirección remitiera los informes por escrito. Se establecieron también los sufragios que se celebrarían a la muerte del Papa, de los Obispos en cuya diócesis hubiera alguna fundación y algún bienhechor insigne, y la manera de establecer carta de hermandad para la comunicación de oraciones y demás buenas obras. Por último quedó ya determinado al detalle, el programa de las fiestas que se habían de celebrar en el centenario de la fundación del Instituto y los acontecimientos memorables que en él concurrirían: la aprobación de las constituciones y la terminación del Noviciado.

Siempre creyó la Madre, por la singular coincidencia de concurrir estos hechos, con el año jubilar de la Inmaculada, que la Santísima Virgen había alcanzado del Corazón de su Divino Hijo estas gracias singulares, y en su consecuencia ordenó que para agradecer a la Señora su protección se celebrase con la mayor solemnidad en las casas, el año Jubilar, a la vez que se conmemoraba la fecha del centenario.

Este fue solemnísimo en Zaragoza: celebróse con un triduo los días 29-30-31 de diciembre: se había obtenido la concesión de indulgencia plenaria, que podían lucrar los fieles en dichos días, concurriendo a los actos, y cumpliendo las condiciones corrientes en estos casos.

La Diputación quiso en esta ocasión mostrar el alto aprecio que hacía de la Congregación y de sus servicios en las Casas de Beneficencia, asociándose a estas solemnísimas fiestas, costeando los gastos del primer día del triduo, y las luces de los tres días, poniendo a disposición de la Rvda. Madre toda la dependencia del Hospital, y acordando asistir oficialmente representada a los actos. Por su parte el Excmo. y Rvdmo. señor Arzobispo dio también con esta ocasión inequívocas pruebas de su amor paternal al Instituto, y del aprecio muy singular que hacía de la Rvda. Madre Pabla: Ofició de Pontifical el primer día, predicando en la función de la trade.

El último día del triduo revistió extraordinaria solemnidad: no solamente la Diputación y el señor Arzobispo honraron con su presencia al humilde Instituto, sino Zaragoza entera, acudiendo a la iglesia del Hospital, el Excmo. señor Gobernador, el Excmo. señor Alcalde, y comisiones de todas las Corporaciones y Entidades oficiales, y un inmenso gentío que rebosaba hasta la calle.

Pasaron estas grandiosas fiestas, preludio de las que ya Zaragoza iba preparando para celebrar con júbilo delirante el centenario de Los Sitios, del cual sólo distaba cuatro años, y la Madre Pabla volvió a su quehacer cotidiano en el rincón de su despacho, consolidando la Congregación, consiguiendo para ella preciosas gracias y privilegios, y con su celo ejerciendo un influjo saludable hasta en las personas seglares, con las que por razón de sus cargos y ministerios había de tratar; quedaban prendidos en el encanto indefinible que emanaba de toda su persona, y recibían con su conversación un aliento poderoso para mejorar sus vidas, o emprender con nuevos bríos el camino de la santidad. Y no tiene nada de extraño, pues la entrega total al Señor, como dice San Francisco de Sales, es la flor y nata de la caridad, el perfume de la humil-

dad, el mérito de la paciencia y el fruto de la perseverancia. Pero junto a las afirmaciones pongamos como ejemplo alguno de los múltiples casos que le ocurrieron en su vida:

Por razón de su cargo, tuvo que tratar de cerca a un caballero distinguido, de la más rancia nobleza. Las vicisitudes políticas le habían obligado a estar ausente de España muchos años, y a su vuelta vino acompañado de una gran señora, a la que presentó como su legítima esposa. El fino olfato espiritual de la Madre Pabla percibió con toda claridad el lazo con que Satanás tenía atadas aquellas dos almas en unas redes, que las conveniencias sociales hacían muy difícil el poderlas romper. Resuelta a presentar la batalla a Satanás, con gran prudencia, y con aquella energía y superioridad que su misma virtud le daba, aventuró la palabra salvadora al caballero solo, pues ganado él, ya se dio cuenta que no habría ninguna dificultad, sino deseo por la otra parte de salir de aquella situación anómala y ponerse en paz, con su conciencia y con Dios. A las pocas palabras de la Madre, el prócer, tocado por la gracia, sin ninguna dificultad, le abrió el fondo de su alma confiándole que ciertamente no se había equivocado, y que él también quería arreglar aquel asunto; pero que nunca lo haría, sin que se le garantizara el más absoluto sigilo. —No pase pena, le respondió la Madre; yo me encargo de hacer todas las diligencias sin que nadie se entere de ello. Y así fue. Tomó a su cuenta sacar del atolladero en que estaban metidos, y lo hizo con tal tino y tanta discreción que salvó a la vez a aquellas dos almas, el prestigio del caballero que figuraba como buen cristiano y la honra de la Señora que siempre guardó un profundo afecto a la venerada Madre. El caballero, por su parte, fue desde aquel día un protector decidido de la Congregación, y ésta le debe muchos favores, y le cuenta en el número de sus más insignes bienhechores.

## *Expansión del Instituto*

**Emprende la Madre Pabla la obra de la expansión del Instituto. — Fundaciones de este período.**

SIN dejar de la mano la organización del régimen interno de la Comunidad, conservando el espíritu de abnegación, austeridad, dulzura y sacrificio que eran sus bases, se preparaba también a dar expansión y extender el radio de acción del Instituto. El momento en que ella empezó a abrir los cauces para que las corrientes de agua viva, encerradas en las entrañas de la Congregación, se extendieran por todas partes, no podía ser más oportuno. Aunque veladamente, se empezaba a percibir el aroma de las virtudes de las abnegadas Hermanas y comenzaba a hablarse del pequeño Instituto, y a reclamar sus servicios para disfrutar de su sacrificio. Contribuyeron no poco a ello, dos ocasiones excepcionales que el Señor preparó para sacar a luz tesoros desconocidos: la guerra civil y el cólera de 1885.

La Madre Martina solicitó en noviembre de 1893 del Ministerio de Gracia y Justicia permiso para fundar en toda España, y concedida la autorización, por

una anomalía que aún no nos la hemos podido explicar, no vino anunciada en la "Gaceta" dicha autorización, y esta circunstancia originaba muchos inconvenientes para seguir fundando. Elegida la Madre Pabla como Superiora General en el año 1894, uno de sus primeros cuidados fue el solicitar del Excmo. señor Ministro de Gracia y Justicia, la publicación en la "Gaceta" de la R. O. y, después de laboriosas gestiones, alcanzó lo que solicitaba en primero de marzo de 1897.

Antes de la publicación de dicha R. O. hizo algunas fundaciones en provincias, donde había obtenido permiso particular, empezando la obra de las fundaciones en mayo de 1885, bajo el amparo de la Santísima Virgen. Nos ceñiremos solamente a las fundaciones más célebres, o por la grandeza de las virtudes que en ellas florecieron, o por las persecuciones de que fueron objeto, y los sinsabores que acarrearón a la venerada Madre. Dos en el reino de Valencia (El Instituto Oftalmológico en Algemesí, y el Instituto del doctor Candelas en la capital); una escuela de párvulos en Monzón, y un colegio en Trujillo (Venezuela), llenan el año 1895. Pero pronto le iban a venir a la mano otras fundaciones muy en armonía con su espíritu y sus gustos, completamente delicadas a la instrucción del pueblo, en lugares casi desconocidos; pero donde la misma sencillez de costumbres, y el aislamiento en que vivían, los hacían más aptos para recibir con docilidad, los beneficios de una educación cristiana.

La primera de estas casitas se debió a la generosidad de don Francisco Cavero. Poseía dicho señor muy próxima a Zaragoza una hermosa torre en el término de Garrapinillos, del que era casi en su totalidad propietario, y se la cedió gratuitamente a la Madre, para recreo y solar de las Hermanas, sin otra carga que el abrir una escuelita para los hijos de los colonos de todo aquel contorno. La Madre aceptó inmediatamente las

condiciones, y con gran alegría de ambas partes, se empezaron las reparaciones más indispensables, haciendo de arquitecto el mismo don Francisco. En el archivo del Instituto queda consignado el eterno agradecimiento, que por ello debe la Congregación a dicho señor.

La inauguración fue una fiesta magnífica. El 9 de agosto de 1896 rebosaba de gente la pequeña pero devota capilla. El delegado del señor Arzobispo, don Faustino Camprovín, bendijo la casa, y a continuación se cantó Misa solemne, en medio de un regocijo general. La pequeña escuelita que aún persiste, y que produce tantos bienes entre aquellos labradores, está sostenida principalmente por los sufrimientos de tantas Hermanas como en aquella casa han padecido los dolores de su última enfermedad, seguidas de preciosas muertes. Consagrada la casa al Corazón de Jesús y agrandada para que pudiera servir de sanatorio a las Hermanas enfermas, ha sido testigo de hermosas escenas de edificación. Jesús, desde su humilde pero devoto y cuidado oratorio, derrama sin cesar gracias de fortaleza entre las enfermas de arriba, y atrae los corazones de todos los vecinos de los alrededores.

Aun no se habían apagado los ecos de la fiesta de la inauguración de la torre de Garrapinillos, cuando ya el 19 del mismo mes de agosto, la vemos emprender el camino hacia Iguelsuela del Cid. Salió acompañada de la Madre María Balaguer (hermana de la llorada Madre Martina) y de las Hermanas que llevaba destinadas a la nueva fundación.

A partir de este año, gran parte de su vida la pasó, o en las diligencias o en los trenes, recorriendo todos los caminos de España, para ir abriendo nuevos Sagrarios, y junto a ellos obras que abrieran también los corazones de grandes y chicos al amor de Jesucristo. Durante los viajes cumplía todos los rezos de regla a las horas marcadas en el horario de la Comunidad que los hacían en común de ir solas, o en particular en

caso contrario; y terminados éstos, permanecía ordinariamente callada, en actitud recogida y modesta. Ni el calor, ni el frío, ni ninguna otra molestia podía advertirse en su semblante. Hemos oído relatar a una Madre antigua, que en un viaje larguísimo en diligencia, en día de asfixiante calor, un corpulento viajero tenía totalmente prensada a la buena Madre, que soportaba aquel estrujamiento sin hacer el más ligero movimiento, con gran asombro y edificación de la Madre acompañante, que ardía en deseos de hacer notar al irreflexivo viajero, la molestia que le estaba proporcionando. Cuando se bajó el referido viajero, la Madre acompañante exhaló un suspiro de alivio; en cuando a la Madre, por su parte, no dijo nada, como si no hubiera padecido ninguna molestia.

Jamás se dormía, no sólo en las diligencias, en las que es casi imposible el hacerlo, por lo brusco de sus movimientos; pero tampoco en el tren; nunca se recostaba; en fin, practicaba a la letra lo que ordenan las reglas, que se edifique con la modestia y el silencio.

Este viaje de Iglesuela fue largo y molesto y hubieron de hacerlo en tres etapas. Llegaron a Iglesuela el 22 del mismo mes de agosto. Esta última jornada desde Morella a Iglesuela tuvo todo el carácter de una peregrinación. Hicieron una primera parada en la ermita del Cid, dedicada a la Santísima Virgen, donde comieron y descansaron; después se dirigieron al calvario por la gran devoción que la venerada Madre tenía a la Pasión y al santo ejercicio del Vía-Crucis, y, por último, fueron a la ermita de Loreto, dedicada también a la Santísima Virgen. Allí quedaron sorprendidas por el gran gentío que las esperaba. No sólo de Iglesuela, sino de todos los pueblos próximos, había acudido en tropel la gente, para presenciar aquel espectáculo nuevo para los habitantes de aquellas apartadas regiones; el júbilo y la gratitud desbordada de todos los corazones; nueve niñas vestidas de blanco se acer-

caron a las Hermanas para darles la bienvenida en nombre del pueblo: la Madre contestó a las pequeñas comisionadas, dando también las gracias a los circunstantes, y acto seguido se organizó la procesión.

Iban las Hermanas rodeadas de todo lo más lucido del pueblo, y precedidas del numeroso gentío que había acudido a su recibimiento. Habían contratado una orquesta y durante el trayecto interpretaron el *Ave Maris Stela*. La primera visita fue a la iglesia parroquial, donde el señor cura, don Manuel Izquierdo, entonó el *Te Deum Laudamus*. A la salida de la iglesia, todos querían ver de cerca y contemplar a las Hermanas, pues su venida la consideraban como el mejor regalo que podía hacerles el cielo. Y así, casi en volandas, las condujeron a la pequeña escuelita donde se cantó una salve.

Quando la Madre se quedaba sola con sus hijas, después de escenas parecidas que se repitieron tantas veces en su gloriosa vida, salían de su corazón los más expresivos votos de acción de gracias a Dios, que tan glorificado era en sus humildes siervas, y las más fervorosas expresiones de su humildad, que lejos de sufrir quebranto en estas demostraciones del favor popular, más hondas raíces echaba en su alma.

De allí, y sin apenas tomar descanso ninguno, se encaminó a Cantavieja; aquel viaje fue una continuación de las ovaciones que ya había recibido. Acompañábanla, además de la Madre María Balaguer, y de la Madre Isidora Sangorrín, muchas señoras, y casi todos los sacerdotes que asistieron a la fundación de la casa de Iglesuela. En Cantavieja la fundación era un pequeño hospital costado por los esposos don Francisco Javier y doña Agustina Zurita.

Mientras estaba en las tareas de estas nuevas fundaciones, seguía con maternal y previsoramente mirada el desenvolvimiento de las casas que ya poseía la Congregación. El desarrollo de ellas era motivo de preocupacio-

nes para la buena Madre, por falta de recursos. Singularmente las dos casas de Salud de Madrid y Barcelona eran un tormento continuo, y solamente su fe indomable podía sostener aquella carga abrumadora. En ellos no murieron las Hermanas de hambre; pero pasaron los tormentos de las más crudas estrecheces, pues en ocasiones se les agotaba todo, menos el deseo de padecer. Las cartas que traían estas noticias a Zaragoza, eran uno de sus más exquisitos tormentos; padecer ella, no era nada; pero ver padecer a sus hijas, sin poder auxiliarlas, la traspasaba el corazón. De aquellos heroicos tiempos han quedado recuerdos de auxilios inesperados que el Señor les enviaba en horas críticas. Ya es una limosna que llega a punto para pagar una cuenta, en el momento en que a la Madre le presentan la factura para el cobro; ya es una R. O. que se juzgaba imposible el obtenerla, para las obras que se estaban realizando en el Colegio de Alcañiz, y que la Hermana Teresa Gálvez, de santa memoria, llevó la solicitud al Sagrario antes de echarla al correo con aquella confianza audaz de todas las almas santas, y que se despachó en Madrid, y en muy poco tiempo, con el asombro de todos los que conocían el asunto. Dios había oído la oración, y las obras pudieron continuarse. Este era el espíritu de fervor y de confianza de aquellas primeras hijas de la Madre Pabla, formadas en su escuela.

El 2 de octubre del mismo año 1896, se encargaba de la escuela oficial de párvulos de Alagón, y el primero de abril del año siguiente 1897 en el mismo edificio inauguraba el hospital, con dos reales en caridad de limosna, por cada una de las Hermanas, y cinco cuando hubiera enfermos. Donde hubiera alguna necesidad urgente que remediar, pobres que asistir, niñas que educar, o pequeñuelos que recoger, es decir, dondequiera que se pudiera prestar algún servicio a los pobres sentíase fuertemente impulsada a aceptar la fun-

dación que se le ofrecía, aunque las condiciones fueran tales, que obligaran a las Hermanas a un régimen de rigurosa estrechez, pues una larga experiencia le había demostrado que en la gran casa de Dios nunca falta lo indispensable, y se puede contar con los fondos de las arcas divinas que son inagotables.

Antes de esta fundación del hospital de Alagón, el 10 de enero de este año 1897 se inauguró el colegio de Utiel. Intervino en el asunto el Rvdo. Padre Calasanz Rabaza, de las Escuelas Pías, por la gran necesidad que se sentía de una institución religiosa que formara cristianamente a las niñas; pero eran tan precarias las condiciones, que cuando la Madre anunció al ilustre escolapio que mandaba a las Hermanas, éste exclamó: "Esta mujer, o es una loca, o es una santa". Los hechos demostraron cómo la Madre estuvo acertadísima, al recibir para su Congregación lo que parecía una locura. No sin penas y sin grandísimas estrecheces, pero el colegio de Utiel ha dado mucho gloria a Dios y se ha desenvuelto hasta el florecimiento que hoy tiene.

El cielo bendecía copiosamente los afanes y trabajos de la Madre Pabla, "Como si el Espíritu de Dios, encariñado con su obra, después de haberla enriquecido con toda clase de virtudes en la oscuridad, se empeñara El mismo con su omnipotencia, ahora en dilatarla". Este éxito insospechado, no alteraba nada su profunda humildad; toda la gloria la refería al amo de la Congregación, en frase suya, al Sagrado Corazón de Jesús. No eran palabras solamente; era un convencimiento absoluto y una certidumbre, de que El, que veía su incapacidad, no la dejaría errar. Escribe a la Vicaria de las casas de América: "No se disgusten y estén acordes con las Madres, para que el Señor bendiga todas las casas; no nos hagamos amargas cositas que parecen contradicción; tratarlo con calma y unión y todo irá bien; ofrecerlo todo al Corazón de Jesús,

que es el Amo de la Congregación; estén seguras que no nos dejará errar." Contaba y se apoyaba también en la oración de tanta alma santa como había en la Congregación. Singularmente las que morían víctimas de la caridad, eran su mayor consuelo, y hacía consignar cuidadosamente sus nombres en el archivo de la Congregación, para perpetua memoria de todas las Hermanas. En dicha crónica, por ejemplo, se lee: "el 17 de noviembre de 1898 murió en Cantavieja la Hermana María Castel, de calenturas, que las había cogido asistiendo a los repatriados de Cuba"; y un poco más adelante hay esta otra acta: "el 19 de noviembre de 1898 salieron las Hermanas para asistir a los tifoideos del pueblo de Calcena. Después de haber prodigado a manos llenas los tesoros de la caridad, enfermaron dos de ellas gravemente: la Hermana Valentina Martínez y la Hermana Antonia Mora, y solamente cuando ya les fue imposible tenerse en pie, decidieron regresar a Zaragoza. A los cuatro días de su llegada falleció la Hermana Antonia Mora. Ocurrió esta santa muerte el 3 de febrero de 1899".

El 13 de abril de 1897, la condesa Viuda de Bureta proponía a la Madre Pabla el encargarse del Hospital de San Juan de Dios en la Corte, en nombre de la Reina, en donde se acogían las pobrecitas mujeres víctimas del vicio. Desde el primer momento se dio cuenta de la dificultad de la empresa; pero la abrazó con amor, y dio inmediatamente el sí en su corazón. A vuelta de correo contestó aceptando la oferta, y mientras se ultimaban los preparativos y se estipulaban las bases, fue eligiendo el personal, para que estuviera dispuesto para cuando S. M. las llamase. Muchas personas prudentes se extrañaron que tomara a su cargo un hospital de esa naturaleza; pues se concebía un hospital donde recogerlas y aislarlas completamente del mundo; pero un hospital donde sólo estuvieran breve tiempo para volver después con nuevos bríos a seguir

en la senda de corrupción, les parecía no sólo caritativa, sino perjudicial. No hicieron mella en ella esas reflexiones. La vista y la caridad de las Hermanas, el ambiente de una casa religiosa, les darían a conocer a Jesucristo, y eso era precisamente lo que ellas necesitaban: conocer al Gran Desconocido. El tiempo ha demostrado el acierto de sus presentimientos; esa casa de San Juan de Dios, de Madrid, es una de las glorias más legítimas del Instituto. Todos los años puede ofrecer una estadística gloriosa de almas que ha rescatado al demonio, y que con grandes esfuerzos, han salido del lodazal para emprender una vida honrada y cristiana, y a veces hasta fervorosa y santa.

El día 23 de septiembre de 1897, a las cuatro de la mañana hicieron las Hermanas su entrada en el hospital, yendo al frente de ellas la Madre Pabla y siendo recibidas por el señor Gobernador y la Guardia Civil, que las esperaban. Este alarde de fuerza y lo intempestivo de la hora, dan a conocer suficientemente la oposición que los enfermos estaban resueltos a sostener, contra el nuevo régimen que el Gobierno les imponía. Tal era la gritería y confusión y tales las amenazas de muerte, que las autoridades creyeron prudente que por el momento no se presentaran las Hermanas en las salas a prestar sus servicios.

Hubo sus sustos y disgustos el primer día; pero vino muy pronto la tranquilidad contra toda esperanza. "Me tocó, dice la Madre Dolores Barbuzal, hacer con la Madre Pabla la fundación de San Juan de Dios de Madrid, en la que tuvo que sufrir mucho. Era admirable cómo la Madre alentaba a todas las Hermanas, incluso a la que iba nombrada como Superiora, la Madre Veremunda: ella se ponía al frente del peligro y nos exhortaba con su palabra a soportar aquel sufrimiento con paciencia y resignación, diciéndonos que confiáramos en el Corazón de Jesús, que El nos ayudaría en todo, y pronto pasaría aquella tormenta como así suce-

dió, pues a los ocho días empezó a reinar la tranquilidad y la calma, y todas lo atribuíamos a las oraciones de nuestra Madre, que no cesaba de pedir al Sagrado Corazón por sus hijas, permaneciendo horas enteras al pie del Sagrario, mientras nosotras andábamos cuidando a los enfermos y vigilando a los sanos, que iban por la casa haciendo de las suyas, y nada bueno. Al cabo de quince días pudo darse por completo sosegado el temporal, tanto, que el día de la Virgen del Pilar, con general regocijo se inauguró la capilla.

El 9 de julio de 1898 aceptaba e inauguraba una escuela para niñas en Barbarin, pueblecito de Navarra, y al día siguiente, 10 de julio, el hospital-colegio de Cariñena. La cinta gloriosa de fundaciones se sucedía casi sin interrupción, y apenas si le quedaba tiempo entre dos consecutivas, para despachar los asuntos múltiples que a la vuelta de sus excursiones le esperaban en su despacho de Zaragoza. Afortunadamente el Señor le había dotado de una capacidad extraordinaria de trabajo; por otra parte su gran exactitud multiplicaba sus horas, pues no había minuto en el día que no lo tuviera reglamentado y sometido al deber. El 29 de octubre de 1899 se hacía la fundación de Forcall (Castellón): una escuela para niñas, cuyos fundadores fueron don Mariano Guimerá y doña Petra Palos. Aquí tuvo la venerada Madre una gran consolación; nunca hubiera podido imaginar el fervor que reinaba en aquel escondido pueblo. Tenía en efecto este pueblecito la dicha de contar con un celosísimo sacerdote, verdadero apóstol, y bajo su experta dirección se había formado un grupo de jóvenes que iban muy adelantadas en la vida interior. Dios la llevaba para dar a conocer a la Congregación, y preparar así aquel excelente grupo de jóvenes que después fueron desfilando hacia el Noviciado de Zaragoza.

Apenas terminaba de arreglar estas fundaciones, cuando ya entraba en trato con doña Nicolasa Clave-

ría, que la instaba para que dejara establecido en su pueblo, Albalate del Arzobispo, una escuela de niños y un hospital. Lo único que la detenía era la dificultad del personal; pues aunque iban en aumento las entradas, esta serie de fundaciones las consumían, aparte del desarrollo de las casas de salud de Barcelona y Madrid, cuyo incremento no podía por menos de atender. Pero el Señor vino en su ayuda.

En el año 1900 comenzaron a venir turnos muy numerosos, y entonces pensó la Madre que podía acceder a los deseos de doña Nicolasa. No tardaron en llegar a un acuerdo, y se empezaron por ambas partes los preparativos necesarios. El 2 de mayo de 1902 se efectuó la inauguración, a la que asistió también la Madre Pabla como muestra del alto aprecio en que tenía a la fundadora. En ningún sitio, eso que estaba acostumbrada a recibimientos magníficos, lo hicieron con la pompa y solemnidad que en Albalate. Todo el pueblo estaba engalanado con tapices; a la entrada de él les esperaba el clero con el señor Regente, a la cabeza el Ayuntamiento y todo el pueblo en masa. El júbilo era delirante. Vivas atronadores se sucedían sin interrupción, mezclados con el disparo de cohetes y bombas. Costó algún tiempo organizar la procesión, siendo saludadas la Madre y las Hermanas a su paso, con estruendosas salvas de aplausos. Se dirigieron primeramente a la Parroquia, donde se cantó un *Te Deum*, y el señor Regente, tomando el homenaje tributado a las Hermanas, como un honor hecho a la religión, dio las gracias conmoviendo al pueblo, que tan bien había sabido agradecer al Señor el beneficio que les hacía al traer aquellas santas religiosas, para su instrucción y consuelo. De la Parroquia fueron al hospital, habilitado en un antiguo convento de capuchinos. Les acompañaba en este viaje el Director del Noviciado, Padre Juan Buj, que estaba no menos admirado que la Madre, del entusiasta recibimiento que les habían dispen-

sado. Al día siguiente fue la Misa solemne de la inauguración; el sermón lo predicó el Padre Juan: un sermón magnífico, como todos los suyos. "Hacéis bien en alegraros, decía al pueblo, pues las Hermanas vienen a enseñar a los pequeños a vivir bien, y a los ancianos a morir bien, la única sabiduría que se puede llamar tal, porque ante todo lo que debe preocuparnos es saber vivir bien la vida que el Señor nos ha dado." Después de haber dejado establecida la casa, y funcionando con normalidad todos los servicios, regresó a Zaragoza, para descansar un poco de tiempo.

## *Viaje a América*

### *Centenario de los Sitios*

Capítulo General de 1906. — Viaje de la Madre a las casas de América. — Estado de aquella provincia. — Muerte de la Madre Jerónima. — Sale por primera vez a la luz la figura de la Madre Rafols con ocasión del centenario de los Sitios. — Parte que tomó la Madre Pabla en estos primeros trabajos.—Quedan los restos de la admirable fundadora entre sus hijas.

EL 25 de noviembre de 1906 daba comienzo sus trabajos el Capítulo General, saliendo reelegida por segunda vez la Rvda. Madre Pabla. Los doce años que llevaba al frente de la Congregación, la habían granjeado un afecto general, que irá creciendo hasta la fecha de su preciosa muerte.

Una vez reelegida para el cargo supremo de la Congregación, pensó en girar la visita a las casas que la Congregación tenía establecidas en Venezuela. La fundación de esa próspera provincia se debe a la Reverenda Madre Martina Balaguer, que acogió con gran ale-

gría el encargarse de la leprosería de la isla de la Providencia, fundación que tan bien encajaba con el espíritu de abnegación y heroísmo del Instituto. No hubo ninguna dificultad en reclutar el personal necesario; toda la Congregación recibió como un regalo del cielo aquella fundación en condiciones tan excepcionales de sacrificio lejos de la Patria, y para encerrarse en un islote pequeño, sin otra compañía que la de los pobrecitos enfermos, atacados de tan terrible y repugnante mal. No tuvo la Madre Martina tiempo para ver el desarrollo de esta gran obra. El Señor se la llevó al cielo para premiar sus grandes virtudes; pero este legado preciosísima lo recogió la Madre Pabla con grande amor, y cuidó de él con particular esmero.

La isla de la Providencia está asentada en el lago de Maracaibo, a cuyas orillas se yergue majestuosa la bella ciudad del mismo nombre. Encantados los venezolanos de la caridad y abnegación de las Hermanas, pronto empezó la petición de fundaciones, y comoquiera que en España también se extendía el radio de acción de la Congregación, toda la buena voluntad de ayuda a aquellas jóvenes fundaciones, se extrellaba con la falta de personal. Se pensó y se estableció un noviciado, para ayudar a las hermanas españolas, con otras del país, pero este favor y entusiasmo del pueblo de Venezuela, no pudo impedir las grandes dificultades que siempre acompañan a las obras destinadas a perpetuarse y hacer mucho bien. No fue la menor de ellas, la guerra civil, y a tanto llegaron las cosas, que la primera visitadora, Madre Isabel López, vino tan mal impresionada, que por su consejo se hubieran repatriado todas las Hermanas. No lo permitió el Señor, porque esta medida hubiera sido despojar al Instituto de uno de sus más ricos florones: de todas formas, aunque hubo necesidad de levantar muchas casas de las ya fundadas, quedaron en pie las principales y, sobre todo, el lazareto de la Providencia. De paso queremos hacer constar que la po-

breza fue también la cuna de las casas de América, favor incomparable que nunca agradeceremos bastante al Señor.

Inmensos deseos tenía la Venerada Madre de estrechar aquellas hijas privilegiadas, y terminado el Capítulo de 1906, les anunció junto con su nombramiento, su próxima visita. Bien merecían las Hermanas de América esta prueba de amor de su Reverenda Madre General. Habían sufrido muchísimo, coronando la serie de desastres, el derrumbamiento por falta de solidez de un hermoso colegio recién edificado, en el que habían gastado considerables sumas. Cuando la Madre Pabla recibió la triste noticia dijo: "Bendito sea Dios; El sabe el espíritu con que fueron a aquellas tierras; El levantará la mano".

El 6 de agosto salió de Zaragoza para Barcelona donde había de embarcar, acompañada de la Hermana Valentina Sábado. En la estación le esperaban con impaciencia, y en ella pudo estrechar a la Madre Jerónima Molerés, Superiora del Hospital Clínico, que se había ofrecido voluntariamente a acompañarla a pesar del horror que le causaba tal viaje.

El 11 salieron de aquel puerto a bordo del "Manuel Calvo", llegando a Curacao el 15 de septiembre. Ya había allí Hermanas esperándolas, y estos primeros abrazos las compensaron ya de los muchos sinsabores y trabajos pasados en los años de separación. Sin pérdida de tiempo prosiguieron su viaje hacia Maracaibo, donde llegaron el 18 del mismo mes, que por una coincidencia providencial, era la misma fecha en que 17 años antes habían desembarcado las primeras Hermanas. Fue recibida la Rvda. Madre General con grandísimo entusiasmo: Las escenas de la llegada de las primeras Hermanas, en medio de la aclamación de todo un pueblo enardecido, con sus autoridades civiles y eclesiásticas al frente, se reprodujeron y casi se acentuaron. Venía precedida de una fama general de santidad, y su hu-

milde naturalidad y sencillez, completaron y agrandaron el juicio que de ella se habían formado. No pudo ocurrir en época más oportuna la visita de la Rvda. Madre Pabla. En agosto de 1907 dictó el Gobierno la Orden de reclusión en el Lazareto de la isla de la Providencia de todos los leproso que moraban en los hospitales de Mérida, Trujillo y Táchira, y de cuantos vivían ocultos por los montes y aun en los hogares particulares. Llegaban al Lazareto deshechos, en barcazas enteras, hacinados como si fueran bestias: en poco tiempo se recluyeron de esta manera más de 600. Es de suponer el trabajo sin límites que esta aglomeración de enfermos producía a las Hermanas, y en estas circunstancias precisamente recibieron la visita de su Madre General. Quedó la Madre impresionada hasta lo sumo ante el espectáculo que ofrecían aquellos pobrecitos, y allí se hubiera quedado siempre a su servicio, si la voluntad de Dios no la llamara a otra parte. Lo manifestó muchas veces, y daba gracias a Dios por haberlas inspirado aceptar una obra tan heroica y de tanta caridad. En las largas conversaciones que tuvo con las Hermanas repasaban con gozo los trabajos pasados, y veían la mano de Dios en el sostenimiento casi milagroso de aquel Lazareto, pues fueron bastantes las Hermanas que en los primeros tiempos murieron apenas llegar, víctimas de las fiebres, hasta el punto de que se llegó a pensar que Venezuela sería el cementerio de las jóvenes religiosas que iban llegando.

Tuvo el consuelo de ver el espíritu fuerte y abnegado de las Hermanas, que sostenían los trabajos de aquellos meses a pie firme, sin descansar día y noche, y tanto más contentas cuanto mayor era el sacrificio que se les exigía. No se apagaba en la Congregación el temple heroico de las primitivas Hermanas, y al verlo sentía crecer el reconocimiento hacia el Corazón de Jesús, y más, cuando su ojo de Madre vigilante pudo comprobar, cómo esos trabajos extraordinarios se hacían sin que

se alterara la distribución ordinaria de la Comunidad, que asistía puntualísima a los actos de regla.

Pero compadecida de aquel esfuerzo, superior a la resistencia humana, les prometió que en cuanto llegara a España les enviaría un refuerzo de Hermanas, como en efecto lo hizo. Habló particularmente con cada una de sus hijas, dejándolas encendidas, llenas de deseos de acabar sus días en aquel glorioso empleo, y se despidió del Lazareto envidiando la suerte de las Hermanas destinadas a él, y dejando aún más consolidados los lazos de estrecha caridad entre todas. Lo mismo podríamos decir de las demás casas: el espíritu de fervor y observancia que reinaba en ellas la dejaba tranquila y segura de la prosperidad y expansión de aquella querida provincia. Pero era preciso pensar en la vuelta, que había de quedar sellada con un gran sacrificio.

El 4 de noviembre, tres días antes del designado, para la vuelta a España, se sintió con fiebre la Madre Jerónima. El 6 por la tarde la encontraron los médicos sin fiebre, por lo que creyeron que había sido una sencilla fiebre de aclimatación, y no la amarilla, como se temió en el primer momento. Pero a la noche de ese mismo día, subió la fiebre hasta 42°, presentando el síntoma fatal del vómito negro, que hizo perder toda esperanza. A las nueve de la mañana del día 7 de noviembre, en que había de verificarse el viaje para España, entregó su alma en manos del Señor esta benemérita Madre, en medio de las lágrimas copiosas de las Hermanas, y asistida por el Ilmo. Sr. Vicario Capitular y los Padres Agustinos de Maracaibo. Todavía no se había dado sepultura al cadáver de la Madre Jerónima, cuando la Madre Pabla salía de Venezuela con el corazón contristado, al pensar en el desconsuelo en que dejaba a sus hijas de Venezuela, y en el no menor que causaría a las de España, al verla regresar sin aquella compañera que tan generosamente se había ofrecido a acompañarla.

El 19 de diciembre saltaron a tierra en Barcelona a las diez de la mañana, en medio del gozo inmenso de las Madres y Hermanas que estaban ya en el puerto a la hora del desembarco. Si no hubiera sido por la muerte de la Madre Jerónima, ¡qué alegría la de aquel recibimiento!; pero esa gotita de amargura en la copa de la dicha, les enseñaba que éste es el mundo de la separación, y que los goces sin mezcla de pesar y amargura, son patrimonio del cielo. El 23 salieron para Zaragoza, donde fue recibida con la alegría que es de suponer. El 2 de enero se cantó una misa en acción de gracias, y el 14 un funeral por el alma de la Madre Jerónima.

El centenario de los Sitios se celebró en Zaragoza con una solemnidad, no sólo sin precedentes, sino que es difícil se vuelva a producir con un júbilo y esplendor parecido de todo un pueblo, que con verdadero frenesí aplaude y vitorea a los héroes de aquella epopeya, que hicieron de Zaragoza la ciudad inmortal, asombro del mundo. "El glorioso centenario, agavillando huesos de héroes, dice el Padre Calansanz Rabaza en su obra *Heroísmo y Santidad*, y desempolvando nombres de patriotas, tuvo el acierto de sacar a la superficie de la historia, con el magnánimo y celoso misionero el sacerdote don Juan Bonal, la interesante y bellísima figura de Madre María Rafols, puesta en pie ante la admiración y culto de la Patria, y colocada en línea de apoteosis con las grandes heroínas de la ciudad del Ebro".

¿Quién fue el sabio investigador, que revisando viejos papeles, se halló ante aquella figura singular, tan humilde y tan grande, tan oculta y, no obstante, de tan brillante historia? ¿Fue la casualidad? No, ciertamente.

En el año 1904, como hemos dicho, se celebraron con motivo del centenario de la Congregación solemnísimas fiestas en todas las casas del Instituto; en la fundación de Monzón fueron brillantísimas: asistió a ellas don Ma-

riano Pano, bien conocido por su competencia en cuestiones históricas. Con este motivo se habló mucho en aquellos días de la Madre María Rafols y del Padre Juan Bonal, que fue poner a don Mariano sobre la pista. Regía entonces como Superiora la casa de Monzón, la Madre Concepción Los Arcos, compañera e hija de la Madre Pabla en los caros años del hospital de Alcañiz, y una de las Hermanas que por haber vivido más íntimamente con ella, la tenía en un alto concepto de santidad. Dio cuenta, pues, a su querida Madre Pabla de las conversaciones sostenidas con don Mariano Pano, y al constituirse no mucho después, la Junta para el centenario de los Sitios, y formando parte de ella, casi por derecho propio, en atención a sus relevantes méritos don Mariano, en él vio la Madre Pabla el hombre providencial que el Señor les ponía delante para el logro de sus deseos.

Encomendó, pues, a la Madre Concepción insinuase a don Mariano Pano cómo con toda justicia podía la Madre Rafols figurar en el grupo de las heroínas, pues su humilde y simpática figura se destacaba con todo vigor, como ángel de paz y de consuelo, en el cuadro dantesco de los Sitios. Hizo la Madre Concepción el encargo de Madre Pabla, con aquel cuidado que ponía en todo lo que ésta le ordenaba, y aquella franqueza tan peculiar en ella; pero no necesitó insistir demasiado: pronto comprendió don Mariano la justicia de aquella petición, y presentó a la Junta del Centenario por primera vez el nombre de la Madre María Rafols hasta entonces desconocido. Decimos desconocido y hemos de rectificar; no era desconocido, sino solamente estaba olvidado. En la misma Junta y como iniciador de ella figuraba el M. I. Sr. don Florencio Jardiel, a quien aquel nombre bendito le recordaba una historia de amor y sacrificio, que había oído relatar a su mismo padre. Más tarde dirá de ella: "La conoció mi padre, frecuentó su trato, y me hizo siempre de ella los mayores elogios.

Más alta que baja, me decía, y nada gruesa, se mostraba en todo caso muy atractiva y atraente. Hablaban sus ojos el lenguaje de la modestia, y todo en ella infundía respeto. A su lado sentía uno a la vez encogimiento y confianza. Era dulce en su trato, y de fácil acceso a su persona; pronta a responder a toda manifestación elevada y a todo deseo plausible, y efusiva también en ocasiones, cuando la caridad lo pedía". Además de don Mariano Pano y del señor Jardiel, formaban también parte de la Comisión ejecutiva los señores Laguna, Paraiso, Lasierra, don Félix Cerrada, don Juan José Gasca, etc., que conocían por distintas razones a la Congregación, habían visto de cerca su desenvolvimiento, y más o menos tenían noticias de la egregia Fundadora.

No hubo, pues, oposición ninguna, sino al contrario, un gozo grandísimo en todos aquellos ilustres señores, al poder reparar la falta que Zaragoza había cometido con aquella santa, que tanto consuelo prestó e hizo tal derroche de abnegación en los tristes días de los asedios, y poder repararla noblemente, concediéndole los máximos honores, y encubriendo su excelsa figura sobre sus mismos hechos a los ojos atónitos de la Patria.

Del corazón de la Congregación, pues, brotó la primera chispa de exaltación de la gloriosa heroína. El amor de sus hijas la sacó del oscuro olvido en que yacía su nombre, y a la Madre Pabla le cupo la suerte y el honor de trabajar en esa restauración gloriosa, cuyo primer paso se dio en el año 1908. "Desde entonces, dice el Padre Calasanz Rabaza en su obra citada, enardeciéndose el cariño y la piedad de sus hijas, con la evocación de sus recuerdos, se pensó con creciente ahinco enaltecerla, y en esperar de Dios y de su santa Iglesia la exaltación de la mujer fuerte, de la madre ejemplar, a quien ciñe corona de gloria y honor su fervoroso Instituto".

Aprovechando las fiestas del Centenario, y queriendo cooperar a los honores que a la Madre Rafols se le tributaron con aquella ocasión, declarándola Heroína de la Patria en el Congreso Histórico Internacional celebrado en Zaragoza, la Comunidad puso en conocimiento de la Junta ejecutiva del Centenario de los Sitios, que se celebrarían solemnes honras fúnebres en la iglesia del Hospital a las diez y media de la mañana del día 3 de agosto. La Comisión tuvo la amabilidad de incluir este acuerdo del Instituto en el programa de los actos.

A la hora prefijada presentaba la iglesia del Hospital brillantísimo aspecto. El templo, severamente adornado, tenía un elevado túmulo cubierto con la bandera nacional. Asistió el Ayuntamiento en corporación escoltado por la guardia municipal y maceros, Excmo. señor Arzobispo, Excmo. señor Capitán General, Presidente de la Diputación, el ex Rector de la Universidad, el cuadro de Doctores del Hospital y muchos médicos de la localidad, guarniciones y comunidades religiosas y un público incontable, oficiando en la Misa el M. I. Sr. Deán don Florencio Jardiel. Por la tarde del mismo día 3, y por acuerdo de la comisión ejecutiva de la Junta del Centenario, se descubrió la lápida dedicada a la Madre María Rafols, a continuación de la que la misma Comisión había dedicado al héroe don Mariano Cerezo. Si solemne había resultado la función de la mañana, el júbilo y entusiasmo creció en la de la tarde.

Venía la procesión desde la Parroquia de San Pablo, ebria la muchedumbre de entusiasmo. Los vivas se sucedían sin interrupción; imposible pretender entrar en la iglesia del Hospital, que bastante antes de la hora fijada estaba abarrotada de fieles, deseosos de presenciar el acto. En el jardincillo de acceso y en las calles próximas no se podía dar un paso.

El Excmo. Sr. Arzobispo esperaba a la comitiva dentro de la iglesia. La Capilla del Pilar entonó un res-

ponso solemne en el que ofició el prelado. La lápida fue descubierta por el señor alcalde de Villafranca del Panadés, que había venido en representación del pueblo natal de la sierva de Dios, entregándole el cordón la Madre Pabla. Hizo el elogio de la Madre Rafols el Rvdo. P. Calasanz Rabaza. La lápida descubierta decía así: "Descanse en paz la Venerable Madre María Rafols, heroína de la Caridad, Superiora del Hospital de Nuestra Señora de Gracia en los años 1808-1809, Fundadora de la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Murió el 30 de agosto de 1853. La Patria y la ciudad, agradecidas, le dedican esta memoria en el Centenario de los Sitios".

Faltaba el último y más transcendental de los actos en honor de los Héroes. En una de las naves de la iglesia de Nuestra Señora del Portillo, en la última capilla del lado derecho, se estaba terminando de construir un magnífico mausoleo para colocar en él los venerables restos de las heroínas. En seguida comprendió la Madre Pabla los trastornos que para el porvenir podía ocasionar el acceder a este deseo de la Comisión Ejecutiva de los Sitios. Expuso sus miras al Excmo. Sr. Arzobispo que las aprobó con grande entusiasmo. En este, como en los demás actos de su vida, se ve su rara prudencia, su clara visión y también la mano oculta de la Providencia, que la guía en todos sus pasos y a la que ella se abandona sin ninguna reserva.

Con la aprobación de su prelado, y aquella amabilidad y fino tacto con que sabía dar una negativa, dejando no obstante contentos y satisfechos a todos, expuso a la Comisión los reparos para una traslación, pues no se creía con competencia suficiente para autorizarlo. Aquellos sagrados restos pertenecían a sus hijas, y convenía que no saliesen del Hospital, donde las jóvenes generaciones de Hermanas podían aprender los heroicos ejemplos de su admirable Madre. Su pensamiento era el día que se hiciera el traslado, el colocarlos en la

iglesia del Noviciado. Comprendieron los señores las razones que movían a la Madre para que los restos de la Santa Heroína no se movieran, y efectivamente quedaron en la cripta del Hospital donde hasta entonces habían estado.

Después de terminadas estas gloriosas fiestas, quedarán en suspenso otra vez por un buen número de años los trabajos para la exaltación de la amada Madre; pero no querrá el cielo que muera la Madre Pabla sin poner su mano en los primeros pasos para la beatificación de la sierva de Dios.

*Prosigue la obra de las fundaciones  
La Madre Pabla en la vida de familia*

La obra de las fundaciones. — Nuevos horizontes que abre al Instituto. — Relaciones individuales de la Madre en la vida de familia con cada una de sus hijas. — Virtudes que practicó en ellas. — El Noviciado de Zaragoza, hogar universal de la Congregación y lazo de unión entre las distintas fundaciones.

MIENTRAS llevaba a cabo obras tan importantes, como fueron la visita a las casas de América por los frutos espirituales que a ellas se siguieron, y los trabajos para sacar a luz la figura excelsa de la santa Fundadora, proseguía incansable la tarea, verdaderamente espléndida, de nuevas fundaciones.

En el verano de 1906 se le propuso la fundación de un nuevo Hospital, el Hospital Clínico de la Facultad de Medicina de Barcelona, que se estaba construyendo por aquel tiempo. Esta fundación es la más importante de todas las llevadas a cabo por la Madre Pabla, por el número de Hermanas, que han llegado a 105, y por

los copiosos frutos espirituales que en ella se han recogido. El 4 de septiembre de 1906 se reunía la Junta administrativa del Hospital Clínico y su Presidente el doctor Morales puso a la consideración a los señores reunidos las bases o condiciones que exigían las Hermanas, y a las cuales se habían de ajustar sus servicios. Sin discusión en ninguno de sus artículos fueron aprobadas por unanimidad, y dos días más tarde se recibía la aceptación de las mismas en el Noviciado. Previo el permiso del señor Gobernador y del Emmo. Sr. Cardenal Casañas, prelado de Barcelona, a primeros de septiembre fueron seis Hermanas a petición de los señores de la Junta, para ir recibiendo muebles y enseres, y estar al frente de los trabajos preparatorios de instalación y arreglo de las salas durante el día, durmiendo en nuestra casa de salud. El 5 de octubre y en número de veinte quedaron ya definitivamente instaladas en el Hospital Clínico, disponiéndolo todo para la inauguración, que se fijó en el día 2 de enero de 1907. En esa fecha ya se habían reunido cuarenta Hermanas; de manera que desde el principio fue una Comunidad numerosa, quedando al frente como Superiora la Madre Jerónima Moleres. Actualmente, además de la asistencia directa a los enfermos, prestan sus servicios en las salas de operaciones, gabinetes de rayos, farmacia, etc., y en todos estos múltiples ministerios, el espíritu apostólico de las Hermanas ha conseguido grandes triunfos para Jesucristo, arrancando de las garras del diablo en el momento crítico de la muerte, o preparándolas para una vida cristiana, a una muchedumbre, hoy ya incontable, de almas, que se hubieran perdido sin su oportuna intervención.

El mismo día 2 de enero, en que se inauguraba la gran casa del Hospital Clínico de Barcelona, se abría también otra muy reducida, la Hospedería de la Virgen del Pilar, pero muy simpática por su historia y por su objeto.

Con motivo del acontecimiento tan grande para Zaragoza de la Coronación Canónica de la Santísima Virgen del Pilar, ocurrida el 20 de mayo de 1905, entre las muchísimas personalidades que vinieron a honrar a la Santísima Virgen del Pilar, fue una, la Excm. señora Condesa de Arcentales, que residía habitualmente en Madrid. Emocionada, sin duda, y llena de santo celo la piadosa condesa al ver miles y miles de almas postradas ante el Pilar bendito, pensó en la multitud de enfermos pobres que por falta de recursos no tendrían el consuelo de venir a besar la santa columna. El noble corazón de la Condesa concibió un proyecto: crear a sus expensas una Casa-Hospedería con doce camas para enfermos pobres, los cuales podrían estar en ella tres días, terminados los cuales serían reemplazados por otros, y esto durante un período cada año, que había de durar de enero a mayo. La misma Condesa propuso esta fundación a la Madre Pabla, que la acogió con indecible gozo; y pronto estuvieron arregladas las bases, con alegría por ambas partes. Se alquiló un piso en la calle de Santiago, y arreglado que estuvo, se procedió a la inauguración, bendiciendo la capillita de la casa el Excmo. Sr. Arzobispo, habiendo venido expresamente para el acto la fundadora y su esposo, el Conde de Arcentales, estando también presente un selecto grupo de personalidades de Zaragoza.

Al repasar la larga lista de fundaciones llevadas a cabo por la Madre Pabla, y ver el distinto matiz de cada una de ellas, puede apreciarse lo inmenso de su corazón, todo abrasado en amor de Dios y del prójimo. No había necesidad a la que no abriese los tesoros de su amor, enviando para socorrerla y aliviarla algún grupo de sus hijas.

El 10 de octubre inauguraba en Lerín un hospital, una escuela oficial de párvulos costeada por el Ayuntamiento, y un colegio de niñas por cuenta de la Comunidad. Para la inauguración de estos ministerios acudió

personalmente la Madre Pabla con su Secretaria la Madre Clara Núñez, el Padre Director de las Novicias, Padre Juan Buj, las superiores de las casas de Estella, Allo y Barbarin, y un número de Hermanas que contando las fundadoras llegaron a 17. Llevaron consigo una hermosa imagen del Sagrado Corazón de Jesús, regalo del Noviciado, al que se consagraron. Al quedarse solas en la intimidad, después del solemne recibimiento que les habían dispensado, estando todas las Hermanas alrededor de la imagen, les dijo el Padre Juan: "Ya tenéis bastante. El, os lo traerá todo". Y así ha sido en efecto; un cúmulo de bendiciones han llovido siempre sobre esta casa, que la Madre Pabla colocó desde el primer momento bajo la guarda del Corazón de Jesús. Citamos además esta casa de Lerín porque en ella brotó el primer chispazo misionero en el Instituto. Al desperatar España para la gran obra de las misiones, y llegar el eco de aquel movimiento al rinconcito de Lerín, prendió con entusiasmo la idea, que se cultivó con gran amor, y dio excelentes y sazonados frutos.

Pero no sólo iba abriendo casas, para que en ellas fuera glorificado el Señor, sino que también dio orden de que se acogiera con el mayor cariño y se facilitaran los locales de ellas, para cualquier obra de apostolado que los necesitaran. Y así se hizo, incluso para tandas de ejercicios semi-internos, suspendiendo cuando era preciso las clases por dos o tres días, a fin de que las Hermanas pudieran atender mejor a los preparativos. No hay obra apostólica que no encontrara en ella un apoyo, inculcando a sus hijas el amor al sacrificio, hecho puramente por Dios, con magnanimidad y sin reparar en molestias, y cuanto más oculto y desconocido el trabajo mejor.

El 27 de diciembre de 1911 firmaba las bases e inauguraba un asilo en Estella para ancianos. De esta manera iba completando el ciclo de los múltiples servicios del Instituto.

El 27 de marzo de 1908 se inauguró el nuevo colegio de Estella. Instaladas ya hacía muchos años en el hospital, a petición de los vecinos, se abrió una escuela como sección complementaria de los servicios de beneficencia, regidos ambos ministerios por una sola superiora. Pronto se vio la necesidad de instalar independientemente el colegio, por la gran afluencia de niñas. Al efecto compró la Madre Pabla una casa con su huerta, donde se trasladaron las Hermanas dedicadas a la enseñanza con su superiora, ya independientemente del hospital, formando dos Comunidades, el 27 de marzo como hemos dicho del año 1908. Providencialmente le vino a la mano la adquisición del hermoso edificio que hoy ocupa el colegio, y se hizo el traslado el 23 de febrero de 1914, llevándose el Santísimo de una casa a otra con una solemnidad extraordinaria.

Pero los graves deberes y múltiples cuidados que la admirable y rápida extensión de la Congregación le proporcionaban, el incesante ir y venir a que le obligaba su vida de fundadora, en modo alguno debilitaban aquel carácter maternal, que fue una de las notas más destacadas de la Madre.

Con absoluta convicción y seguridad podemos afirmar, que lo que principalmente arriastraba el corazón de las Hermanas eran aquellos matices de finísima caridad con que trataba a todas sus hijas, para las que era Maestra, enfermera solícita, y por decirlo en una palabra, verdadera Madre, pero Madre según el Corazón de Dios.

Aquel despacho pequeño, donde tantas horas pasó, se convirtió en centro de vida para la Congregación. Allí, sola con Dios, a la vuelta de sus viajes, o cuando la enfermedad le dejaba lo suficiente para poder entregarse a sus ocupaciones ordinarias, la encontraban las Hermanas siempre que le necesitaban. En cuanto oía llamar a la puerta, levantaba la vista de su trabajo, y una expresión de bondad y la dulce sonrisa con que acogía a la recién

llegada, abría la puerta de la confianza. Oía con calma, con agrado, sin demostrar la más ligera señal de impaciencia, sin regatear un tiempo que nunca le parecía demasiado, para consolar y aliviar a sus religiosas; parecía que no tenía otra ocupación, y en efecto, para ella ésta era la primera.

En sus relaciones maternas con sus hijas, procuraba lo primero formar caracteres viriles, teniendo declarada guerra a muerte a esos pequeños asimientos que, aunque parecen hilillos delgados, detienen las almas en su progreso espiritual. Escribe a una superiora: "Vd. poco a poco vaya desprendiéndose de la casita que ha dejado, y pueda ofrecer así al Señor algún pequeño sacrificio, que todo será pequeño si miramos a nuestro Divino Maestro Cristo Jesús. No hay que detenerse en esas pequeñeces, que es muy pobre para una Superiora que lleva ya algunos años de santo hábito". Aquí se detiene la buena Madre, y termina con esta frase que es una revelación de la ternura del todo divinizada de su excelente corazón: "Esta, hija mía, va de Madre, que la quiere muy santa".

No dejaba por ningún concepto el deber de la corrección; pero aunque ponía el dedo en la llaga, curaba con bondad soberana, de tal modo que no quedaba rastro de amargura en el corazón de las corregidas, y sólo agradecimiento sin límites. Pero no era menos hábil en el arte de estimular a las Hermanas en los senderos del sacrificio que las hace hermosas. En su correspondencia, siempre hay una frase, un rasgo, a veces una sola palabra, que levantan el corazón y lo animan al esfuerzo: "Jesús quiere que suframos para que ganemos el cielo como buen Padre, que quiere lo mejor para sus hijos". Escribe a las Hermanas de América: "En todos los puntos hay temporadas de tribulación; el Señor no lo quiere, pero lo permite para que tengamos algún mérito delante de Dios; más sufrieron los Santos, y Nuestro Divino Redentor va delante, para que no desmayemos

y abracemos bien de medio la cruz, que así no se nos hará pesada, y la llevemos hasta el fin de la vida". Y termina: "Santa perseverancia: buen ánimo y adelante con la cruz". Esta era su frase favorita con que estimulaba y animaba a las valientes.

Además de ser una excelente forjadora de caracteres, era también una incomparable Maestra, que enseñaba lo conveniente, teniendo en cuenta las circunstancias y caracteres de cada una. A una Superiora, consternada por un grave peligro que había dentro de la casa, para la vida espiritual de las Hermanas, le dice: "No se aflija en demasía: si se muere de vieja tendrá V. ocasión de comprobar qué débil es el corazón del hombre, y en ocasiones qué perverso. Pero el Señor cuida de los suyos, como ha ocurrido en esta ocasión. Sin dejar de vigilar, porque esa es nuestra obligación, tenga fe en esa Providencia admirable". Su caridad y el conocimiento que tenía de la vida, resplandecía al dar consejos a las jóvenes cuando las mandaba a las fundaciones. Ni una sola palabra que pudiera turbar la tranquila posesión de su inocencia; pero tampoco dejaba de advertirlas sobre los peligros que pudieran encontrar, y que no los tendrían, si eran claras para manifestar las impresiones y movimientos de su corazón a la Superiora. Y como las amaba con amor sobrenatural, tenía una especie de instinto divino para conocer las almas turbadas, y gracia especial del Señor para serenarlas. Sobre todo con las tentadas en su vocación tenía una paciencia sin límites, y muchas le debían su perseverancia.

Era, por tanto, una Madre tan abnegada que inspiraba, como decíamos antes, verdadera confianza; pero al mismo tiempo tan recatada, que jamás inspiró una simpatía demasiado humana. Nada pasaba desapercibido para el ojo vigilante de su amor maternal. Salía una noche del refectorio y se aproximó a una Hermana joven: —¿Qué le pasa, Hermana, que no ha cenado? ¿Está enferma? —No, madre. "Pues entonces, añadió sonrien-

te, no se enfade con la comida". La Hermana quedó maravillada de cómo pudo observarla, por estar muy distante de ella en la mesa, y a la vez agradecida de su cuidado maternal. Llegó una Hermana de una fundación distante: terminada la refección pasó a besarle la mano según costumbre. —Quédese, le dijo, que he dado orden que le sirvan leche. La encuentro un poco desmejorada. Muchas veces se levantaba a servir el pan o el agua a las últimas mesas; no había modo de hacerle comer los postres; "para las Hermanas, decía", y los distribuía ella misma unos días a unas, otros a otras, con tal agrado y amabilidad que encantaba. Cuando marchaban las Hermanas de viaje, bajaba a la cocina para ver qué provisiones les ponían para el camino: antes de la hora del coche, ya estaba ella en la portería para darles el abrazo de despedida. No se le pasaban por alto esos pequeños respiros, que son un verdadero alivio para hacer agradable la vida. Tenía costumbre a las Hermanas que iban a América escribirles para el día de su Profesión: Uno de los turnos se le pasó por alto, y he aquí la carta que les escribió para reparar este olvido... "Supongo que habrá pasado lo mismo que a la Hermana Bibiana, que habrá esperado mi carta todo el año, sin que le llegue, y por eso el buen Jesús ha permitido que llegara a mis oídos que no les escribí para su profesión. La causa fue el estar muy ocupada y se me pasó por alto, pero ya saben que mi gusto es dar un gusto si me es posible. Ahora, para que celebren el primer año de su profesión, les escribo y les doy la más completa enhorabuena y la estampita de recuerdo con la Sagrada Familia para que las acompañe en vida y en muerte".

Este era el corazón de nuestra Madre: estas cartas las escribía a jovencitas casi al comienzo de su vida religiosa, y siendo ella muy anciana y cargada de achaques. En lo tocante a sus hijas, todo pasaba por su mano, y nunca le parecieron excesivos estos cuidados; descendía

hasta los más insignificantes detalles. "El lunes, escribía a la Superiora de Calatayud, saldrán en el tren mixto cinco Hermanas, para el día siguiente ir a Valencia. Entre ellas va la Hermana Carmen Ruiz, hermana de la Hermana Julia, para que puedan estas juntas hasta salir el martes de madrugada".

Era una alegría para la anciana Madre el asomarse a la ventana que caía a la huerta para echar caramelos a las novicias durante la recreación. A veces bajaba ella también a darse un paseíto, y era un gozo para aquellas jóvenes el ver cómo su Madre General las conocía por sus nombres, se interesaba por cada una de ellas, con un afecto tan delicado, cual no se podían ni habérselo imaginado. No había una pena, una dificultad, un tropiezo, que no lo adivinase, y al momento ya estaba allí con su carta, y si le era posible, con su presencia. Nos haríamos interminables, si hubiéramos aunque fuera a la ligera de citar las numerosas cartas que escribía, sólo para dar un consuelo o un simple consejo. Este era el secreto de su éxito. En sus grandes virtudes de penitencia, de prudencia, etc., se la admiraba; pero lo que atraía los corazones y los sometía al dulce imperio de su voluntad, que no era otra que la de Dios, eran lo que se llaman las pequeñas virtudes, que las cultivó con esmero: condescendencia, amabilidad, dulzura, modestia, etc.

Con el rápido crecimiento de la Congregación había peligro se pudiera perder aquella unión que siempre había habido, y que ella misma había disfrutado en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Era realmente una familia, y la estrecha unión que la persecución, incomprendiones y estrecheces habían producido, las hacían no sólo soportables a esas cruces, sino dulces, y frecuentemente daban ocasión a verdaderas y puras alegrías. El verse todos los días, el sentarse a la misma mesa, el prestarse mutuos auxilios, eran lazos de unión que habían hecho de todos los corazones un solo corazón. Dispersas en sitios tan lejanos unos de otros,

podría no romperse, o por lo menos enfriarse, este espíritu fraternal? A este peligro procuró poner un eficaz remedio. Hizo del Noviciado, no sólo una escuela de perfección para las jóvenes novicias, sino además, gracias a su celo, se convirtió también en el Hogar universal de la Congregación. Quiso y lo consiguió que fuera en realidad lo que tenía que ser: una casa modelo de regularidad y de observancia. Ella iba delante con el ejemplo; esclava de su deber a él se sometía sin tener para nada en cuenta las necesidades del cuerpo, que se había acostumbrado, como dócil siervo, a los mandatos de aquella alma verdaderamente señora, a la que ayudaba con sus escasas fuerzas. Un ejemplo tan sostenido de regularidad y esto en la cabeza, tenía que ejercer una grandísima influencia, como en efecto la ejercía. El orden y el silencio envolviendo a la casa entera comunicaban a las almas esa serenidad tan necesaria para el trato íntimo con Dios. Consciente de sus deberes de Superiora, no sólo estimulaba con su ejemplo de regularidad constante aun a las más flojas, sino que advertía, corregía y a veces castigaba; pero siempre con paciencia, siempre con suave firmeza, teniendo en cuenta que no todas las almas pueden ir al mismo paso. Y a este orden, a esta regularidad, hay que concederle el primer puesto entre los medios que empleó para conseguir su fin. Esta vida uniforme, austera y silenciosa, estaba salpicada de fiestas íntimas que estrechaban más y más los corazones con los lazos de una santa dilección. Aparte de las solemnidades del culto público en la Iglesia, que siempre procuró realzarlas con todo esplendor, fomentaba la santa alegría, con reuniones familiares extraordinarias, funcioncitas a las que sólo acudía la Comunidad, de las que salían las Hermanas con doblados alientos para seguir la senda del sacrificio y abnegación. Sobre todo el misterio de Belén y las solemnidades pascuales, robaban todos sus encantos. ¡Qué dulces recuerdos!

Orden, exacta observancia, silencio y santa alegría, fomentados y promovidos con empeño, hacían ya del Noviciado una casa de bendición. Cada tres meses se daba una tanda de ejercicios, y corrientemente los daba el Padre Juan; había, pues, unidad de enseñanza que consolidaba la unidad de espíritu. Estos ejercicios cuya doctrina siempre nos parecía nueva a pesar de oírlos con tanta frecuencia, además de las Hermanas profesas residentes en la casa, los hacían también las Hermanas de vestición, votos temporales y Profesión Perpetua y un buen número de Hermanas de las casas de Zaragoza y aun de fuera de la capital. En el turno que los hacía la Madre, completaba el ciclo de enseñanzas recibidas con una exhortación a la práctica de lo más perfecto. Era un deber del que jamás se dispensó, ni aun en el último año de su vida.

Diseminadas ya las Hermanas novicias por las fundaciones, no daba tiempo a que se perdiera el mutuo contacto. Desde los más diversos puntos llegaban para los ejercicios preparatorios, para los primeros votos, que se hacían como hemos dicho siempre en la Casa Madre. Y pasados cinco años, a contar de dichos primeros votos, habían de volver a reunirse, para los ejercicios de la profesión perpetua que se hacían y se hacen también en el Noviciado de Zaragoza. Allí encontraban a la misma Madre que las recibió a su entrada en religión, se recibían los alientos y luces de la misma enseñanza del Padre Juan, volvían a reunirse las Hermanas, que como tales habían convivido en el Noviciado; en fin, se reanudaban en los recreos aquellas conversaciones interesantísimas sobre mil temas del cielo y de la tierra, temas siempre comenzados y jamás agotados.

Este mismo cuidado tenía con las superiores. Habían de reunirse cada seis años para la elección de la Rvda. Madre General y miembros del Consejo; pero además, pasados tres años del capítulo, ordenó se reunieran todas las superiores del Instituto en la Casa

Madre, para hacer juntas los ejercicios espirituales. Y aunque esa uniformidad de pareceres verdaderamente notable, siempre se ha creído que es fruto de la devoción al Corazón de Jesús, y a los ruegos de la venerada Fundadora que así se lo pidió, lleva su parte en ello los trabajos de Madre Pabla en este sentido, de que fueran todas unas. Un solo corazón y una sola alma. En sus cartas se encuentran frecuentemente frases como éstas: "Haya unión de corazones en el Corazón Dulcísimo de Jesús". "Me ha alegrado mucho de la fiestecita que han celebrado: me parece muy bien, y para pasar la vida con algún alivio, y fomentar la unión y cordialidad entre las Hermanas." "También nosotras nos acordamos de ella y de todas. Ya saben que las queremos mucho y unimos en el Sagrado Corazón de Jesús, para encendernos en su divino amor."

A las casas de América les escribía regularmente en cada correo, y puesto que están tan distantes, les daba cuenta de todo lo que pasaba en las casas de España. Estas cartas se esperaban como agua de mayo en aquellas fundaciones; se leían en la recreación, se comentaban las noticias, y lazos cada vez más apretados las unían a las casas de España. Este trabajo de unificación es una de las glorias más legítimas de su largo generalato.

### *Virtudes Religiosas (continuación)*

**Celo por la salvación de las almas. — Prudencia. — Justicia. — Fortaleza y Templanza.**

EN los santos, el ideal supremo de su vida es el amor de Dios, que toma diferentes aspectos según los designios adorables del Señor y el atractivo especial que para ello les comunica. En la Madre Pabla fue la devoción al Corazón de Jesús, y la propagación de su culto. Como esplendoroso y brillante astro, apareció en el cielo de su alma el Corazón Divino a su entrada en religión; quedó enamorada, prendida, abismada para siempre en aquel horno divino, lo amó con pasión: lo demás no fue sino una consecuencia de ese amor apasionado.

Siendo tan devota del Sagrado Corazón de Jesús, al que devora la sed de almas tenía que resplandecer en una virtud que es la esencia de la vocación de una Hermana de la caridad: el celo por la salvación de todas las criaturas; y para lograrlo se valió principalmente de la propagación del culto del Deífico Corazón. En sus cartas, en sus conversaciones, no sólo era el tema preferido, sino que si el asunto se distanciaba,

volvía a él como por instinto: es imposible vivir sin respirar, y la respiración de la buena Madre era el amor al Corazón del que tanto nos amó. Bien experimentada en los frutos solidísimos que produce esta preciosa devoción, procuró darlos a conocer a todos los que trataban con ella y especialmente a sus hijas.

Acababa de ser nombrado director del Noviciado el Padre Juan Buj, también devotísimo del Sagrado Corazón, y pensó hacer un regalo a las novicias, que les sirviera de aliento a su piedad, y recordatorio de lo que debe tener por fin una Hermana de la caridad. El regalo consistió en una bellísima estatua del Corazón Divino para la sala del Noviciado. La llegada e instalación de la hermosa imagen, se hizo con una fiesta íntima, de la que quedó imperecedero recuerdo. Aun se conserva con gran veneración y aprecio, y está colocada en la portería del Noviciado de Zaragoza, guardando las entradas y salidas.

Quedó la Madre Pabla encantada de la idea y de la fiesta. Pronto empezó ella a multiplicar las imágenes del Corazón de Jesús en sus casas, en alguna dependencia de las mismas; pero también en las porterías, para que atrajera a las ovejas errantes o descarriadas, o bien a los inocentes niños que llegarían al reclamo de aquella invitación: "Dejad que los niños vengan a Mí". La hora santa se celebraba desde los primeros tiempos; pero desde la inauguración solemne de los primeros viernes por el Padre Juan cuando aún estaba el Noviciado en la calle Mayor, pasó a ser acto de Comunidad. La fiesta del Corazón de Jesús es una de las más grandes en todas las casas del Instituto; y sólo la iguala en esplendor la fiesta de la Santa Titular. Pero no sólo gozaba con la fiesta que se celebraba en el Noviciado, sino que hacía se le contase por menudo los obsequios que en todas las casas había tributado al Sagrado Corazón. Esta era una de sus recreaciones favoritas, y el Señor colmaba todos sus anhelos, pues la llama del Co-

razón de Jesús, se extendía hasta las casas más apartadas del Instituto.

No se hubiera llegado a estos frutos tan consoladores, si a las novicias, además de los cultos propios y de las prácticas características de tan santa devoción, no se hubiera cuidado de instruirlas en sus fundamentos, sus frutos, sus gracias y privilegios. De esta labor se encargaba el Padre Juan en sus conferencias; así, convenientemente instruídas las Hermanas, y llevando ya en sus almas el fuego de esta devoción, se convertían las casas en focos de amor al Corazón Divino. Hablaban de lo que habían visto y practicado en el Noviciado, y con gran consuelo de la Madre Pabla veía que todo lo que se hacía en la casa Madre, lo establecían las superiores en todas sus Comunidades. Pero el empuje más grande que dio la Madre Pabla a esta obra fue la implantación en todas las casas, donde ello fuera posible, del Apostolado de la Oración.

Ya estaba implantado el Apostolado de la Oración en el Colegio de Zaragoza, con notables frutos de fervor, de adelanto en la piedad de las niñas y jóvenes que en él se educaban. El primero de julio de 1926, aniversario de la Consagración que la Madre Rafols hizo de su pequeña Hermandad al Sagrado Corazón de Jesús, aparecía el primer número de nuestra revista "Manantial de Vida", y en él la Madre Pabla, dando un público homenaje de gratitud por los incontables favores que el Corazón de Jesús ha prodigado a la Congregación, añadía: "Que vería con el mayor gusto que se implantase el Apostolado de la Oración en nuestras casas"; y al año siguiente, 1927, que se reunían todas las superiores en el Noviciado de Zaragoza para hacer ejercicios espirituales, insistió en la misma idea, que cuajó fundándose en la casi totalidad de los colegios, y en las casas de beneficencia donde era posible llevarlo a la práctica.

Con ello, además de satisfacer su devoción, y el fuego interior que la movía a no darse punto de reposo en esta obra, cumplía el mandato que la Venerada Fundadora dio a sus hijas: "Tengan todas una especial devoción al Corazón de Jesús, a quien se consagró la Hermandad desde el instante de su fundación, y propaguen esta devoción cuanto puedan." Y tuvo el consuelo de comprobar, cómo el Corazón de Jesús cumple la promesa, que hizo a Santa Margarita: "Les daré la gracia de mover los corazones más endurecidos." Esa página, la más gloriosa de la Congregación, la forman las almas que el celo de las Hermanas han logrado salvar por medio de esta devoción.

Junto a este celo por la salvación de las almas, hemos de citar el ejercicio de las virtudes morales que practicó en grado heroico, con las que ganaba los corazones para la causa de su divino Maestro. Respecto a ellas hemos de advertir, que conforme pasaban los años se veía en ella una posesión más perfecta y más activa de dichas virtudes; que en los últimos años de su vida estaban todas ellas impregnadas de la santa caridad, hasta tal punto, que cualquiera virtud no parecía en ella sino una diversa manifestación de la divina caridad que las informaba, y que, por tanto, había perfecta conexión entre ellas, de manera que demostrado el heroísmo en la práctica de una sola, se podía deducir la perfección a que llegaron todas las demás. Precisamente por razón del cargo que ocupó durante tantos años, teniendo que tratar con tanta clase de gente, y habiendo de pasar por sus manos multitud de negocios los más diversos y variados, hubo ocasión de poder observar y comprobar la prudencia exquisita de la sierva de Dios en las más difíciles y excepcionales circunstancias. En una ocasión, y este es un caso entre mil que se podían citar, adquirió el compromiso de la fundación de una clínica que abandonaban otras religiosas por razones particulares de su Comunidad. Co-

mo habían de recibirse las llaves y el encargo de los servicios de esas religiosas, quiso ir ella personalmente para conocerlas, y estar presente en el acto de la toma de posesión. Tan bien supo hacerlo, que las buenas religiosas quedaron encantadas, y a partir de aquel día se establecieron relaciones cordialísimas entre las dos Comunidades.

Tres condiciones resaltaban en ella en el manejo de los más arduos negocios: una deliberación madura, una decisión firme y una ejecución perfecta. Además, pedir consejo era una virtud en ella, que la practicaba como una necesidad de su corazón humilde como la tierra; pero si después de puestos todos los medios que la prudencia aconsejaba, y de haber hecho instante oración al Señor pidiendo el acierto, creía que se debía seguir adelante, apoyada en el Señor, se revestía de gran fortaleza para realizar lo proyectado a pesar y pasando por encima de las dificultades que nunca faltan en toda clase de obras.

Una personalidad eclesiástica de Zaragoza, hablando de la Madre Pabla, decía: "Con aquel exterior tan dulce y suave, y con aquella condescendencia casi infinita, que hacía tan encantador su trato, juntaba una entereza de carácter verdaderamente varonil, cuando el caso lo requería. Tuve ocasión de intervenir, añadía, en uno de esos casos difíciles que se le presentaron en su vida. Hacían presión en su ánimo para que cediera, personas conspicuas, incluso su prelado; no hubo medio de hacerla, no sólo ceder; pero ni aun vacilar. "No puedo en conciencia hacerlo, decía, y no lo hizo. Yo nunca puedo recordar su actitud en aquel paso sin admiración."

De sus decisiones estaban también desterradas las largas vacilaciones; todo lo que ponía de reflexión y oración cuando se le proponía algún negocio lo ahorra en la decisión.

Con no menos esplendor se dejó ver en ella el ejercicio de la justicia. Le causaba horror no sólo la injusticia propiamente dicha, sino la menor falta de delicadeza. Vaya como ejemplo memorable, uno de los actos más hermosos de su vida y que por lo poco corriente merece ser contado.

En la adquisición de una de nuestras casas, el dueño, por apuros económicos, propuso a la superiora de la misma, a fin de hacerla aceptar, un precio tan bajo, que resultaba una verdadera ganga. La superiora se lo escribió a la Madre, como una cosa convenientísima, y que a ojos cerrados se debía comprar. En efecto, la Madre se conformó con la propuesta; pero envió un arquitecto de Zaragoza para que hiciera la tasación, porque en conciencia estimaba ella, no debían aprovecharse de aquellas circunstancias dolorosas en que se encontraba su propietario, para adquirirla en el más bajo precio que el que en realidad valía. Y en lo que tasó el arquitecto por ella enviado, que era desde luego más que la cantidad propuesta, se compró el inmueble, quedando todos los que intervinieron en el asunto edificados y mudos de asombro ante tal proceder.

Su condescendencia y suavidad en el trato, y su paciencia para soportar caracteres violentos, susceptibles, o con cualquiera de los defectos, que suelen ser causa de desazón y discordia, procedía a no dudarle de su humildad y mansedumbre; pero también de su espíritu de justicia. Encontraba siempre una disculpa a mano, y la encontraba a punto porque la tenía ya en su corazón.

Tenía también grandísimo cuidado en que las faltas en que caían las Hermanas quedaran en el más impenetrable silencio; teniendo en cuenta que todo el mundo tiene derecho a su fama y buena reputación; y hacía las correcciones, los cambios, y cuanto era preciso, para librar del peligro a las que lo tenían, con discreción y reserva tales, que salvo las veces que la misma cul-

pable, movida por el arrepentimiento lo publicaba, nadie lo sabía.

Mucho le ayudaba a salir por los fueros de la justicia la gran fortaleza de que estaba revestida. Escribía a una fundación y al terminar la carta, animándolas al bien aunque costara sacrificios les dice: "Haciendo y sufriendo por el Señor". En estos dos actos principales compendia ella esta virtud hacer y sufrir: emprender obras difíciles, siempre que fueran para gloria de Dios, y sufrir por el mismo Señor, lo que Él mismo determinara, bien en persecuciones, bien en contradicciones de amigos y enemigos, bien en rotundos fracasos, si así lo permitía la adorable voluntad de Dios. Pero donde mostró su gran fortaleza fue en el mismo ejercicio de su vida sacrificando al deber todo, inmóndose a fuego lento, en un verdadero y prolongado martirio, con una observancia exactísima de todas las Reglas y Constituciones y en todo que fuera voluntad de Dios.

Respecto a la templanza no insistiremos en ello. Puesto que la templanza modera el placer hacia el bien sensible, y lo contiene dentro de la honestidad, podemos decir que la Madre Pabla no fue solamente templada, sino mortificada en sumo grado toda su vida; en todos los momentos fue un modelo acabado de austeridad y mortificación.

*Hacia las cumbres de la santidad*

Los tres últimos Capítulos Generales.—  
La Madre como visitadora. — Prosi-  
gue la obra de las Fundaciones. —  
Caracteres de su vida en este pe-  
ríodo. — Otros trabajos importantes.

SE aproximaba ya el Capítulo de 1912, y en medio de los trabajos siempre importantes de su preparación, seguía con atenta mirada la obra tan gloriosa pero tan llena de espinas de la expansión de la Congregación. En este año de 1912, llevó a cabo la fundación de un colegio de niñas, dos escuelas de párvulos y dos hospitales, además del solemne traslado del colegio de Alcañiz al edificio que la Congregación había construído de planta. No pudo asistir a ella, a pesar de que aquella obra se podía llamar suya en todos sentidos; pero siempre el Señor cuidará de que no le faltase su pequeña espina, en medio de sus más puras alegrías.

Entretanto ella alimentaba la esperanza de que por fin en este capítulo la descargarían del peso que llevaba encima desde 1894, y podría ya trabajar en silen-

ció en un rinconcito oscuro hasta que el Señor la llamara, y a este fin había tomado sus precauciones. Fracasada la intentona en la visita que hizo secretamente al prelado, y que ya dejamos relatada, volvió a manifestarse claramente la voluntad de Dios en el voto de las electoras, y bien contra su voluntad, hubo de seguir el espinoso camino que el Señor le trazaba. Tampoco le faltaban consuelos que endulzaban la carga: crecía de día en día el número de aspirantes, y turnos lucidísimos llenaban de alegría su corazón. Hasta entonces, aunque había vesticiones cada tres meses, no solían hacerse en días fijos y determinados; pero viendo que con la bendición del Señor se podía contar a fecha fija, con un grupo considerable de Hermanas, pensó en regularizar la entrada de aspirantes y estableció ya definitivamente para las vesticiones los días quince de los meses de marzo, junio, septiembre y diciembre.

Aquel río de juventud, que constantemente llegaba a las puertas del Noviciado, no bastaba para cumplir los múltiples compromisos que le salían al paso. Era ciertamente un dolor para su corazón el tener que contestar con negativas a numerosas fundaciones, que las pedían para urgentes necesidades que ella había podido comprobar en su viajar constante por los pueblos de España. Esta espina la llevaba clavada en el corazón; y le producía una herida que jamás cicatrizó. A las Hermanas no dejaba de recomendarles: "Hagan todo lo que puedan por el bien de las almas."

Su salud, siempre delicadísima, se sostenía como por milagro, y se arrastraba al trabajo a impulsos de su gran voluntad; pero apenas sosteniéndole las fuerzas que disminuían con los años. Poco tiempo después del Capítulo escribía: "Paso mal invierno; he estado por dos veces molestada por el dengue: que se cumpla siempre la amorosísima voluntad de Dios."

Y así era en efecto: una fiebre cilla que literalmente la consumía reaparecía de vez en cuando y la aniquilaba por completo. En la convalecencia se recogía en el cuartito que se llamaba de las Madres, y sin prisas, con una docilidad total a las disposiciones del Señor, y una paz envidiable, se dejaba consumir en el fuego de la enfermedad. Estas indisposiciones que podíamos llamar menudas por la frecuencia con que las padecía, se agudizaban de tiempo en tiempo, convirtiéndose en graves enfermedades. En diciembre de 1917 sufrió una de esas tremendas acometidas al mal. La noche de Navidad su estado era muy grave: Dios ayudó los esfuerzos de la ciencia, y la Madre recuperó su media salud contra toda esperanza.

En cuanto se ponía en pie, aun apenas pudiéndose sostener, ya estaba otra vez en su mesa de despacho. Siempre que ocurría algún compromiso y se determinaba a fundar una nueva casa, lo aprovechaba para visitar las residencias de Hermanas que le salían al paso. Es incalculable el ansia con que era esperada en las fundaciones, y el regocijo de todas las Hermanas a su llegada. No eran esos sus deseos; pero contra su voluntad, los días que pasaba en cada una de las casas eran fiestas de primera clase. Recojamos algunas de las impresiones que dejaba a su paso por las fundaciones; hemos de advertir, que datos parecidos a los que pondremos, enviaron todas las fundaciones a su muerte, contestando a una circular de su sucesora en el generalato.

La Superiora de Barrica, Madre Magdalena Guembe y Hermanas de dicha fundación, dicen: "Todas las que la hemos conocido y tenido la dicha de oírla en las visitas y en otras ocasiones, podemos asegurar, que todo cuanto hemos visto y oído de tan buena Madre, ha sido para alentarnos en la mortificación y santidad, que si lo tuviéramos presente y lo practicáramos ya teníamos suficiente para hacernos santas. Confío que des-

de el cielo nos ayudará para que lleguemos a lo que siempre deseó y suspiró para sus hijas". La Madre Vicenta Burrel y Hermanas del Hospital de Jaca, se expresan en los siguientes términos: "Todas las Hermanas decimos, que cuando hemos tenido que conversar con ella, sobre todo con ocasión de la santa visita, se nos hacía el tiempo corto. Era un gozo estar a su lado y poder contemplar de cerca aquella santidad personificada". La Madre Clementa Etayo añade: "Me edificaban en ella sobre todo tres virtudes: su humildad, su sencillez y su caridad; estas virtudes se reflejaban en todos sus actos. En sus santas visitas nos recomendaba sobre todo el cumplimiento de las Reglas, singularmente la del silencio y caridad con los enfermos y sólida educación de las niñas. Y termina: le tengo tanta devoción que en todos mis apurillos acudo a ella". La Madre Tomasa Hierro: "Me infundía nuestra amada Madre Pabla un respeto y al mismo tiempo una confianza tan grande, al verla tan sencilla, humilde y mortificada, caritativa y diligente, para contestar lo que se le pedía, que sigo encomendándome a ella, y su recuerdo me estimula a seguir las huellas de sus virtudes, que practicó durante su vida con tanta firmeza". La Superiora de Molina: "Desde que ha muerto la Madre Pabla, la invoco en mis apuros y, cualquier asunto, por pequeño que sea, lo resuelvo ante ella y quedo tranquila. Tengo la estampa de ella junto a la de la Madre Rafols, y me sirven de mucho consuelo y ayuda. Las Hermanas dicen que todas la consideran como santa, por su mucha caridad y humildad, que cuando les hacía alguna exhortación, siempre la hacía de la caridad y de la humildad, encareciéndonos la unión de unas con otras y el amor al Sagrario".

Es nota también muy destacada la impresión unánime de que tenemos en ella una intercesora en el cielo, y el impulso tan fuerte que mueve a las Hermanas a invocarla en sus apuros y necesidades.

Entre las fundaciones más notables del sexenio 1912-1918 merecen citarse por su numerosa matrícula, el Hospital-Colegio de Mendavia, inaugurado el 11 de diciembre de 1912. Antes de la inauguración se celebró un triduo en la iglesia parroquial, predicando el último día el señor Obispo de Pamplona, que quiso asistir a la bendición de locales y a su inauguración. La matrícula se abrió con un número de 200 niñas y 280 párvulos, que con el correr de los años ha crecido mucho. La enseñanza es completamente gratuita.

En Barrica, pueblecito de Vizcaya, fundaba el 8 de diciembre de 1914 un hospital-asilo, al que se unió después una escuelita de niñas; otro colegio en Puebla Larga (Valencia) se abría casi por la misma época; en Busturia (Vizcaya) un asilo de ancianos, al que se unió también una escuela; las clínicas de los doctores Lozano y Serrano en Zaragoza; pero las obras más importantes de este sexenio fueron la compra y ampliación de la Clínica del Corazón de María en Valencia, el Leprocomio de Cabo Blanco y el Colegio de Nuestra Señora del Pilar de Maracaibo. Quiso la Madre que se pusiera bajo la protección de la Santísima Virgen del Pilar de quien era muy devota, y con esta ocasión escribía a la Madre Vicaria de América: "Hay que promover su culto cuanto se pueda".

Y nada tiene de extraño esta rapidísima extensión del Instituto, pues la buena Madre volvía constantemente los ojos al Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen. Una madre antigua refería, que habiendo conocido ella las estrecheces de los primeros tiempos de su gobierno, y viendo y palpando el incremento que tomaba la Congregación bajo su mando, en uno de sus viajes le dijo: —Madre: cómo prospera la Congregación; y la buena Madre le contestó: —Es cierto; pero no es de admirar, es la obra del Corazón de Jesús y la Santísima Virgen. Reelegida de nuevo por el Capítulo de 1918 dejó también señalado su paso por el generalato en este

nuevo sexenio por la creación de nuevas casas, entre las que citaremos el Hospital de niños en Caracas (Venezuela), en abril de 1919, un asilo en Burbáguena (Teruel), al que unió después una escuela; el Parque Colegio de Valencia (la fundación más importante de este sexenio); el hospital-escuela de Luesia, etc.

Desde el año 1924, último Capítulo general que presidió, y en el que volvió a ser reelegida, hasta el año de su muerte, 1929, hizo otra porción de fundaciones importantes, como la de Molinuevo de Vitoria y la Colonia-Escolar permanente de Nuestra Señora (de Pederuales (Vizcaya). La inauguración del Colegio de Tardienta, última de las casas fundada por ella se hizo estando en cama muy enferma; hasta el fin, pues, no dejó de luchar y combatir.

En ella se cumplía esta promesa del Corazón de Jesús: "Están reservadas grandes bendiciones a las obras de celo emprendidas por los obreros apostólicos que propaguen el culto del Sagrado Corazón de Jesús. Estos harán grandes conversiones".

Ella misma en su propio perfeccionamiento cosechó grandes frutos de esta amabilísima devoción. En lo que llevamos ya dicho, hemos podido observar un progreso constante en la virtud; no tenemos ningún apunte íntimo que nos pueda servir de guía para ver y analizar con sus propios testimonios el grado a que llegó; pero a falta de escritos están sus hechos que hablan con elocuencia soberana.

Cada año que pasaba, el brillo de su santidad era más radiante, y en esta última época de su vida se notaba en ella una transformación que infundía suma veneración. Iremos detallando lo que en ella se observó. Señalemos como una de las cosas más notables el olvido completo de sí misma. Durante toda su vida fue un martirio para ella los honores que su cargo y la estimación de sus cualidades personales le proporcionaban. Este martirio era tan visible, que las Hermanas, por sua-

vizárselo, abreviaban los actos que en su honor se hacía, bien con motivo de su santo o por cualquier otra razón. Todo esto desapareció en los últimos años; el mismo efecto le hacía una alabanza que un vituperio; era en realidad, como si no viviese y ya ni viese ni oyese: este cambio fue muy notado por todas las que vivieron junto a ella. Uno de los últimos años de su vida vino el venerable prelado, el Cardenal Soldevila, como tenía por costumbre, el 25 de enero para felicitarle, y a presidir la funcioncita que con este motivo se celebraba en su honor. Estaba la venerada Madre sentada a la derecha de su Em.<sup>a</sup>, pero no se advertía en ella la menor señal de disgusto; sonriente, afable y contenta. En uno de los momentos, cuando más elogios se le ofrecían, se acercó un poco a su Em.<sup>a</sup> y con tono jovial le dijo: "¡Dios mío, cuánta mentira!". Pero nada de las turbaciones pasadas; los ecos de la tierra, o no llegaban a ella, o no le producían la más mínima sensación.

Pero donde más notable se hizo su olvido completo de sí misma fue en la administración de sus intereses espirituales. Tornóse en los últimos años del todo angelical; ni un ansia, ni un deseo inmoderado, aun en lo concerniente a su propio aprovechamiento. En cuanto a su interior se refería, una divina madurez se notaba en ella, sin nada de inquieto ni de congojoso, ni de hecho, siendo clarísima y sincera, pocas dudas se le ofrecían y sólo consultaba ya en sus últimos años los asuntos espinosos del Instituto.

Otro carácter que en este tiempo se notaba también en ella era el santo entregamiento en manos de Dios. Mucho se había ejercitado en la conformidad con la voluntad de Dios durante su vida; pero llegó a un grado tal, que su propia voluntad había desaparecido del todo. En sus últimos momentos decía: "Si El quiere que viva, que así sea; si quiere que muera, lo mismo; yo no puedo querer otra cosa que sus adorables disposiciones".

Su crecimiento espiritual lo tenía también dejado en sus manos; ni una mirada a sí misma, sólo a la gloria de Dios; había llegado a las playas del puro amor, por eso su paz era envidiable.

Durante su última enfermedad, su Vicaria, la Rvda. Madre Felisa Guerri, de santa memoria, que la asistía con la solicitud y cariño de la más amante de las hijas, decía: "Es cosa que me maravilló la atención que ponía la venerada Madre en santificar el momento presente; puedo decir con toda verdad, que jamás me hizo la menor advertencia respecto a los negocios del Instituto, con tantos como habían pasado por sus manos. Una niña de dos años no hubiera descansado más tranquila en los brazos de su madre, que ella lo estaba en los brazos de Dios". Sólo se notaba en ella el deseo de padecer; pero sin inquietud. Toda su vida tan penitente y trabajada con casi continuas enfermedades, además de las preocupaciones y disgustos que el cargo lleva consigo, no habían conseguido el amortiguar este deseo: la cruz fue el atractivo más grande de su generoso corazón. En los últimos años las enfermedades se agravaron y perduraron; marcándola con el sello de los predestinados; pero las penas interiores desaparecieron; en su interior todo era calma y reposo. Había desaparecido para ella el trabajo de las sequedades; una memoria tierna continua de Nuestro Señor, con un deseo infinito de alabarle y glorificarle consumía sus horas: "amarte, alabarte, glorificarte por toda la eternidad; sólo eso deseo".

El celo por la salvación de las almas creció también con los años. Por amor al Corazón de Jesús se hizo esclava del prójimo dándole su salud, su tiempo, sus energías, sacrificándole su soledad y retiro tan amados: "Almas, almas, la oíamos repetir en sus últimas horas, sobre todo los pobrecitos pecadores". Y contemplando su numerosa familia repetía: "Por todas pido, por las profesas, por las novicias, por las que han de venir". Esta es la incomparable altura a que llegó nuestra que-

rida Madre. Réstanos añadir otros trabajos importantes que llevó a cabo en este último período de su vida: el más memorable de todos fue la iniciación de los trámites necesarios para la exaltación de la venerada Fundadora al honor de los altares.

Desde el Centenario de los Sitios nada de notable se había hecho para proseguir aquel esbozo de exaltación de la sierva de Dios Madre María Rafols. Corría el año 1922. Un suceso al parecer muy insignificante removió el aparante olvido; había llegado la hora de Dios. Una Hermana de la fundación de Lerín vino al Noviciado solicitando la gracia de bajar a la cripta donde estaba enterrada la santa Fundadora para besar la lápida de su sepulcro y orar ante él, porque acababa de concederle una gran gracia. La petición tenía verdaderas dificultades para concedérsela. La entrada a la cripta estaba bajo un altar de la iglesia del Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Había, pues, que levantar el altar y pedir para ello permiso al Director de las casas de Beneficencia, y al señor Vicario. Se hizo la petición del permiso, que se concedió inmediatamente y en un día memorable, todas las Hermanas con residencia en Zaragoza tuvieron el consuelo de bajar aquellos subterráneos, y orar ante el sepulcro de nuestra santa Madre y Fundadora. En septiembre de aquel mismo año 1922 estuvo de paso en el Noviciado el Padre Calasanz Rabaza; recayó la conversación sobre la Madre Rafols, y el ilustre escolapio en uno de aquellos arranques suyos tan hermosos le dijo: —Madre Pabla, si usted me busca materiales, que los habrá, bajando por esos archivos de Dios, yo me comprometo a escribir la vida de la Santa Madre". Había para ello que elegir a una Hermana, y de acuerdo con sus Madres consejeras, fue la elegida la Hermana María Naya Bescós, que la creyeron con aptitudes para esa obra. El día 14 de septiembre al salir la Comunidad de Ejercicios e ir a saludar según costumbre a la Rvda. Madre, retuvo ésta a la Hermana

María y le dijo: "El Padre Calasanz quiere escribir la vida de la Madre Rafols; ayúdele y busque cuantos datos pueda de lo que queda por tradición. Dieron comienzo las investigaciones aunque con poco éxito. Nuevamente llegó el Padre Calasanz al Noviciado de paso para Calatayud, quedándose a comer en nuestra casa. Y en aquella tarde, el sabio escolapio, que oía con interés cuanto se le decía referente al asunto que llevaban entre manos, en presencia de la Rvda. Madre y su Consejo le dijo a la Hermana las siguientes palabras: "La misión de usted se reduce a buscar todos los archivos o rincones donde haya papeles viejos; y en ellos, papel por papel, sin dejar uno, ir leyéndolos de punta a cabo, no para buscar datos, sino para terminar diciendo: En este armario que he visto completa y minuciosamente, puedo asegurar que no hay papel alguno que hable de Madre Rafols. Y con esto tiene usted cumplida su misión". Y la Hermana así lo hizo, y con los datos que se encontraron pudo el Padre Calasanz escribir la hermosa obra de la vida de la Madre Rafols que intituló "Heroísmo y Santidad".

Dos años antes de la publicación de esta obra, cuya censura lleva fecha del año 1925, o sea en 1923, por iniciativa de la Comisión Provincial de la Diputación y a petición de ella al Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza, el 15 de octubre de dicho año 1923 se dedicó una calle a la Madre Rafols en la antigua denominada de la Misericordia, donde está enclavado el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, testigo de las hazañas y prodigios de caridad de la venerada Madre Rafols. La fiesta de la dedicación de esta calle fue solemnísimas; por primera vez después del Centenario de los Sitios, volvía a ver la Madre Pabla a su santa Fundadora llevada en triunfo, en el alma y sentir de Zaragoza, su gran Patria, en la que había derrochado su caridad y había brillado con todo el esplendor de sus eximias virtudes: Las autoridades y el pueblo, los grandes y los pequeños, se vol-

vían a postrar ante el mérito más real y verdadero: el mérito de la santidad. Aprovechando esta feliz conyuntura, la Madre Pabla hizo colocar como homenaje de la Congregación a la Venerada Madre Rafols sobre la puerta de entrada de la iglesia del Noviciado una hermosa lápida que dice: "A la Venerable Madre Rafols Bruna, Heroína de la Caridad, en los Sitios memorables de 1808-1809, Superiora del Santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Fundadora de la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Sus Hijas y Hermanas en Religión este mármol conmemorativo le ofrecen y dedican".

El año 1924 tuvo lugar el homenaje a la Madre Rafols en Villafranca del Panadés. Poco intervino la Madre en este asunto, que brotó espontáneamente del corazón del pueblo, para honrar a su ilustre Hija; pero no dejó de gozarse en ello, al ver cómo la admirable Providencia del Señor, iba levantando la memoria de su fiel sierva.

Creó entonces que ya era llegada la hora de la traslación de los restos de los Venerados Fundadores de la cripta del Hospital al Noviciado. Para llevar a cabo esta idea hizo construir dos sepulcros a ambos lados del presbiterio en la iglesia del Noviciado, y dos hermosísimas cajas de roble, que contenían otras de cinc en las que se colocarían los restos el día de su traslado.

Se verificó un reconocimiento oficial de los venerados restos el día 19 de octubre de 1925. Actuó de Notario, según el acta levantada, don Luciano Serrano Millán, haciendo el reconocimiento los profesores de Medicina y Cirugía don Luis Fuente Gracia y don Juan Lite Ara. Cumplidos estos requisitos fueron depositados en las hermosas cajas de que hemos hecho mención, cuyas cajas se colocaron en la iglesia del Hospital, donde las velaron las Hermanas y, conducidas después privadamente al S. T. M. del Pilar, se fijó ya la solemne traslación para el día 20 de octubre de 1925.

Pocas veces habrá presentado Zaragoza espectáculo parecido. La muchedumbre se apiñaba compacta en el hermoso templo del Pilar, honrando el acto con su presencia todas las autoridades civiles y militares. Después de la Misa, celebrada por el M. I. señor don Ignacio Laborda, Presidente del Seminario de San Carlos, y de la elocuentísima oración fúnebre del Padre Calasanz Rabaza, que impresionó profundamente al auditorio, se organizó la procesión, conduciendo en medio de una apoteosis de triunfo los Venerables restos en un armón de Artillería, cubiertos con la bandera nacional.

La llegada al Noviciado fue emocionante. La Madre Pabla hizo la ofrenda de las llaves de las urnas a las respectivas autoridades: Excmo. señor Arzobispo de Zaragoza, Presidente de la Diputación y Alcalde de la ciudad, reservándose la cuarta; cantándose a continuación un responso.

Claro que estos homenajes no eran el límite del plan de Madre Pabla con respecto a la exaltación de la Santa Fundadora. Quería y deseaba, que la corona de los bienaventurados brillase en su frente con la decisión solemne de la Iglesia Católica. Como siempre que se trataba de cosas importantes y en esta con doblado motivo, se apoyaba en la oración. Apenas si habrá carta en todo este transcurso del año 1925, en que no pida oraciones por el éxito del Proceso. El año 1926 viene señalado con notables gracias. En este año se puso ya a la venta la vida de la sierva de Dios, escrita por el Padre Calasanz; se encontró el Diploma de agregación a la Pía Unión del Sagrado y Amantísimo Corazón de Jesús, canónicamente erigida en la Real Iglesia del Colegio Imperial de la Compañía de Jesús de Madrid, que lleva fecha del primero de julio de 1826; en ese mismo día primero de julio de 1926, y bajo la presidencia del señor

Arzobispo, se tuvo la primera sesión del Proceso Ordinario Informativo de la Santa Fundadora y se publicó el primer número de la revista "Manantial de Vida".

Verdaderamente el tribunal nombrado para el proceso de beatificación de la sierva de Dios, tomó con todo empeño el trabajo que se le había confiado. Excepto la primera sesión, que se celebró en el palacio arzobispal, las demás tuvieron lugar en el Noviciado, siendo la segunda el 11 de octubre y terminando dicho proceso informativo el 28 de enero de 1927. Se celebraron 48 sesiones en las que declararon 89 testigos, deponiendo unos sobre las virtudes y fama de santidad de la sierva de Dios, y otros acerca de curaciones obtenidas por su intercesión. En el mes de febrero de este año 1927 se llevó el Proceso a Roma.

En el año 1928 se firmó la escritura de posesión de la mitad de la casita donde nació la sierva de Dios, regalada por su propietaria doña Teresa Marimón, movida de superior impulso al que no había podido resistir, según manifestaba en una carta; y en enero de 1929, poco antes de la muerte de la Madre Pabla, se recibió otra segunda carta de la señora propietaria, anunciándonos que nos regalaba también lo que faltaba para completar la cesión completa de la casa, firmándose esta nueva escritura el 11 de enero de 1929.

Ya estaba en esta fecha la Madre Pabla gravísima; pero el Señor no le negó este último y grande consuelo. En este viaje, la señora nos ofreció otro campo lindante con la casa, para el cual tenía muchos compradores, pero su deseo era que lo adquiriésemos también nosotros. La Rvda. Madre Vicaria General, Madre Felisa Guerri, aunque le pareció muy conveniente la compra, no se decidió sin consultarlo antes con la Madre Pabla, y en cuanto regresó a Zaragoza lo puso en conocimiento de la venerada Madre, que no sólo aprobó el proyecto sino que recibió con ello grandísima alegría. Esta fue su última compra y su última disposición, a pocos pasos

del sepulcro; y como muy bien dice la relación de la crónica ya citada, constituyó una de las dichas más puras que el Señor le reservó para los últimos días de su vida. Esta escritura se firmó cuando ya ella había volado al Paraíso, el 25 de mayo de 1929.

## C A P I T U L O   N O V E N O

### *Muerte de la sierva de Dios*

Ultima enfermedad de la Madre Pabla. — Altos ejemplos de todas las virtudes que en ella dio. — El Santo Viático. — Extremaunción y preciosa muerte. — Exposición de su cadáver y funerales.

El día de Navidad del año 1928 lo pasó ya medianamente; un catarro pertinaz de carácter gripal la molestaba muchísimo; pero su máxima era permanecer en su puesto mientras pudiera tenerse en pie. Acostumbradas a verla padecer, no se alarmaron las Hermanas al pronto mucho; por otra parte el inmenso cariño que se le tenía, hacía que nos forjásemos la ilusión de que aún teníamos Madre para tiempo: sus facultades mentales se conservaban frescas como cuando joven, dando la sensación de que cada día se remozaba. De ahí que el espectro de la muerte, en cuanto aparecía en nuestra mente, lo alejábamos como importuno. Solo así se puede explicar que, estando la Madre aquejada con tan fuerte catarro, y frisando ya en los 81 años, no se la forzase a acostarse en noche de tantos misterios y tan propicia a las íntimas expansiones de familia.

Asistió, pues, a la misa de media noche, comulgó en ella, y oyó las otras dos que se dijeron a continuación. Cerca de las dos de la mañana serían, cuando se acostó sin cansancio especial; al contrario, aquella noche siempre memorable para ella, el Recién Nacido parecía que le había devuelto las fuerzas.

A punto de mañana ya estaba otra vez en pie. Bajó de nuevo a la tribuna y oyó otras cuantas Misas. La Madre parecía resucitada; el fervor de su alma y los alientos de su voluntad indomable le comunicaban cierto brío, más aparente que real; las fuerzas iban debilitándose. Las Madres, viendo que el catarro no cedía, a las cinco de la tarde la hicieron acostar. A la primera palabra obedeció con la mayor alegría y se retiró a su celda. Debía tener presentimiento, dice su enfermera la Hermana Elisa Lajusticia, de que ya no se levantaría más, porque mientras se desnudaba, decía con gran resignación, alegría y confianza: "Vaya, Señor, aquí estoy. Ahí se queda todo, ya está todo; mientras tuve salud hice todo lo que pude; ahora hágase tu voluntad; dispón de mí como quieras". Pronto la alarma comenzó a cundir entre las que más asiduamente la asistían. La Madre se nos iba por momentos, y bien claro lo daba a entender el rápido descenso de sus fuerzas, el progreso incesante de la enfermedad, y, más que todo, la divina madurez de su hermosa alma. Sin embargo, como dijo muy bien el doctor don Joaquín Aznar, su médico de cabecera, Dios quiso que nuestra Rvda. Madre Pabla viviera más tiempo del que médicamente pudiera calcularse, para que todas sus Hijas espirituales lograran el consuelo de despedirla en su dichoso viaje a la eternidad. Ciertamente el Señor le dejó el tiempo que era necesario para que, desde su lecho de dolor, cumpliera de modo sublime sus oficios de Madre y Maestra de sus hijas. Aquel gran corazón, conforme se iba acercando a la eternidad, recibía los torrentes de vida divina, que dejaba correr sin esfuerzo por el cauce de las

más vivas y bellas expresiones que jamás salieron de sus labios. En aquellos momentos solemnes de las últimas despedidas, nos permitió abrir hasta el fondo de su corazón, mejor dicho, nos lo abrió ella misma sin ningún reparo, dando la última mano a su humildad, que consiste en no temer descubrir las riquezas que ha depositado en nosotros el Señor, sabiendo que no son nuestras, y que con ello Dios será glorificado.

En estos últimos destellos de su vida, se mostró como ejemplar de todas las virtudes, y para enseñanza de todas las Hermanas que no la conocieron, séanos permitido transcribir alguna de sus austeras lecciones y sus efusiones de verdadera madre. Y vaya en primer lugar la aceptación, no sólo resignada, sino alegre del sufrimiento: ni una queja se oyó de sus labios, ni la menor indicación para que le prestasen un servicio; amante apasionada de la cruz hasta el fin, estuvo abrazada a ella saboreando sus dulcísimos frutos. Un día en que las huellas del sufrimiento eran más claras, le dijo una Hermana: —Madre, ¿le duele mucho la cabeza? Inmediatamente contestó: —¿Y cuánto le dolería la corona de espinas a nuestro adorable Redentor? La Pasión de su dulcísimo Jesús la tenía completamente embargada, y era el lenitivo que suavizaba todos sus dolores. Ya se habían pasado muchos días cuando se dieron cuenta las Hermanas que tenía muy hinchadas las piernas, y que no podía sin gran dificultad moverlas; por ella nunca lo hubiéramos sabido. El médico estaba asombrado de su paciencia; las Hermanas transidas de pena al verla hecha un retablo de dolores; ella por su parte muy frecuentemente repetía: "Sí, Jesús mío, todo lo que queráis". Era el "fiat" ininterrumpido de su generosa aceptación. Alguien le dijo un día: "¡Cuánto padece, Madre!". Y la santa enferma contestó: "Esto sólo es mucho para los cobardes".

La opresión del pecho y la debilitación de fuerzas crecía cada día: le costaba un verdadero suplicio incor-

porarse un poco para tomar el alimento; pero ni una sola vez lo rehusó; fiel a la Cruz hasta el último momento. El doctor Pérez Serrano, que veneraba a la Madre como a una santa y que también venía a visitarla, al presenciar los esfuerzos heroicos y para la enferma tan sumamente penosos, mandó a su clínica por una de esas camas modernas que pueden colocarse en diversas posiciones sin molestar para nada al enfermo. Se le propuso el traslado y no opuso tampoco la menor resistencia: su obediencia era, pues, completa; del cuerpo, por la serenidad y alegría con que aceptaba todas las molestias de la enfermedad; del alma, por una obediencia rendida y ejemplar. Se puso en manos de las Madres, singularmente de la Madre Vicaria, del médico y de las enfermeras, con una obediencia extraordinaria. Así que su asistencia, lejos de ser enojosa, atraía como un imán: "Era sumamente agradecida, dice la Hermana enfermera; todo le parecía mucho para ella, y siempre creía que ocasionaba muchas molestias; hasta ahuecarle la almohada le parecía demasiado; ¿para qué, me decía, tantos cuidados al cuerpo? Nunca pidió nada, ni se quejó de si los alimentos estaban demasiado calientes o fríos, sosos o salados; todo le parecía bien: no he visto ninguna enferma como ella, y eso que he cuidado a muchas."

El mismo testimonio da el doctor Aznar: "No recuerdo en todo mi práctica médica, enferma que con más resignación soportara las molestias de su enfermedad y que con más contento acatará la voluntad de Dios."

Y junto a estas dos virtudes de amor al sufrimiento y obediencia rendida podemos señalar la de una caridad afectuosísima. Tanto cuanto ella se desentendía de sus propias necesidades, así estaba de vigilante para que nada faltase a las demás. Cuando se empezó a velarla por la noche, pidió a la Madre Vicaria si le parecía bien traer un sillón, una manta de lana y calorífero para

la Hermana velante; y no terminó con esto, sino que también pidió permiso a la misma Madre Vicaria para que les dieran un vaso de leche a las Hermanas de vela antes de las doce. Es de pensar el efecto que a las Hermanas hacía ver a la anciana Madre, que con sus trabajos y sacrificios había levantado el edificio de la Cogregación, pedir con tanta humildad permiso para una cosa tan pequeña, como era un vaso de leche para su enfermera. Frecuentemente decía a las que la cuidaban: —Ay, Hermanas; si esto dura, voy a acabar con ustedes. Palabras, dice su enfermera, que se nos clavaban como punzantes flechas, pues todas hubiéramos dado la vida por no perder aquel tesoro de virtudes. Obscurecía a sus enfermeras, como lo había hecho siempre, con lo más apetitoso que le traían; un bocadito a una, otro a otra, y como sabían el placer que con aceptarlo le proporcionaban, lo hacían así. Estos actos de caridad, y las lecciones que daba de regularidad religiosa, estaban avalorados por el prestigio de los altos ejemplos de observancia de las Reglas que ella observó hasta el fin. No se eximió durante toda la enfermedad de los rezos de la Comunidad, incluso el Vía-Crucis, cosa admirable, en el estado de debilidad en que se encontraba. Aquel Corazón, escribía el doctor Aznar, de brillantísima historia en la práctica de la caridad fue heroico hasta en sus últimos momentos.

Siempre en sus enfermedades se había aplicado a santificar el momento presente; en esta última enfermedad fue mucho mayor el apartamiento de todo lo terreno. Solamente en dos ocasiones hizo excepción: cuando regresaron las Madres de Villafranca, le consultó, como hemos dicho antes, la Madre Felisa sobre la compra del campo lindante con la casita de Madre María Rafols. La otra fue al regresar las Madres de la inauguración de una nueva fundación en Tardienta. Pasaron a contarle la solemnidad de la fiesta, y con seguridad, como aquel para quien el porvenir no tiene sorpresa ninguna

contestó: me alegro, me alegro; pero esa casa no continuará. Fue la primera de las fundaciones que se levantó al cambio de régimen.

Mientras ella con su santa conducta nos daba tantos ejemplos de edificación, la enfermedad prosiguiendo en sus avances no nos dejaba más que ligeras esperanzas del tan suspirado restablecimiento. Mejor que nadie lo sabía ella misma; pero para no desconsolar a las Hermanas no hacía la menor alusión a ello. Con todo a mediados de enero solicitó que se le administrase el Santo Viático. La solemne ceremonia tuvo lugar el 17 de enero de 1929, a las cuatro de la tarde. Las novicias estaban con velas encendidas a lo largo de la escalera y del amplio tránsito que da acceso al Consejo. Llevaba Nuestro Señor el M. I: señor Provisor de la Diócesis, don José Pellicer, asistido de don Rafael y don Pablo Ginés, capellanes del Noviciado. Formaban la comitiva el Ilmo. señor Obispo de Burgo de Osma, los M. I. señores don Juan Buj y don Sabino Condón, Director del Noviciado y confesor de las Madres del Consejo, respectivamente, los confesores de todas nuestras casas, las Madres Consejeras Generales, las superiores y cuatro Hermanas de todas las casas de Zaragoza, y todas las Hermanas residentes profesas en la Casa Generalicia. "Se preparó muy bien y con todo fervor, dice la Hermana Elisa, para recibir el Santo Viático. Todos estábamos conmovidos; nosotras llorando de pena porque nos iba a dejar, y de consuelo al verla hecha una santa. El Ilmo. señor don José Pellicer, que le administró el Viático, también se emocionó mucho; vi que le caían lágrimas. A todas las preguntas que el sacerdote le hacía contestaba admirablemente, pues no perdió el conocimiento hasta que expiró. Recibido el Señor, se quedó recogida en contemplación por más de una hora, y así hubiera permanecido mucho más, si no la hubiéramos interrumpido para darle alimento."

Se pidieron oraciones a las casas; pero esta vez el Señor iba de veras. La evidencia no nos convencía; la

Rvda. Madre Vicaria, con la obstinación del más puro y ardiente amor filial, disputaba palmo a palmo a la muerte aquella dichosa víctima que en perfecta inmolación se ofrecía al Señor por la salvación de las almas. Tuvo, por fin, la Madre Felisa que darse por vencida; pero quedándole la satisfacción que no hubiera podido hacer más, ni mejor de lo que hizo.

El día 21 de enero, a media tarde, dijo: "quisiera reconciliarme". Acto continuo entró el Padre, y al terminar la confesión añadió: "Ahora, Padre, y al terminar la Extremaunción". Inmediatamente se preparó todo, para que se la administrase. Pidió perdón a todas las Hermanas con una humildad edificante. Todas lloraban a su alrededor; sólo ella permanecería serena. Y añadió: "Quiero que digan a todas las Hermanas de la Congregación, que siempre he deseado su bien, y que nunca he querido mortificarlas; si inconscientemente lo he hecho que me perdonen". Serían las ocho de la noche. Después, a petición suya se le aplicaron las indulgencias, que las recibió con edificante piedad y abrazada al crucifijo y mirándolo con amor decía: —¡Qué gracia tan grande! recibir todos los Sacramentos con pleno conocimiento.

Estaba ya muy próximo el día de su cumpleaños, y por ser un caso tan excepcional, se autorizó a todas las superiores que vinieran a verla y a felicitarla. Ni una, hasta las más ancianas, desde los puntos más lejanos, dejó de acudir a la cita. Todas esperaron impacientes a que llegara el día 25, para no fatigar a la enferma, y en ese día todas tuvieron el consuelo de verla y despedirse hasta el cielo. Volvieron las superiores a sus fundaciones bastante esperanzadas, aunque esta alegría poco iba a durar. Cercano ya el día de su muerte una tarde, al anochecer, entró a verla el Padre Juan. ¡Qué sabor el de aquella entrevista a las puertas de la eternidad, entre aquellas dos grandes almas, que tanto habían trabajado juntos por la gloria del Corazón de Jesús

y bien del Instituto! En el curso de la conversación el Padre Juan le dijo: —Madre, aunque usted nos deje, por eso siempre será para nosotras la Madre General; desde arriba seguirá dirigiendo la Congregación. Y la moribunda, con aquella gracia y viveza tan peculiar en ella, le contestó: —Ya veremos qué atribuciones nos dan por allí. Tres días antes de su precioso tránsito, sintióse invadida de una de aquellas avenidas de júbilo celestial, que la sacaban como fuera de sí, permaneciendo en este dichoso estado hasta el último momento.

La noche anterior a la de su muerte, dice la Hermana enfermera, la pasó bien, sin ninguna necesidad; parecía que el Señor se las había quitado todas. El dulce nombre de Jesús se le caía de los labios, e invocaba también con frecuencia a la Santísima Virgen. El día también fue bueno; al atardecer rezó el *De Profundis*, y al Padre Juan y a don Sabino Condón, su confesor, que entraron a verla, les dijo: “Por caridad, me recen los salmos penitenciales.” —Madre General, contestó el Padre Sabino; todavía no se ha separado su alma de su cuerpo; aún es pronto. —No, no es pronto; estoy viendo venir la muerte; ya está aquí. Durante todo el día había estado en una súplica continua al Corazón de Jesús por los sacerdotes, por las Hermanas que están en la Congregación, por las que han de venir, por los pobrecitos pecadores, por las benditas almas del purgatorio, por todo el mundo. Y levantando las manos y los brazos al cielo repetía una y otra vez: —“Toda me entrego, en vida y en muerte, toda vuestra, oh Divino Corazón de Jesús!

A las diez de la noche se le aplicó el suero recetado por el doctor y al ponérselo dijo: —Esto es lo último, ya está todo; pero lo decía con tal alegría, añade la Hermana enfermera, que no parecía le quedasen tan pocas horas de vida. Me separé un poco de la Madre, y en seguida me llamó: —Venga usted, Hermana Elisa, venga usted. Fui; me dio la mano en señal de des-

pedida, y con el contento y entusiasmo con que se despiden para ir a fiestas me dijo: —“Adiós, Hermana Elisa, adiós.”

Serían próximamente las once y media cuando la Hermana enfermera dio la voz de alarma. “Me di cuenta, dice, porque le faltaba el pulso; pero no tuvo agonía.” Inmediatamente acudió el capellán, se leyeron las oraciones de los agonizantes y la recomendación del alma, y con la misma beatífica sonrisa, pronunciando el dulce nombre de Jesús, y sin ninguna señal exterior, se durmió plácidamente en el Señor. Serían aproximadamente entre las doce y media y una de la noche, del veinte de febrero de 1929. Una vez amortajada, la bajaron al salón de actos, preparado al efecto con exquisito gusto.

Tal fue la dichosa y edificante muerte de nuestra amadísima Madre Pabla. Su alma, entregada desde la más tierna edad al Señor, gozaba de imperturbable paz y confianza. Alegrías inefables endulzaron sus últimos sufrimientos. Su espíritu salió de este mundo sin las angustias y congojas que son patrimonio de la mayoría de los mortales. La muerte de los justos es preciosa a los ojos de Dios.

*Los funerales.*—Embalsamado el cadáver de la venerada Madre por el procedimiento *Etérnitas*, fue colocado en el salón de actos en un severo túmulo cubierto de violetas, el miércoles por la mañana, día 20 de febrero. Durante todo el día desfiló en silencio gente de toda condición, que hacía pasar por el venerable cadáver, rosarios, medallas, etc. Nos indicaron que por efecto de los gases se inflamaría algo el cadáver y se ennegrecería, aunque después volvería al estado natural. No ocurrió así: blanco, hermosísimo, se conservó los tres días que estuvo expuesto, y así estaba también cuando lo bajaron al sepulcro. Durante estos tres días se dijeron desde las seis de la mañana hasta las once misas sin interrupción en los tres altares de nuestra

iglesia, y por la tarde los rosarios, llenándose completamente el amplio salón donde estaba colocado el cadáver. El sábado, 23, a las ocho de la mañana, fue trasladado desde dicho salón a la iglesia por los claustros bajos, para los funerales, que tuvieron el carácter de un verdadero triunfo. De nada sirvieron las precauciones de la Rvda. Madre Vicaria General, ordenando la distribución de Hermanas, de manera que toda la iglesia quedara para los invitados y el pueblo: Iglesia, tribunas, coro, todo estaba lleno antes de la hora prefijada: espléndida manifestación de la veneración y entusiasmo que produce la virtud. En lugar preferente en el presbiterio se colocaron las autoridades y representaciones de Corporaciones y Entidades, Rvdos. Curas Párrocos, muchísimos sacerdotes, representaciones de todas las Ordenes y Congregaciones de ambos sexos. Detrás del túmulo y en el lado del altar de la Virgen del Pilar, las Madres del Consejo; en el del Santo Cristo, sus sobrinas religiosas y su familia, y el resto de la iglesia ocupábalo el pueblo en apretada muchedumbre. A las once en punto comenzó la misa. Oficiaba en ella el Ilmo. Sr. D. José Pellicer, Provisor del Arzobispado, ministrado por los Rvdos. Sres. D. Federico Minguión y D. Pablo Ginés; la Capilla del Pilar interpretó magistralmente la Misa de Requiem de Perosi, y solemne responso del mismo autor. Conducido el cadáver por las Madres del Consejo y sus sobrinas a la tribuna, fue inhumado en el sepulcro que en dicha tribuna se había construido días antes, previos los permisos competentes. En este emocionante acto los cantores interpretaron el *Benedictus* estando presentes las autoridades. Allí quedó para nuestro consuelo nuestra amadísima Madre, en aquella tribuna en que tantas horas pasó, sin salir de la casa del Noviciado, la obra más querida de su corazón entre todas las que llevó a cabo en su larga y fecunda vida.

## CONCLUSION

### *Después de la muerte*

**Después de la muerte. — Testimonios de admiración. — La Madre Pabla vista por su confesor.**

No bien fallecida nuestra Madre empezaron a llegar a nuestro Noviciado infinidad de telegramas de pésame y numerosísimas cartas en las que los que las firmaban daban a conocer la alta estima en que tenían a la finada y la veneración que les inspiraba sus eximias virtudes. No se recatan en llamarla heroica, magnánima, santa, mujer de extraordinaria virtud y singular firmeza. En todos esos testimonios se advierte cómo no se les ha pasado por alto, sobre todo a los que mucho la trataron, su profundísima humildad, su caridad y su espíritu de fe, que la llevaba a acometer empresas temerarias, y que esto no obstante, su abandono en Dios convertía en pasmosas realidades: su prudencia y tacto exquisito, su gravedad, cordialidad y sencillez de trato. Algunos de estos testimonios recogimos en el número extraordinario que le dedicó "Mantial de Vida" con motivo de su muerte; otros quedaron archivados en el Noviciado; pero entre ellos no podemos menos de citar, por su excepcional valor, por ser el confesor de la Madre en sus últimos años, el del M. I. Sr. D. Sabino Coñdón.

Lo titula *Hermosos rasgos dignos de encomio e imitación*: "No es mi ánimo el ocuparme de todas y cada una de las virtudes y hermosas cualidades que adornaron a la Madre Pabla en su larga y edificante vida religiosa; fue excelente modelo de Hermanas y superiores, y gloria de la insigne Congregación de Santa Ana, a la que perteneció y tanto engrandeció.

Esto, en sí muy difícil, sería imposible para mí, por carecer de dotes para ello. Pretendí únicamente en estas líneas, que dedico a la misma, como sencillo testimonio del profundo afecto, que siempre le profesé, no menos que de la grande estima y veneración que me inspiró su virtud y caridad, indicar brevemente algunos de los rasgos característicos que más la distinguieron y constituían su fisonomía espiritual: rasgos por los que a mi juicio fue tan estimada y apreciada de cuantos la trataron o sólo conocieron, por los que indudablemente consiguió aquel universal amor y respeto casi inexplicable, de todas sus hijas, las Hermanas de la Congregación, por el que mereció ser elegida unánimemente Superiora General de su idolatrado Instituto, por seis sexenios consecutivos.

Y en mi concepto, uno de estos rasgos característicos y, quizá el principal, fue aquella humilde sencillez que tanto la engrandeció; sencillez extremada, en ella tan natural, con que en toda ocasión se presentaba, y con que a todos recibía y trataba. Conciliábase primero en ella la admiración y después el respetuoso cariño de cuantos por vez primera la veían; admiración y cariño que iban en aumento cuanto más se la trataba. Más parecía una religiosa particular de las más humildes, que la Superiora General de una tan importante Congregación.

Odiaba cuanto pudiera parecer singular, distintivo de autoridad y más aun de distinción, deseando ser tratada como la última de las Hermanas, y en esto se distinguía de una manera especial, cuando al visitar por

razón de su cargo las casas de la Congregación, se presentaba sin aparato alguno, y repugnando aun todo especial obsequio o distinción con que pretendían honrarla y tratarla sus hijas. Testigos elocuentes de esta atractiva y bondadosa sencillez pudieran ser ahora muchas Hermanas, que o enviadas a la Madre por sus respectivas superiores, o llamadas por ella misma, cuando entendía ser necesario advertir o reprender alguna cosa, al entrar en su despacho temían con fundamento recibir alguna áspera reprensión o penitencia bien merecida, y salían de la entrevista contentas y totalmente ganadas, con sus maternas avisos, y dispuestas a la práctica de sus consejos. Esta sencillez tan admirable era en ella, no sólo indicio, sino prueba clarísima de la profunda humildad interior que con tanto empeño cultivaba y quería la procurasen sus hijas, como fundamento de toda santidad y distintivo peculiar de la Hermana de la Caridad de Santa Ana.

Otro de sus rasgos característicos fue el vehemente amor y deseo de la observancia y fiel cumplimiento de todas sus obligaciones, aun de aquellas que por voluntad o devoción se había impuesto libremente. Era exactísima en todo, y cuando sospechaba que tal vez por sus ocupaciones no podía cumplirlas a su tiempo, siempre las anticipaba, y así no se exponía al peligro de omitirlas, o hacerlas con precipitación. Se la veía la primera en los actos de Comunidad, a los que nunca dejaba de asistir, a pesar de que muchas veces hubiera podido dispensarse por ocupaciones importantes, o achaques de salud, que lleva consigo una edad avanzada; pero en ella pesaba más que todo, el deseo de su austera observancia, de dar buen ejemplo, y con éste dar aliento y ánimos a las demás. Todas pueden recordar, como prueba edificante de lo que voy diciendo, su excesivo cuidado y tenaz empeño en levantarse de la cama a las cuatro de la mañana, muchísimas veces delicada, y el de llamar a las Hermanas a esa misma hora, tocando todas las mañanas el timbre, y no dispensando

jamás de este rigor por causa alguna, para comenzar el día y continuar cumpliendo con exactitud, y sin falta de tiempo, la distribución u horario prescrito. Y es, entre otras que pudiera decir, hermosa prueba de su excesiva puntualidad y amor a la observancia, la que daba todos los días de confesión, que siempre me admiró y edificó. Media hora, por lo menos, antes de que viniera el confesor, y dejando aquel día todo lo demás, acudía indefectiblemente a la iglesia y allí, muy pausadamente, se preparaba para la confesión. Amante en sumo grado del retiro y soledad, que puede guardar una Hermana de la Caridad, destinada a prestar al prójimo los oficios sublimes de esta virtud, odiaba las salidas innecesarias de casa, y aun salir en ésta, a visitas que no fuesen reclamadas por evidente necesidad o suma utilidad. Tenía que hacerse gran violencia, cuando por imperiosa necesidad había de hacer visitas, y bien persuadida del provecho y bienes que reporta el recogimiento, y de la disipación que de ordinario suele ocasionar la calle, sentía también muchísimo que sus súbditas tuviesen que salir de casa, aunque fuera por enfermedad y otras causas de utilidad.

Y aunque sin intención de ocuparme de virtudes en particular, no quiero dejar de indicar una, en ella muy característica, o sea su gran paciencia en soportar en silencio y perfecta conformidad, las penas, sufrimientos y toda suerte de tribulaciones, que son el patrimonio de los justos, por las que tuvo que pasar en toda su vida religiosa, especialmente en los muchos años en que tan admirablemente desempeñó el espinoso cargo de Superiora General. Quien conozca, aunque sea a la ligera, las múltiples dificultades, espinas y contradicciones que necesariamente acompañan el cargo de Superior, no podrá menos de ver con claridad la serie de contradicciones, disgustos y tribulaciones que vendrían sobre ella en sus 34 años de generalato. Y, sin embargo, siempre se la veía tan tranquila, con aquella su peculiar paz e igualdad de ánimo, sin proferir la menor

queja, y como si nada tuviera que sufrir. Y es que la Rvda. Madre Pabla poseía en alto grado la paciencia de los santos; al Señor únicamente confiaba sus penas, esperando sólo de El el remedio y la santificación de su alma, que iba consiguiendo con el continuo ejercicio de tan insigne paciencia. Más visible aparecía esta virtud en sobrellevar con toda perfección las indisposiciones y enfermedades que la aquejaban, especialmente en los últimos años de su vida, y, sobre todo, en su última enfermedad y larga agonía, en las que rayó a tal altura su heroica paciencia, edificando saludablemente a cuantos la presenciaron.

Y, por último, otra de las características que más distinguió a la inolvidable Madre Pabla y que ésta también más necesitó para desarrollar cumplidamente los planes que el Señor le confió, al encomendarle por tanto tiempo, y en circunstancias harto difíciles el gobierno de la Congregación y el engrandecimiento de la misma, fue su amor intenso a su Congregación, y como consecuencia de ésta, el incesante desvelo y tenaz empeño en procurar el bien y progreso de la misma. Y dicho sea de paso (aunque ello a mi juicio constituye uno de los más grandes elogios y alabanzas, que puede tributarse a la Madre Pabla), que hacía consistir el mayor bien y perfeccionamiento de su Congregación, no en ruidosas apariencias ni vanidades aparatosas y algo mundanas, que tanto engañan y tan poca solidez proporcionan a las obras del Señor, sino en que cada día creciese el espíritu religioso (humilde, sencillo, recogido) en todas sus hijas, y la más perfecta observancia de las Constituciones o Reglas, como ella las llamaba. Esto era en su elevado y recto criterio lo que había de dar estabilidad y firmeza, lustre y esplendor a la Congregación, y también grande gloria al Señor, que le había confiado a su gobierno. Lo demás, o sea, los bienes temporales, todo lo esperaba confiadamente del Señor, que lo iría enviando por añadidura, y en

esto no quedó defraudada su esperanza, ya que tan generosamente ha sido cuidada por el Padre Celestial.

Su amada Congregación era el blanco de sus continuos desvelos, el fin de sus tantas preocupaciones, arduos esfuerzos y sacrificios; en ella ponía su constante actividad, su no vulgar inteligencia, su tenaz voluntad y gran corazón; pero siempre desconfiada del valor de sus desvelos y trabajos esperaba humilde y confiada del Sagrado Corazón de Jesús y de la Santísima Virgen el éxito feliz de sus asuntos, la acertada solución de las gravísimas dificultades, que frecuentemente le salieron al paso.

Tuvo que oponerse muchas veces, y lo hizo con admirable fortaleza, a pretensiones de personas influyentes y de alta dignidad, por defender los intereses de su Congregación o el buen nombre de sus Hermanas, dando en ello señales de indomable fortaleza y ánimo varonil.

Y en estas y otras ocasiones difíciles, era cuando ella, llena de fe y gran confianza, acudía más al Señor y redoblaba sus oraciones y sacrificios, porque estaba firmemente convencida de la importancia que le hacen las Constituciones, cuando en el número 109 dicen: que el principal cuidado de la Rvda. Madre General será sostener la Congregación, con sus oraciones ejemplos y santos deseos; aviso que siempre tuvo muy presente y procuró cumplirlo con todo esmero y perfección, y por otra parte estaba tan en armonía con su profunda humildad, siempre llena de gran confianza en Dios.

Y el Señor la atendía y escuchaba siempre; así que con el auxilio divino que nunca le faltó, y con los excepcionales dotes de gobierno de que el cielo la dotó, y que ella ocultaba en su extremada humildad y sencillez, engrandeció y elevó la Congregación de una manera prodigiosa, con un aumento portentoso de nuevas fundaciones y Hermanas, y sobre todo fomentando el espíritu religioso, y la más exacta observancia, que siempre fue lo que ella se propuso formar y perfeccionar.

Estos son los hermosos rasgos que caracterizan y forman la fisonomía espiritual de la humilde y grande Madre Pabla, que según lo indico al principio, fue edificante modelo de Hermanas y superiores, en toda virtud y observancia, como también gloria de la Congregación a la que tanto amó y engrandeció.

Y si sus hijas, que con tan tierno e intenso amor la amaron, y veneraron en vida, y ahora con cariño creciente la recuerdan y veneran más cada día, los imitarán y se esfuerzan en formarse, según su ejemplo, llegarán a ser muy santas, y la Congregación irá aumentando incesantemente en su envidiable progreso, y cumpliendo cada vez con más perfección los santísimos fines de caridad para que fue constituida.

Este será el modo más excelente y provechoso de honrar las Hijas la memoria de su santa Madre, y obtener su poderosa ayuda y protección que ella conseguirá en el cielo, donde piadosamente pensando se encuentra, amando más a quien tanto amó y por quien tanto trabajó y sufrió en la tierra. — *Sabino Condón*".

F I N

PRECES PARA OBTENER GRACIAS POR  
INTERCESION DE LA SIERVA DE DIOS  
Y PEDIR SU PRONTA BEATIFICACION

(Para uso privado.)

¡Oh Padre Eterno, que derramasteis vuestros inefables dones en el alma de vuestra sierva Pabla, haciéndola brillar con el esplendor de las más heroicas virtudes!: concedednos por su intercesión la gracia que solicitamos y la de vivir cumpliendo fidelísimamente vuestra adorable Voluntad.

*(Padre nuestro, Ave María y Gloria)*

¡Oh Verbo Eterno, que descubristeis los secretos de Vuestro Corazón Adorable a vuestra sierva Pabla, infundiéndole ardentísimos deseos de padecer por vuestro amor, y un gozo extraordinario en sus penas y sufrimientos!: alcanzadnos por su intercesión la gracia que solicitamos, y la de una santa paciencia y resignación en las penas y aflicciones que os dignéis visitarnos.

*(Padre nuestro, Ave María y Gloria)*

¡Oh Espíritu Santo, que abrasasteis en las llamas de la caridad el alma de vuestra sierva Pabla, haciendo de su vida un holocausto perfecto de amor a Dios y al prójimo!: concedednos por su intercesión la gracia que solicitamos, y la de una santa muerte en vuestro amor y gracia.

*(Padre nuestro, Ave María y Gloria)*

A. M. G. D.

*I n d i c e*

INTRODUCCIÓN .....	9
--------------------	---

SECCIÓN PRIMERA

LA MADRE PABLA EN LA CASA PATERNA

CAPÍTULO PRIMERO .....	13
------------------------	----

*Nacimiento y primeros años.*—Patria y familia de la sierva de Dios. Su nacimiento y bautismo. Primeros pasos hacia Dios. Su gusto por la oración y penitencia.

CAPÍTULO SEGUNDO .....	19
------------------------	----

*Preparativos para la Primera Comunión y vocación.*—Su entrada en la escuela. Virtudes escolares. Obediencia y aplicación. Su comportamiento en casa. Peregrinación a San Cosme y San Damián. Primera Comunión. Llamamiento de Dios. El Monasterio de Casbas.

CAPÍTULO TERCERO .....	29
------------------------	----

*Nueva orientación de su vida.*—Las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Luchas y contradicciones. Resistencia indomable. Es admitida por fin en la Congregación.

SECCIÓN SEGUNDA

LA MADRE PABLA HERMANA DE LA CARIDAD

CAPÍTULO PRIMERO .....	37
------------------------	----

*Novicia y enfermera.*—Su entrada en el Instituto. El Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Ambiente y vida en la Comunidad. Noviciado. Primeros ministerios. Actos heroicos de virtudes que en ellos practicó.

CAPÍTULO SEGUNDO ..... 45

*La profesora. Labor apostólica en el Hospital. Primeros votos. Muerte de su madre. Pruebas y dificultades. Queda encargada de la Sala de Nuestra Señora del Pilar. Fecundidad de su apostolado. Medios que empleaba en la conquista de las almas.*

CAPÍTULO TERCERO ..... 53

*En el Hospicio de Zaragoza.—Pasa al Hospicio de Zaragoza. Nuevos ministerios en que la ocupa la obediencia. Diferentes pruebas por las que la hace pasar el Señor. Su comportamiento en ellas. Hace su Profesión Perpetua.*

CAPÍTULO CUARTO ..... 61

*La Madre y maestra de las huérfanas.—Apostolado de la enseñanza de la Madre Pabla en el Hospicio. Su influencia en las almas. Caracteres de este Magisterio. La educadora modelo.*

SECCIÓN TERCERA

LA MADRE PABLA SUPERIORA

CAPÍTULO PRIMERO ..... 69

*En el Hospital de Alcañiz. La Madre.—Es nombrada Superiora del Hospital de Alcañiz. Primeros trabajos de las Hermanas. La Madre entre sus Hijas. Testimonios. Frutos.*

CAPÍTULO SEGUNDO ..... 77

*En el Hospital de Alcañiz. La Superiora.—La Superiora del Hospital de Alcañiz. Transformación de la casa. La Madre de los enfermos. Apertura de la escuela gratuita y del Colegio. Influencia benéfica que ejerció en el pueblo entero.*

CAPÍTULO TERCERO ..... 83

*Progreso interior. Cruces y regalos.—Progreso interior. La ascensión. Frutos del dolor. Regalos del cielo. La paz en Cristo.*

CAPÍTULO CUARTO ..... 89

*En la escuela del Divino Corazón.—En la Escuela del Divino Corazón. Virtudes religiosas. Humildad. Mansedumbre. Obediencia y pobreza.*

CAPÍTULO QUINTO ..... 103

*La Madre Pabla en el cólera de 1835.—La epidemia cólera de 1835. Comportamiento heroico de la Madre Pabla y las Hermanas. Agradecimiento del Pueblo de Alcañiz.*

CAPÍTULO SEXTO ..... 109

*La Madre Pabla Maestra de novicias.—La Maestra de novicias. Celos y prudencia en el desempeño de este importantísimo cargo. Medios que empleaba. Es nombrada Economa General. Viaje a Melilla.*

SECCIÓN CUARTA

LA MADRE PABLA SUPERIORA GENERAL

CAPÍTULO PRIMERO ..... 121

*En el Altar del holocausto.—Virtudes religiosas. Fe. Esperanza. Caridad. Devoción a la Sagrada Pasión, a la Santísima Virgen y a la Santa Eucaristía.*

CAPÍTULO SEGUNDO ..... 131

*La obra de la Madre Pabla.—Primeros importantes trabajos. Consigue completa independencia del elemento civil para el régimen interior de la Comunidad. Aprobación definitiva del Instituto por la Santa Iglesia.*

CAPÍTULO TERCERO .....	137
<i>Organización del Noviciado. Promulgación de las Constituciones.</i> — Organización del Noviciado e inauguración de los primeros viernes. Capítulo General de 1904. El regalo del Corazón de Jesús. Fe de la Madre. Su recompensa.	
CAPÍTULO CUARTO .....	145
<i>Expansión del Instituto.</i> — Emprende la Madre Pabla la obra de la expansión del Instituto. Fundaciones de este período.	
CAPÍTULO QUINTO .....	157
<i>Viaje a América. Centenario de los Sitios.</i> — Capítulo General de 1906. Viaje de la Madre a las casas de América. Estado de aquella provincia. Muerte de la Madre Jerónima. Sale por primera vez a luz la figura de la Madre Rafols con ocasión del centenario de los Sitios. Parte de la Madre Pabla en estos primeros trabajos. Quedan los restos de la admirable Fundadora entre sus hijas.	
CAPÍTULO SEXTO .....	169
<i>Prosigue la obra de las fundaciones. La Madre Pabla en la vida de familia.</i> — La obra de las fundaciones. Nuevos horizontes que abre al Instituto. Relaciones individuales de la Madre en la vida de familia con cada una de sus hijas. Virtudes que practicó en ellas. El Noviciado de Zaragoza, hogar universal de la Congregación y lazo de unión entre las distintas fundaciones.	
CAPÍTULO SÉPTIMO .....	181
<i>Virtudes religiosas (Continuación).</i> — Celo por la salvación de las almas. Prudencia. Justicia. Fortaleza y Templanza.	

CAPÍTULO OCTAVO .....	188
<i>Hacia las cumbres de la santidad.</i> — Los tres últimos capítulos generales. La Madre como visitadora. Prosigue la obra de las Fundaciones. Caracteres de su vida en este período. Otros trabajos importantes.	
CAPÍTULO NOVENO .....	203
<i>Muerte de la Sierva de Dios.</i> — Última enfermedad de la Madre Pabla. Altos ejemplos de todas las virtudes que en ella dio. El Santo Viático. Extremaunción y preciosa muerte. Exposición de su cadáver y funerales.	
CONCLUSIÓN .....	213
<i>Después de la muerte.</i> — Después de la muerte. Testimonios de admiración. La Madre Pabla vista por su confesor.	
PRECES PARA OBTENER GRACIAS POR INTERCESIÓN DE LA SIERVA DE DIOS Y PEDIR SU PRONTA BEATIFICACIÓN (Para uso privado) .....	221

*Acabóse de imprimir esta obra  
el día 5 de junio de 1959,  
festividad del Sagrado Corazón de Jesús,  
en los  
Talleres Editoriales El Noticiero  
de Zaragoza*

\*

*LAUS DEO*